CAPÍTULO VI

Por la dificultad hacia las estrellas

1961-1970

El alpinismo transcendente

Agulles de Montserrat.
Dibujo de César Pérez de Tudela.

Década de los 60

Crónica de sucesos

• A comienzo de los sesenta, ETA comenzaba su actividad terrorista quemando banderas españolas en San Sebastián y otras ciudades de las provincias vasconavarras.
• El pluriempleo empezaba a practicarse en España; era un síntoma del progreso económico a nivel popular disponer y ejercitar dos o más empleos, incluso en la misma Administración del Estado.
• Franco cumplió las Bodas de Plata al frente de la Jefatura del Estado Español.
• Salió el «Tergal», tejido sintético que sería muy utilizado en la confección de trajes de caballero. Brillaba y no se arrugaba fácilmente, lo influía en el desarrollo de una «personalidad comercial y de representación» de los que deseaban prosperar en aquellos años de esperanzas y trabajo.
• La niña Marisol, de voz chillona y desacomplejada, se convirtió en un episodio nacional y comenzó a ser la actriz más popular del cine español.
• El capitán Etayo, en la carabela «Niña II», llegó a las costas americanas rememorando la hazaña de Cristóbal Colón.

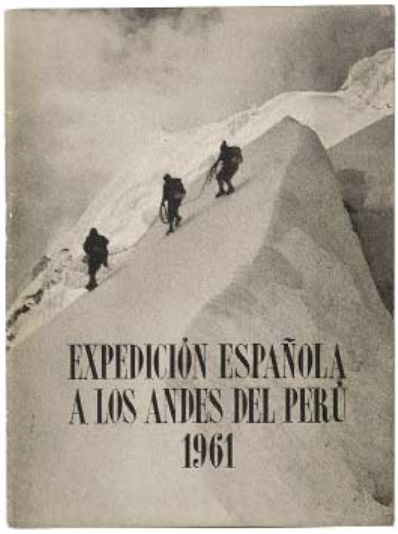
1961. Año de la Expedición Española Andes del Perú. Muerte de Pedro Acuña. Reunión de instructores de la ENAM en Pirineos.

ESE año de 1961 representó para el alpinismo español una gran evolución. Se empezaron a desechar las cuerdas de cáñamo, que fueron sustituidas por las llamadas de perlón. Los pesados mosquetones de acero se combinaban con los nuevos de aluminio, que eran infinitamente más ligeros. Asimismo cambió también el calzado de escalada: aparecieron las primeras botas *kletas,* de origen alemán y más tarde las *pedules* francesas. Desaparecieron en las montañas de Montserrat y Riglos las «espardeñas» de cáñamo o esparto, y en su lugar se utilizaron las botas duras sin cerquillo que comenzaban a ser fabricadas por zapateros especializados en calzados de montaña, como Bertrán, en Barcelona, y Cañete o Acuña, en Madrid.

La primera expedición a los Andes del Perú

El cursillo de la ENAM de Madrid —que aquel año contaba con más de noventa participantes e iba a celebrarse en Perú—, dirigido por Miguel Ángel Herrero, se trasladó desde la Pedriza al Aeropuerto de Barajas, bajo la mirada bonachona de Silvino Ronda, el veterano montañero del Batallón Alpino, encargado de los autobuses, en los que se trasladaron también muchos otros montañeros que quisieron asistir a la despedida de la que se había constituido en famosa expedición. En el aeropuerto, los expedicionarios, elegantemente vestidos como los representantes

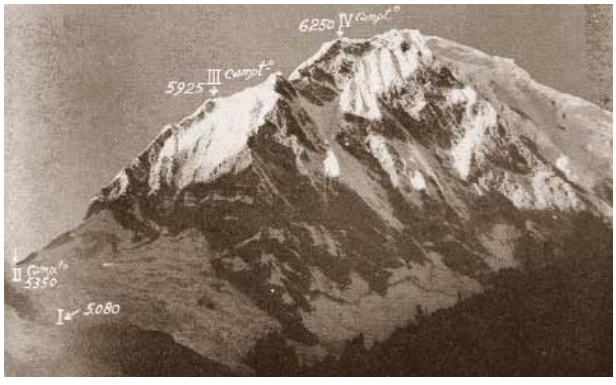
olímpicos, con chaqueta azul marino, pantalón y corbata, esperaban emocionados el comienzo del largo viaje transoceánico mientras eran fotografiados por la prensa, hecho absolutamente inusual en aquellos años dominados por futbolistas y toreros.



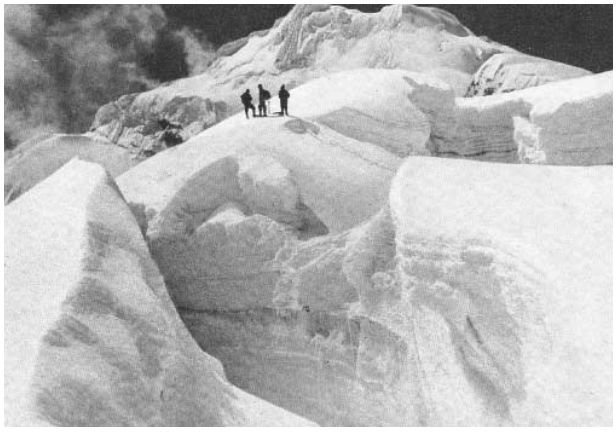
Portada de la publicación* Expedición Española a los Andes del Perú, *de Félix Méndez. 1961.

La expedición había mandado por barco al puerto del Callao cincuenta cajas construidas por la Maestranza de Artillería, que contenían cuatro toneladas del mejor equipamiento que se había hallado en los Alpes. A los expedicionarios se les había entregado un equipo completo de alpinismo (botas, piolet, crampones, saco, plumífero, anoracs, pantalón, gorros, etc.), que incluía hasta varias mudas de ropa interior y un reloj «Rolex». Esta costumbre fue desapareciendo lentamente y en la actualidad los expedicionarios aportan su propio equipo para no encarecer aún más el presupuesto de la expedición. El mérito del éxito inicial de la expedición a los Andes se debía indudablemente a su jefe, Félix Méndez, que había trabajado durante dos años con este objetivo, y había sabido conseguir la colaboración de muchas personas, entidades y organismos de España. En Perú, la expedición española inició su actividad en la cordillera Vilcanota, en el poco conocido Nudo Ayacachi, explorado anteriormente por el italiano Ghiglione y el alemán Günter Hauser. Allí la patriótica españolidad de Méndez y sus compañeros, cometió el error —por otro lado, muy frecuente en esos años— de rebautizar cimas, glaciares y collados, como en su tiempo hicieran los exploradores anglosajones y como si los indígenas de las viejas civilizaciones incaicas y preincaicas nunca hubieran puesto nombre a aquellos accidentes geográficos, cuando eran precisamente culturas que adoraban las sagradas cimas. Algunos de los nuevos nombres dados por los «descubridores» fueron «Glaciar de los Españoles», «Glaciar Pirineos», «Gredos», «Guadarrama», «Virgen de la Paloma» «Montserrat», «Aragón», «Bescós»... Este cronista ignora si estos nombres resistieron al paso de los años y si figuran en los actuales mapas de aquella región, donde los expedicionarios españoles efectuaron ascensiones y recorridos, en muchos casos por primera vez.

Arista nordeste del Huascarán, en la Cordillera Blanca de los Andes, de 6.768 metros. Imagen obtenida desde el campamento base, a 4.350 metros, con teleobjetivo. incluida en la publicación* Expedición Española a los Andes del Perú, *de Félix Méndez.



El objetivo central de la expedición española estaba en la cordillera Blanca y especialmente en su cima mayor: el Huascarán; y a ella dirigieron todos sus esfuerzos. La arista NE fue la ruta elegida, para lo cual la

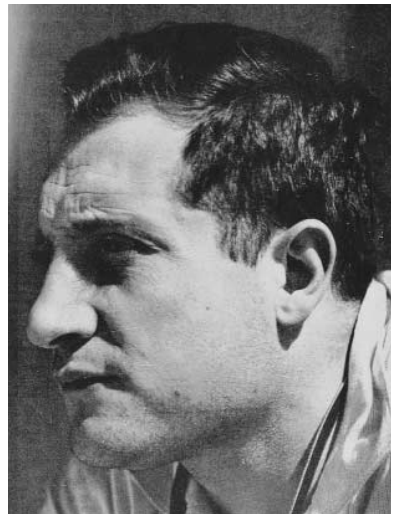


En la Cordillera Blanca, con el Nevado Chopicalqui, de 6.400 metros, al fondo. Imagen de **Expedición Española a los Andes del Perú.**

expedición ascendió desde Yungay por la quebrada de Yanganuco hasta las lagunas del mismo nombre, adentrándose en el circo del Huascarán norte por el llamado «Portachuelo», y estableciendo el campo base a los 4.400 metros, bajo el Chopicalqui. Con dos campamentos más, la expedición alcanzó la llamada Brecha de los Neozelandeses a 5.400 metros y desde allí la primera cordada —compuesta por S. Rivas y A. P. Ayuso— con tres campamentos-vivac, llegó hasta el final de la arista. Les seguían, como cordada de apoyo, Pedro Acuña y el guía peruano Fortunato Mautino. Días después Guillamón, Anglada y Pons formaban la tercera cordada.

La muerte de Pedro Acuña

Pero la tragedia se presentó en la escena. Ayuso y Rivas abrieron la ruta, pero al final de la arista NE —envueltos por la niebla y quizás también influidos por el cansancio— estimaron haber alcanzado la cima del Huascarán e iniciaron el descenso hacia la ruta normal del glaciar, entre ambas cimas; Pedro Acuña y Mautino les seguían. A los 6.100 metros se produjo el accidente: Acuña resbaló y cayó en una grieta, sin que Mautino pudiese parar a tiempo su caída. Acuña se clavó una espina de hielo en el tórax. Ayuso avisado del incidente descendió a la grieta y después de montar una tienda en el interior de la misma, permaneció allí auxiliando a su compañero. Mientras tanto Rivas y Mautino llegaban a Yungay al día siguiente y daban la alarma, tanto al campamento base como a las autoridades peruanas.



Pedro Acuña Carnicero, fallecido durante la expedición española a los Andes del Perú. Imagen de **Expedición Española a los Andes del Perú.**

Días después, el resto de los expedicionarios que ascendían al Huascarán por la ruta normal para socorrer a Pedro Acuña, se encontraron con la cordada catalana de Guillamón, Anglada y Pons. Éstos, después de haber alcanzado la cima del Huascarán, se habían reunido a su vez con Ayuso, que bajaba después de haber permanecido 66 horas en la grieta junto a Pedro Acuña, hasta su muerte.

Méndez, Regil y Bescós, junto a tres porteadores indígenas, transportaron el cadáver hasta la localidad de Musho, desde donde fue trasladado en camión hacia Yungay.

La importante aportación exploratoria que esta primera expedición española andina realizó, se vio ensombrecida por la tragedia que representó la muerte de Pedro Acuña, un alpinista muy popular entre los montañeros españoles. La repatriación de su cuerpo fue seguida con gran expectación a través del NO-DO, y de artículos y reportajes aparecidos en la prensa española. La expedición, en la que estaban todos sus componentes, conducidos por José Antonio Elola, Delegado Nacional de Deportes, fue recibida en audiencia por Franco. Se dio el caso curioso de que uno de sus integrantes, Salvador Rivas, apareció en la misma página de huecograbado del diario *ABC* dos veces: en la recepción de Franco, junto a sus compañeros de expedición, y recogiendo un premio por sus cometidos universitarios y científicos.

La expedición a los Andes de ese año superó en notoriedad los ambientes del alpinismo, tradicionalmente muy limitados, y se constituyó en acontecimiento de primera magnitud. Puedo recordar el artículo de Alfonso de la Serna, en las páginas de *ABC,* donde comparaba a Pedro Acuña con los viejos conquistadores. En el *MARCA*, Antonio Valencia titulaba «Así fue y así vivirá Pedro Acuña». Y el mismo Eugenio Montes, uno de los articulistas más valorados de aquellos años, en su «Epitafio a Pedro Acuña, montañero», decía así en su último párrafo:

«Una grieta del terrible y helado Huascarán hizo resbalar a Pedro Acuña, el intrépido, que murió para que España volviese a donde fue en gloriosos días. Don Francisco Pizarro, Don Diego de Almagro, Orellana y el padre Acosta lo reciben en la inmortalidad como a uno de los suyos».

Otras actividades

En el verano alpino el tiempo no permitió grandes ascensiones y escaladas, pues nevaba en las alturas y llovía en los valles. No obstante la cordada de P. Udaondo y A. Landa escaló el **Pilar Bonatti al Dru**, quizás como contestación demostrativa al hecho de que no hubieran sido seleccionados para la Expedición a los Andes. De esta manera dejaban constancia de su preparación y clase. Miguel Ángel Herrero y yo realizamos la primera tentativa española a la famosa **pared oeste del Dru**, pero tuvimos que detenernos por la tormenta al final de la primera mitad de la escalada. También escalamos la primera parte de la vía ***de los británicos* a la Blaitière**, ese año considerada como la escalada en libre más difícil de los Alpes. Tuvimos que improvisar un peligrosísimo descenso de una decena de rápeles, malamente anclados en inseguras clavijas, en la ingrávida escalada, desde la zona de desprendimientos, superada ya la Fisura Brow.

El Cervino registró escasas escaladas a la cumbre. En una de ellas pereció el alpinista barcelonés M. Ferrer, que se despeñó en la arista Hörnli.

Como guías, Herrero y yo condujimos a nuestra primera cliente hacia la cima del Mont Blanc. Se trataba de una joven francesa de Cannes que no podía pagar las elevadas tarifas de los guías franceses. Subimos por la Arista Goûter y descendimos por Les Grands Mulets, a Plan des Aiguilles y a Chamonix; caminando y sin utilizar medios mecánicos, igual que había hecho el vasco Espinosa.

En esa temporada hubo que lamentar la muerte de X. Gassol Bayer, del CEC, en la cresta de Tempestades, y del valenciano Ernesto Llopis.

La escalada del Dru, por la pared oeste, fue una experiencia que en aquellos años —junto a las actividades de Udaondo y Landa, y también de Olivella—, contribuyó a superar el complejo de inferioridad de los alpinistas españoles frente a los franceses, ingleses o alemanes. Para mí fue un gran acontecimiento verme subiendo por aquellas fisuras y diedros espectaculares, exageradamente cargado de clavijas y tacos, para encaramarme por el famoso diedro de 90 metros, en artificial. Realizamos dos vivacs en la pared, envueltos en la tempestad. En el descenso, encontramos abajo, en el couloir, los cuerpos de dos alpinistas alemanes que habían muerto por caída. En los Alpes todo era superlativo en la belleza, grandioso en la tempestad y tremendo en la tragedia.

La vía *Pérez de Tudela-Herrero,* que abrimos a la **Torre Amezua**, en el Galayar, García de Paz, Herrero y yo, rompía la fama de inaccesibilidad de su pared oeste. Era una escalada paralela a la oeste de la Aguja Negra, abierta magistralmente por Rivas, Brasas y Acuña años antes. Desgraciadamente la escalada, difícil y sostenida, nos fue desviando hacia el espolón sur, con lo que perdió parte de su belleza. Esta misma escalada sería rectificada algunos años después por una cordada castellana, que efectuó una variante de salida directa a la cima (*Gerardo-Rafa*).

Por su parte, Antonio Flores, Antonio Espias y Dámaso López abrieron la directa **NO a la Punta Margarita**, también en los Galayos.

La Reunión Nacional de instructores de la ENAM

Mientras la expedición andina realizaba exploraciones y ascendía a nevados vírgenes, en premio de consolación por habernos dejado fuera, la ENAM de F. Méndez había preparado un ambicioso plan de entrenamiento y actividad a escala nacional para los instructores aragoneses, catalanes y madrileños. De Madrid íbamos Antonio Flores, los hermanos Durán, José Luis el *Bolchevique*, Carmen Arribas, Jaime García Orts, Benjamín del Valle, Carlos Soria y yo. Instalados cómodamente en un vagón de 2ª clase que me sorprendió (ya éramos instructores y España estaba logrando un espectacular despegue económico, aunque las terceras clases del ferrocarril seguían siendo las más numerosas), nos dirigíamos hacia Sallent del Gállego. Soria estrenaba casco y para probarlo, el *Bolchevique* le rompió un botijo en la cabeza; un golpe, dijo, proporcional a una caída... Soria a pesar de su fuerte constitución craneal quedó durante unos instantes marginado de la consciencia.

César Pérez de Tudela y Jaime García Orts camino de Picos de Europa, en 1960.

Colección César Pérez de Tudela

El numeroso grupo de instructores de la ENAM nos reunimos en el Portalet, la frontera hispano-francesa y caminamos juntos al refugio del

Pombie del Pic Midi d'Ossau. El ambiente era, como solía ser frecuente en aquellos años, cordial y de estrecha hermandad montañera: Lacasta, G.Villaring, Ursi Abajo, Ernesto Navarro, Regil el *menor*, Joan Cervera, Olivella, Xavier Vila, Adolfo Jiménez, Aranda... y otros más, cuyos nombres se ocultan en la imprecisa memoria del pasado, formaban el grupo.

Se realizó un asalto español al Midi en diferentes cordadas. Yo alcancé junto a Flores y Carmen Arribas la cima de la famosa montaña, como prólogo a la aventura posterior de **la vía *Jolly* a la Punta Jean Santé**. Éramos cuatro cordadas que terminamos siendo una sola y en la que Soria y yo llevamos el mayor peso de la escalada, ayudando a nuestros compañeros en lo que se convirtió, por diversas circunstancias —sobre todo por el excesivo número de participantes— en una severa ascensión. Tuvimos que vivaquear «de fortuna» al final de las dificultades. Lacasta se rompió un brazo en el espolón E de la Jean Santé y su rescate fue muy delicado. Seguidamente nos trasladamos al Vignemale, tomando como base el refugio de Bayssellance. J. García Orts, B. del Valle y yo escalamos la grandiosa pared de la Pique Longue a la cima del Vignemale, mientras Villaring y Regil sufrían un espectacular y grave accidente sobre la **Aguja de los Glaciares**. Una vez más tuvimos que improvisar el rescate. Regil resultó milagrosamente ileso, y fue recuperado dentro de una grieta después de una larga caída. Su compañero Gregorio Villaring había quedado maltrecho, pues sufrió diversas roturas. Le subimos en camilla hasta el refugio, en una agotadora operación de salvamento, en la que Mari Carmen Arribas llevó la peor parte actuando de enfermera improvisada. El helicóptero francés de Protección Civil, bajo la dirección de François Didelin, se llevó por los aires a Villaring para su inmediata hospitalización en Lourdes.

Días después preparábamos el rescate de Ernesto Navarro, que en compañía de Ursi —apenas un jovenzuelo malamente equipado con botas «Segarra»— estaba escalando el famoso **Pitón Carré**. Habían pasado tres días y temíamos por su seguridad. Cuando iniciábamos el ascenso por el Couloir de Gaube, Navarro y Ursi coronaban la cima sin ayuda de nadie.

Yo partí seguidamente a Pau, en la moto de Luis Hernández, el *Parafina*, que había ido a buscarme para realizar alguna escalada en el Vignemale. Continuaría hacia los Alpes cargado con dos proyectos: la oeste del Dru y la vía inglesa de la Blaitière, además siempre del Mont Blanc...

Teógenes Díaz en la invernal del Torreón de los Galayos

Teógenes tendría entonces 52 o 53 años; era un verdadero veterano que se encontraba en el confuso estado de segunda actividad, previo al de jubilación activa, pero lleno de entusiasmo y vitalidad. Me sorprendió al decirme que intentaría con nosotros la escalada invernal de la pared norte, por la vía *Soria-P. Serrano*. Y se incluyó en la cordada, arropado en nuestra amistad, junto a Miguel Ángel Herrero y Tomás García de Paz. Haríamos dos cordadas para subir una ruta al Torreón que todavía no se había repetido y que gozaba de un merecido y justo prestigio.

Ese mismo invierno yo me encontraba también en conversaciones con S. Rivas para realizar la invernal del Diedro Ayuso de la Punta María Luisa. Ambas

escaladas, la *Soria* del Torreón y el Diedro, eran ese año los máximos exponentes del alpinismo castellano de dificultad.

Para ahorrarnos peso en la subida al Galayar, Teógenes quiso que utilizáramos las cuerdas y el material que Salvador Rivas tenía depositado en el refugio para realizar el proyecto anteriormente citado..., depósito que yo había mencionado imprudentemente. A mí la idea de Teógenes no me pareció bien, pero tuve que aceptar su autoridad.

Recuerdo cómo un vecino de Guisando, que nos llevaba las mochilas en mula desde el pueblo hasta el comienzo de la Apretura, miraba a Teógenes como a una aparición. Había presenciado treinta años antes su primera escalada al Torreón, siendo apenas un jovenzuelo, y había sido testigo excepcional de aquella hazaña extraordinaria: «Yo le veía a usted allá arriba, pataleando, colgado de los brazos en la "piedra empotrada", y me parecía que de un momento a otro iba a despeñarse...»

En aquellos años Teógenes desconocía método alguno de seguro: «Los pulsos empezaron a fallarme y lo pasé muy mal... hasta que conseguí dominar el paso y ponerme sobre la piedra», confesó a su vez Teógenes.

En un día muy frío y desapacible comencé la escalada del Torreón con un largo difícil hasta la primera reunión (en esos años las cuerdas tenían 30 metros y sólo excepcionalmente 40, por lo que las reuniones se efectuaban mucho más próximas). En lugar de dos cordadas éramos una cordada única y muy lenta. Mi precario anorac blanco de popelín (todavía del Frente de Juventudes) me protegía muy poco de la baja temperatura en las largas esperas que tenía que soportar mientras aseguraba a toda la cordada. En los pequeños tramos de escalada artificial Teógenes se hacía líos con los estribos, y Herrero se golpeaba a veces la rodilla con la maza al recuperar las clavijas, entre estentóreos gritos que el eco del Galayar ampliaba. Cuando me di cuenta, la luz del día se había ocultado. Apenas lo había advertido, ensimismado como estaba en la absorbente escalada. Entonces pensé que lo mejor era retirarse y así se lo dije a Teógenes, que subía con dificultad aquella pared de escalada muy exigente: «Teo, creo que deberíamos bajar. Hace mucho frío y vamos muy lentos». La contestación de Teógenes fue terminante: «¿Bajar? ¡No! ¡De ninguna manera! ¡¡Los "peñalaros" no se retiran nunca!!»

Así estaba aquella tarde el ambiente que presagiaba la inminente noche. Yo, obediente, continué escalando con rigor hasta la cima, que alcancé completamente a oscuras. Cuando al fin nos encontrábamos los cuatro en la afilada cumbre, eran las doce de la noche. Yo aseguraba a Herrero y a Teógenes mientras bajaban hasta la mencionada «piedra empotrada», en la chimenea central de la vía original, para montar el rápel. Con paciencia y en silencio, entre tiritonas de frío, escuchaba las discusiones a gritos de Teógenes y Herrero, por culpa de las cuerdas que se liaban una y otra vez. Aquellas operaciones en completa oscuridad debieron llevar mucho tiempo. Por fin montaron el rápel hasta la plataforma de las Flores: «¡Asegúrame!», oí cómo Teógenes decía a Herrero. «¿Qué? ¡¿También quieres que te asegure?!», respondía Herrero. «¡Oye! ¡A mí a valiente no me gana nadie! ¡Y ahora mismo me tirooo!», y el grito de Teógenes, afectado en su orgullo de escalador sin mancha, resonaba inmenso en la noche cerrada y negra de un Galayar que se me antojaba trágico.

Serían las dos o las tres de la madrugada cuando me descolgaba por el impresionante descenso, viendo increíblemente abajo la sombra del pequeño refugio de Peñalara que tanto añoraba alcanzar... No pudimos recuperar las cuerdas de Rivas, porque, como solía ocurrir, el nudo se atascó en la grieta de la «piedra empotrada». Lo mismo nos había ocurrido a Herrero, a Pedro Ramos y a mí en otro invierno anterior. Pero en aquella ocasión estábamos ateridos por el viento y el frío, y yo no me encontraba nuevamente dispuesto a escalar sin seguro la difícil hendidura. Habíamos realizado la primera repetición y la primera invernal de la pared norte del Torreón, pero arrastraríamos el baldón de no haber podido recuperar unas cuerdas que habíamos utilizado indebidamente.

Volvimos Miguel Ángel Herrero y yo en la misma semana y escalamos nuevamente el Torreón por la chimenea, para dejar las cuerdas en su sitio, pero el hecho había trascendido en el GAM y Salvador Rivas reclamaba la devolución de cuerdas nuevas, con el argumento de que aquéllas, por haber permanecido a la intemperie varias noches, se habrían deteriorado. El asunto motivó una reunión especial del Grupo de Alta Montaña, con asistencia de Hernández Pacheco, presidente de la Sociedad, que no solía acudir a las sesiones ordinarias del GAM. La reunión se presentaba tensa y Teógenes, como Presidente, tomó la palabra para decir: «Se nos culpa de utilizar unas cuerdas para escalar... Y yo me pregunto, ¿para qué son las cuerdas?... Pues para escalar... ¿Entonces dónde está la acción recriminatoria?» «Pues en que las cuerdas no eran tuyas», intervenía Adolfo Herráez, compañero de Teo, mientras Santiago Tutor sonreía con gestos irónicos en su cara redonda, sin tomar parte en la absurda y acalorada discusión. Fue aquélla una reunión tan tumultuosa como la escalada al Torreón que la había motivado. A altas horas de la noche, la sensatez se impuso al fin, y con nuestros mermados presupuestos tuvimos que zanjar la delicada situación comprando una cuerda nueva de perlón, sólo una, a Salvador Rivas, quien aceptó la oferta. Nos enteraríamos después de que las cuerdas en litigio procedían del Club Alpino Español, y que fueron entregadas en depósito, o quizás adquiridas en propiedad por «usucapción». Navarro, compañero de Ayax en la primera del Cavall por delante —*per devant*—, desde Barcelona, nos facilitó la nueva cuerda, de procedencia inglesa, por 2.000 pesetas.

Las revistas de montaña

La revista *Peñalara* continuaba su publicación y se convertía en el mayor archivo de la historia del montañismo español. También se editaba con periodicidad *Montaña*, del Centro Excursionista de Cataluña, y *Pyrenaica*, de la delegación de la FEM en las provincias vascas —ese año, por primera vez, delegación—, junto a otras menos regulares como *Senderos* y *Montañeros de Aragón.*

En una de estas revistas, Jean Piolet escribía:

¡Quién pudiera expresar en palabras
las lejanas cumbres donde nunca estuve!
la extraña nostalgia...»

Y Huidobro:

Encontré a Dios en la montaña
La cumbre era su altar
Lo había perdido sin saber cómo
hundido en dudas y amargas penas
Lo busqué en el trabajo que cansa la materia y abotarga el espíritu lo busqué en el deporte y en la tertulia vacía del café
Y al fin encontré la montaña, que era su pedestal
Y la montaña me llevó a Dios, que alegró mi juventud...

La cabaña «Verónica» se inauguró en 1961, en un acto presidido por Delgado Úbeda, Presidente vitalicio de la FEM. El refugio situado frente a los Horcados Rojos, en los Picos de Europa, fue diseñado por el ingeniero bilbaíno Carlos Senties, que bautizó la torreta del portaviones americano desguazado en Vizcaya, con el nombre de su hija mayor.

También ese año Luis Hoyos escribía en Peñalara sus largos relatos bucólicos sobre los Picos de Europa, conversando con un pastor —«Soy señor de sendas estrelladas y ciudadano libre de los montes»—, prólogo de lo que años después serían sus visiones de las montañas del Atlas marroquí, de las que fue un incansable andante.

Alberto Rabadá y Ernesto Navarro abrieron la extraordinaria vía del espolón Este del Gallinero, en el Valle de Ordesa, una de las más rutas más acrobáticas del Pirineo.

El drama de Juan Adalid

En las Navidades de 1961, precisamente el día de Nochebuena, Juan Adalid Páez y su novia, Maria Dolores Romero, del Grupo de Montaña Cumbres, se trasladaron a la sierra del Guadarrama para esquiar por las cimas nevadas y tratar de regresar pronto a la tradicional cena familiar. Compraron algunas provisiones, y después de subir ambos en telesilla hacia las Guarramillas, caminaron encima de sus esquís hacia la Bola del Mundo y Cabezas de Hierro. La niebla debió envolverles en seguida, por lo que anduvieron sin visibilidad alguna azotados por una fuerte ventisca. Cuando decidieron dar marcha atrás, se encontraron ya perdidos, como es normal en cualquier montaña invernal cubierta por la niebla. Expuestos a la ventisca y al esfuerzo de tratar de encontrar el camino de regreso, cometieron un error fundamental: regresar por donde habían venido. Adalid —montañero y alpinista— no pensó en descender rápidamente para salir así lo antes posible de la ventisca y la tormenta. Cuando se hizo de noche, ambos montañeros, muy fatigados, se quedaron sentados y mal protegidos del viento. Adalid trató de ayudar y animar a su novia, pero ésta poco a poco fue perdiendo vitalidad hasta que murió. Adalid la dejó allí, señalando el lugar con sus esquís cruzados, y bajó hacia el Puerto de Cotos, adonde llegó exhausto el día de Navidad. El rescate del cádaver lo llevó a cabo una patrulla de socorro improvisada, compuesta por Pepe Arias, Vidal Espinosa —el *Chaqueta*—, y los esquiadores olímpicos Luis Arias y Luis

Sánchez. Antonio Basurto, montañero de Peñalara y tío de la fallecida, se trasladó a la Sierra y fue testigo del drama que se vivió en Rascafría, en donde la joven montañera fue enterrada. La honda tragedia se vio reflejada en largas columnas en los diarios *Madrid* y *YA*.

1962. Muere Delgado Úbeda. Méndez presidente de la FEM. Oeste del Dru. Esquí de fondo. Oeste del Naranjo de Bulnes

YO estudiaba desde hacía cuatro años la carrera de Derecho en la Universidad de Madrid y me debatía entre el estudio y la absorbente dedicación al alpinismo, que para mí no era de ninguna forma sólo un deporte. Deporte era entrenarte por las mañanas en las pistas universitarias para poder participar en pruebas de atletismo. Deporte podía ser ir a esquiar los domingos, o quizás jugar al fútbol, ejercicio éste que a mí nunca se me ocurrió practicar. El alpinismo era escalar montañas, pero también entrenarte para saber escalarlas, leer las grandiosas e impresionantes historias de tus predecesores y contemporáneos, porque estos relatos llenos de vida y experiencias podían enseñarte a sobrevivir en siguientes capítulos de esa vida apasionante y difícil que tanto deseábamos llevar. El alpinismo era estudio, documentación, comentario y dentro de él cabía toda la «bola del mundo». Mi padre, un caballero antiguo, sabio en bellas artes (pinturas, esculturas, muebles, tapices, cerámicas, etc.) y estadístico, para quien, a pesar de su indudable cultura, el ejercicio del alpinismo se escapaba a su comprensión, nunca pudo entender este singular afán. Con su muerte, desgraciadamente de forma prematura, sentenció mi destino y llegué a ser muy pronto capitán absoluto de mi propia vida, con la responsabilidad que la ansiada libertad conllevaba.

El 14 de mayo de 1962, se casaban en la catedral de San Dionisio de Atenas, Su Alteza Real el príncipe Juan Carlos de Borbón (nuestro compañero de Facultad de Derecho en cuarto y quinto curso) con la princesa Sofía de Grecia, ante 137 miembros de Casas Reales. Más de medio millón de personas los aclamaron cuando se trasladaron a la basílica de Santa María para celebrar la ceremonia ortodoxa, por las calles engalanadas con las banderas de España y de Grecia.

También por esa época, Federico Gallo obtenía un extraordinario éxito al frente de su programa *Ésta es su vida* en TVE. A Enrique Herreros, el alpinista español más omnipresente en la vida cultural y social del siglo XX, le fue dedicado un espacio al que acudieron a cumplimentarle Teógenes Díaz, Merito Sol, Galilea y tantos otros compañeros coetáneos del espléndido humorista, pintor, dibujante, escritor, manager artístico y montañero.

Muere Julián Delgado Ubeda

Félix Méndez me llamó por teléfono para darme la noticia de la muerte de Delgado Ubeda y quedamos para acudir juntos a la capilla ardiente y al entierro. Tengo en la mente la imagen de Delgado Ubeda, un anciano caballero siem-

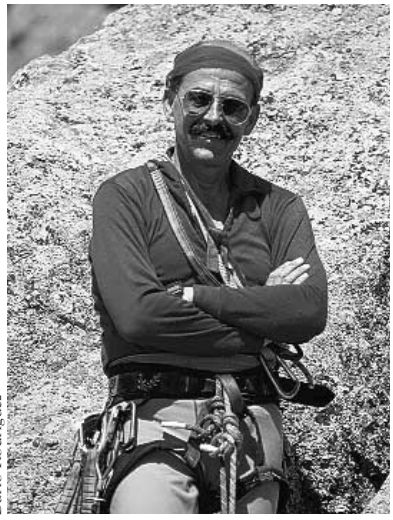
pre vestido con traje oscuro, y al que, curiosamente, los montañeros de su época llamaban siempre «don Julián». Asistí bajo su presidencia a algunas reuniones federativas en el su despacho de la FEM. La sede de la Federación estaba entonces físicamente reducida a su despacho —que era de gran amplitud— y a una pequeña habitación adjunta en la que trabajaban apretados los oficinistas y los otros directivos. En aquellos tiempos el jefe siempre se distinguía mucho de los demás...

Julián Delgado Úbeda vivió enteramente para el montañismo. Como arquitecto diseñó edificaciones de montaña y refugios: Victory, Galayar, Alfonso XIII, Piedrafita, Naranjo de Bulnes, Fuente de los Geológos, Pozo de la Oración y tantos otros... Fue director y mantenedor de la revista *Peñalara* durante casi cincuenta años, siendo en el amplio sentido de la palabra un buen montañero, aunque no un escalador, ni un alpinista, como el marqués de Villaviciosa, Teógenes Díaz o Enrique Herreros. Caballeroso y cordial, Don Julián, desempeñó el cargo de Presidente de la FEM desde su fundación, al terminar la Guerra Civil y organizarse como deporte este afán por la vida que es el montañismo-alpinismo. Y esta tarea la realizó hasta su muerte, pues había sido designado por el poder político con carácter vitalicio, y fue refrendado por los miles de montañeros españoles, que veían a un personaje que presidía con honor y ensanchaba los horizontes del alpinismo español, un alpinismo que había surgido de la impronta de su venerado amigo, Don Pedro Pidal, triunfador máximo en el Naranjo de Bulnes en los albores del siglo XX. Delgado Úbeda estuvo siempre identificado con el viejo régimen franquista, como tantos otros excelsos personajes de la política, la cultura o el deporte español, pero nunca Don Julián hizo discriminación por concepciones o ideales políticos, y solamente el duro editorial por él escrito en la revista Peñalara, en su reaparición de 1941, pudiera ser motivo de una valoración distinta:

«Amigos de siempre, camaradas de las cumbres, se convirtieron en viles delatores de íntimos sentires, en irreconciliables antagonistas, enemigos en una lucha cruenta sin cuartel, ni consideraciones humanitarias...»

Gran Cruz de Cisneros, medalla de oro del Club Alpino Francés, medalla de oro de la RSEA Peñalara, medalla de oro de la FEM, Guía Nacional de Alta Montaña del Frente de Juventudes, Don Julián fue uno de los montañeros españoles más condecorados de todos los tiempos.

Su sucesión en la presidencia de la FEM no era fácil y Félix Méndez estaba preocupado. El Delegado Nacional de Educación Física y Deportes, —en aquellos años, José Antonio Elola Olaso—, un vasco falangista de probada honorabilidad, capitán de requetés en la Guerra Civil, Delegado Nacional del Frente de Juventudes en los mejores años de esta institución benefactora, y como tal, algo montañero y esquiador, era quien tenía en sus manos el nombramiento de la presidencia de la Federación. Eran tiempos en los que en caso de duda se procedía siempre a nombrar a un militar, con más o menos aficiones deportivas, ya que por su condición siempre se encontraría dentro de la ortodoxia y disciplina del Régimen. Félix Méndez había trabajado como ninguna otra persona; lo había hecho hasta entonces por la organización del montañismo, pri-


Darío Rodríguez

Salvador Rivas.

mero al frente de la ENAM, también del GNAM, y por último de la propia FEM. Los demás directivos eran gentes tranquilas que esperaban que algún otro, con más personalidad, capacidad o iniciativa, realizara la apertura de los nuevos caminos. Este perfil correspondía a Félix Méndez, quien, procedente de las juventudes falangistas, era montañero de ambición, jefe de la trágica y triunfadora primera expedición española a los Andes, guía de alta montaña del Frente de Juventudes, profesor de la ENAM y categoría nacional de Grupo de Alta Montaña. Méndez reunía todos los requisitos para ser nombrado Presidente, cargo que tanto deseaba y esperaba, pues no en vano era el directivo de la FEM con mayor capacidad de trabajo y dirección.

Salvador Rivas Martínez

Salvador Rivas, ya en esos años doctor en Farmacia, preparaba oposiciones a la cátedra de Botánica de la Universidad Central de Barcelona. Era por derecho propio uno de los alpinistas más preparados y ambiciosos de la historia del montañismo del siglo XX. Rivas le planteó a este cronista —joven estudiante de Derecho, y directivo, como Rivas, de la ENAM de Madrid— qué podrían hacer para ayudar a su amigo y camarada Félix Méndez. Este cronista no dudo y dijo: «Salvador, mandaremos una carta al Delegado Nacional para recordarle los méritos de Méndez, pediremos su nombramiento y la firmaremos los mejores montañeros y directivos del montañismo que podamos encontrar». Como a Rivas le pareció una buena idea, así lo hicimos.

Salvador Rivas y yo —más yo que Salvador Rivas, por mi condición de futuro jurista— redactamos el manifiesto de forma clara, respetuosa y procesalmente oportuna. Recuerdo que lo encabezamos más así:

> «Señor:
> Nos permitimos el honor de significaros que la general y común opinión de los montañeros españoles vería con alegría el nombramiento de Félix Méndez Torres, por su indudable capacidad de trabajo, representación y conocimientos montañeros, como nuevo presidente de la Federación Española de Montañismo...»

Algunas semanas después la Delegación Nacional de Educación Física y Deportes designó para el cargo al camarada Félix Méndez Torres, quien procedió al nombramiento de su equipo directivo, en el que Salvador Rivas era el número dos de la FEM, como Directo Técnico de la misma, y en la que figuraban antiguos miembros de la famosa Centuria de Montañeros del Frente de Juventudes.

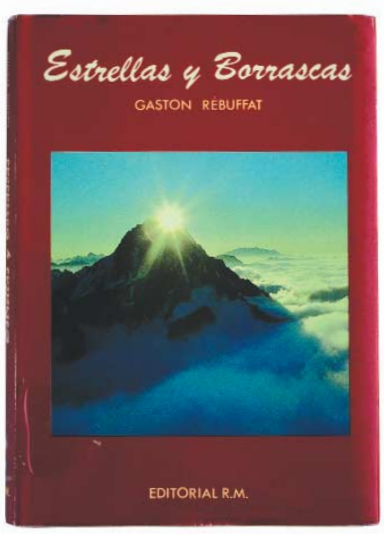
Para este cronista el año estuvo jalonado de actividades constantes en las montañas españolas. Escalaba frecuentemente con Salvador Rivas, en Gredos, o en Guadarrama, y recuerdo ahora cómo, en uno de los días más fríos de aquel invierno, Rivas me propuso escalar el risco de la Bota de la Pedriza. Estábamos en el Puerto de Navacerrada y con los esquís de fondo realizamos la travesía de Cuerda Larga, bajando a la Bota y regresando por el mismo itinerario. Llegamos exhaustos por las duras condiciones climáticas de viento y de frío, y porque sólo íbamos equipados con las ligeras vestimentas del fondista. También ese año escalé mucho en la Pedriza, Gredos, Pirineos y otras montañas con Moisés Castaño, un alpinista tranquilo y técnico. En Gredos haciendo una escalada invernal en el **Primer Hermanito, vía *Vidal-Bardía***, superando una vertical fisura, un taco de madera se salió y caí hasta la misma reunión. Mi amigo Moisés aguantó estoicamente el golpe. Vivaqueamos al raso dentro de los sacos de dormir, en cuyo interior se formó una gruesa capa de hielo por la brusca diferencia de temperatura. Le regalé a Moisés, como muestra de amistad y de mi agradecimiento, el piolet que me había entregado Riccardo Cassin, en su tienda de Lecco, como recuerdo de su expedición al Gasherbrum IV.

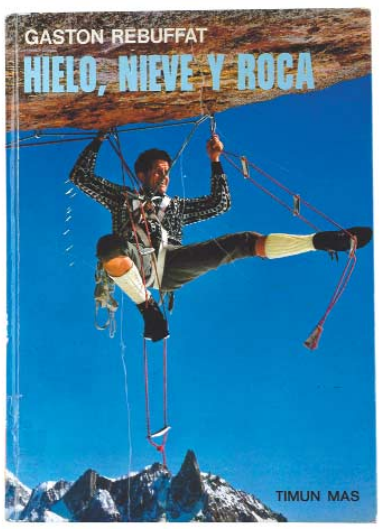
Luis Gallego Molina apareció en la escena del montañismo y pasó de ser un aficionado al esquí, a sustituir a Delgado Úbeda en la dirección de la revista *Peñalara*. Gallego había escrito sobre los campeonatos de esquí, y era también un admirador del alpinismo, desde el día que realizara, con el famoso pintor lebaniego Nuñez de Celis, una excursión invernal al pico Almanzor de Gredos. *Peñalara* era entonces la más antigua y emblemática publicación del alpinismo español, la revista que había vertebrado la creación de la Federación de Montañismo, difundiendo el modelo de una sociedad de montaña con tanta intensidad que gran parte de los clubs y asociaciones montañeras de España se habían constituido a su semejanza.

La técnica alpina de los 60

El alpinista francés Gaston Rébuffat era en 1962 el máximo exponente del gran alpinismo mundial, por su elegancia en la escalada alpina, sus posturas valientes en las escaladas de roca y de hielo, así como por haber afrontado con éxito, ya en aquellos años, varias de las famosas paredes norte (Grandes Jorasses, Piz Badile, Cima Grande del Lavaredo, Dru y Eiger), entonces las escaladas con mayor prestigio y reputación de la Tierra. Rébuffat era un personaje único que además había publicado, entre otros, los libros *Estrellas y borrascas* —considerado como una de las joyas de la literatura alpina, y, sobre todo, del libro ilustrado— y *Neige et roc*, que difundió la técnica alpina por todo el mundo: el reencordamiento directamente al pecho con el doble as de guía, el nudo bulín, las precarias reuniones en las difíciles escaladas, y el liar las cuerdas en doble, junto al uso de las primitivas herramientas propias de aquel tiempo.

El CAE, Club Alpino Español, en aquellos tiempos muy activo y con un Grupo de Alta Montaña fuerte, organizaba en esos años de la década las tradicionales travesías invernales **Santiago Ruau**, y **Amezua**, en la **alta ruta de Gredos.** Ambas eran muy exigentes, por la necesaria preparación y experiencia de sus participantes, aunque en ellas no existiera competición, entonces inconcebible y siem-





pre condenada, sino equipos que se apoyaban unos a otros para alcanzar la meta. Todos los participantes eran esquiadores de montaña, y por tanto llevaban obligatoriamente cuerda, piolet y crampones, para poder llegar también a las cimas que jalonaban sus duros itinerarios. La **travesía Ruau** tenía el siguiente derrotero: Puerto de Navacerrada, Puerto de Cotos, Dos Hermanas, cima de Peñalara, Claveles, Cima de la Mojoncilla, Pico del Reventón, Puerto del Reventón, Loma y Collado de la Flecha, Navahonda, Puerto de Malagosto, Loma de Majalperro, Peña Cabra, El Nevero y Puerto del Nevero. En la alta ruta de Gredos se salía del pueblo de Guisando para pasar por Apretura, la Mira, los Campanarios, refugio del Rey, Morezón, Laguna Grande del Circo, Cima del Almanzor, Belesar, Fuente de los Serranos, Garganta de Bohoyo y pueblo de Bohoyo. Naturalmente la organización declinaba toda responsabilidad por los accidentes de cualquier índole que pudieran sobrevenir a los participantes, que asumían totalmente todos los riesgos. Los años de la «responsabilidad civil» vendrían mucho después; en ellos la fundamental y tradicional teoría jurídica del «riesgo consentido» se vería arrinconada por la ambición de la búsqueda del «resarcimiento» justo o injusto.

La Federación Catalana de Montañismo

La Federación Española supo considerar al alpinismo catalán con la dignidad que su espléndida ejecutoria ya la España montañera conocía. Por ello, la Delegación Nacional de Educación Física y Deportes autorizó la creación de la Federación Catalana de Montañismo y la Federación Vasco-Navarra. Las demás regiones españolas serían delegaciones de la Federación Nacional. Francisco Martínez Masso, procedente de la Unión Excursionista de Catalauña, fue durante una larga década el Presidente de la Catalana, mientras Pedro Otegui lo sería de la Vasco-Navarra, hasta el incidente de las *ikurriñas* ocurrido en los Andes del Perú en 1969. La Delegación regional del Levante (Valencia y Murcia), al mando de Antonio Daza; la Delegación Regional de Andalucía, presidida por el veterano montañero Martínez Aivar; la de Aragón, presidida por Juan J.

Díaz, junto a las delegaciones leonesa y asturiana, constituían entonces el pleno del montañismo español, refrendado en acta el 2 de julio de 1962, firmada por su Secretario General, Eduardo Calvo de la Rubia.

El esquí de fondo

Como hemos venido apuntando, la práctica del esquí de fondo era comúnmente montañera, aunque no de forma absoluta, ya que los naturales de las serranías y montañas españolas eran asiduos practicantes de esta modalidad deportiva. Habría que decir que, precisamente éstos últimos, pertenecientes a los macizos ibéricos, astures, cántabros o pirenaicos y a las serranías sureñas, eran los que con más frecuencia ganaban en las competiciones regionales y nacionales. Junto a ellos y a los montañeros y alpinistas, estaba también un número más reducido de esquiadores ciudadanos, entre los que el madrileño Emilio M. Covisa siempre sobresalió por su depurada técnica y entrenamiento.

Numerosas pruebas organizadas por las asociaciones y clubes de esquí y montaña, se realizaban en los meses invernales, además de los campeonatos regionales y nacionales que organizaban las federaciones respectivas. En Madrid, es decir, en el Puerto de Navacerrada, tenían lugar frecuentemente las competiciones de esquí de fondo, para lo cual los diferentes equipos rivales se entrenaban con dedicación y entusiasmo durante los meses invernales. El Club Alpino Guadarrama había instituido años atrás el Premio Internacional de Fondo con participación de campeones europeos, lo que ampliaba aún más el encuentro de esquiadores de esta especialidad nórdica.

En los campeonatos castellanos de 1962, en la prueba de fondo de 15 kilómetros las clasificaciones fueron las siguientes:

Primeras categorías:

1º. J. Velasco (7 Picos), 1 h 3m 56 s. 2º. M. Morales (7 Picos), 1 h 3 m 58 s. 3º. J. M. Merino (7 Picos), 1 h 7 m. 4º Emilio M. Covisa (CAE), 1 h 17 m. 5º F. G. Rabanal (CAG) 1 h 17 m 36 s. 6º Pedro Gómez (CAE), 1 h 19 m. 7º A. Flores (Peñalara), 1 h 22 m 38 s. 8º J. A. Armentia (CAG), 1 h 46 m.

Segundas categorías:

1º L. Barros (CAE), 1 h 26 m. 2º S. Rivas (Peñalara) 1 h 30 m 57 s. 3º César P. de Tudela (Peñalara), 1 h 34 m. 4º R. Somoza (Peñalara), 1 h 39 m 16 s. 5º L. Gimeno (Peñalara), 2 h. 3m.

Terceras categorías:

1º M. Moreno (CAE) 1 h 22 m 44 s. 2º V. Granda (Peñalara), 1h 27 m 57 s. 3º J. L. Cortes (Peñalara), 1 h 30 m. 4º D. Gil (Peñalara), 1 h 33m 47 s. 5º M. Palenzuela (CAE), 1 h 34 m 36 s. 6º V. Manzaneque (Peñalara), 1 h 39 m. 7º M. Díez (CAG), 1 h 39 m 58 s. 8º E. Alarcón (Peñalara), 1 h 40 m 58 s. 9º M. Peñas (Peñalara) 1 h 42 m 43 s. 10º V. Pérez (Peñalara), 1 h 47 m 41 s.

Torneos Nacionales Universitarios

Cómo puede apreciarse en la relación de tiempos, este cronista no ha escogido su mejor carrera como muestra, aunque tiene el honor de añadir que ese año

de 1962 se proclamó por segundo año consecutivo campeón nacional universitario de esquí de fondo, en los llamados Torneos Nacionales Universitarios de Esquí, uno de los campeonatos mejor organizados del esquí de competición español, que dirigía magistralmente Domingo Bernal, presidente de los GUM del SEU. En esos mismos años competía y ganaba las pruebas de descenso y salto de trampolín en los TUNE, S.A.R. el príncipe Alfonso de Borbón Dampierre, caballero deportista con el que el autor de estos relatos mantuvo hasta su muerte, muchos años después, una cordial amistad.

Misa en la cima de la Gran Facha

En la cumbre de la conocida montaña pirenaica del macizo de Piedrafita se celebró el 5 de agosto una Misa organizada por la Fundación «Lagardere» y «Amigos de la Facha» de París, en memoria de Julián Delgado Úbeda. El acto religioso estuvo revestido de gran solemnidad y, en el mismo, los coros de los montañeros franceses y españoles, dirigidos por monsieur Vincent Petit, entonaron distintas canciones. Se rezaron también oraciones en memoria de los montañeros caídos en ambas vertientes del Pirineo, con especial mención a Pedro Acuña y Francisco Brasas.

En Granada, y apoyada la idea incluso por clubes de montaña, se proyectó la construcción, por suscripción popular, de un monumento a la Virgen de las Nieves en la cima del Veleta. Es curioso que una iniciativa tan desacertada fuera aceptada entonces como una obra enriquecedora, y que incluso la mentalidad montañera no tuviera claro entonces el moderno concepto de conservación de la naturaleza. Por fortuna la iniciativa no prosperó.

En 1962 —año también de las inundaciones catastróficas del Vallés y Baix Llobregat—, los alpinistas del CADE del Centre Excursionista de Barcelona E. Civis, E. Gil y A. Casals, realizaron la segunda escalada española al formidable **Gran Capuchino de Tacul —**por la vía *Bonatti* y sin vivac—, así como la primera española a la vía ***Contamine* de la Aiguille du Midi**, junto a una tentativa para escalar la todavía nunca surcada por alpinistas de España, pared norte de las Grandes Jorasses. F. Abella, A, Niemann y el diplomático francés C. Colin, también del CADE, escalaron la **Brenva al Mont Blanc**, la vía *Whymper* a la Verté, y en las Dolomitas, la *Castiglione* a la **Torre Venezia**, la *Tissi* al Campanile di Bravente y el Espolón Tissi (así denominada en honor de uno de los más grandes escaladores dolomitícos) a la **Torre de Trieste**. Esta actividad de los componentes del CADE fue una de las más sobresalientes de aquel activo año alpino de 1962.

La pared norte del Matterhorn o Cervino, una de las más extraordinarias montañas del mundo, fue intentada por Jordi Pons —del GAM del Club Montañés Barcelonés— acompañado del alemán Heinz Pokorski; llegaron hasta el primer tercio de la misma. El mismo J. Pons, acompañado por J. M. Anglada y el franco-griego G. Livanos, escaló el Campanile de **Brenta** y realizó la primera española al Crozzon de Brenta por la vía *Aste-Novara*.

La Oeste del Dru

Carlos Soria, Antonio Riaño —del Cumbres— y los hermanos Faustino y Antonio Durán —del GAM del CAE— se apuntaron un resonante éxito al lograr la

primera española de la famosa ruta abierta por el francés Guido Magnone a una de las cimas más importantes de los Alpes: **la pared Oeste del Dru**. Este cronista y Miguel Ángel Herrero habían realizado el año anterior una tentativa hasta el diedro de 45 metros que fue malograda por la tempestad.

Mientras los madrileños escalaban la Oeste del Dru, los vascos Pedro Udaondo y Alfredo Hurones escalaban también la famosa pared Norte de la misma montaña.

En ese año de 1962 también se intentó por primera vez escalar la más famosa y temida pared alpina: J. Pons, en esos años uno de los más activos escaladores españoles, junto a su compañero el alemán H. Pokorski, delante de F. Guillamón y J. M. Anglada, hicieron una tímida tentativa de escalar el histórico muro del **Eiger**. Ya sólo esta tentativa constituyó un extraordinario avance del alpinismo español.

López de Cebayos

El barcelonés Venancio López de Cebayos, que a partir de aquel año emprendería expediciones montañeras por toda la Tierra (América, de Alaska a Tierra del Fuego, expediciones por África, Asia y Oceanía) efectuó el recorrido de la arista del Bianco al Piz Bernina acompañado de un guía local.

J. Mª Gilera publicó en un largo artículo en la revista *Montaña* del CEC sus investigaciones históricas sobre el Monte Perdido, bajo el titulo «Un aragonés fue el primero que subió al Monte Pérdido».

Los escaladores aragoneses, Rabadá y Navarro. abrieron la **norte del Aspe**, en el Pirineo central.

Homenaje a Dom Hugó

El monje de la Abadía de Montserrat y escalador del GEDE de Gracia Dom Hugó recibió un sentido homenaje de sus compañeros al dejar sus escaladas en Montserrat por haber sido trasladado a Santa María del Medellín, en Colombia. Los escaladores del GEDE nunca olvidarán cómo, en un acto religioso en Sant Pau Vell, en el que Hugó, mientras invocaba a Dios por las almas de los escaladores del GEDE muertos, pronunció las siguientes palabras:

«Jo sóc vostre germá, sóc un escalador com vosaltres, sóc el vostre company i vinc a oferir-vos la meva amistat perqué sé que el vostre esperit és sa, perque s'e ha forjat a la muntanya».[10]

En la biblioteca del Club y con la presencia de un numeroso grupo de amigos escaladores, Dom Hugó recibió el título de miembro honorario del Grupo. El monje agradeció muy emocionado la atención de sus amigos de escalada y prometió no olvidarlos jamás.

La Pared Oeste del Naranjo de Bulnes

La escalada de los aragoneses Alberto Rabadá y Ernesto Navarro al Naranjo de Bulnes por su pared oeste, fue sin duda alguna el gran acontecimiento alpinístico del año 1962 y una referencia obligada en el desarrollo de la escalada y el alpinismo de dificultad en España.

Ambos escaladores pertenecían por derecho propio a la más selecta elite montañera. Alberto Rabadá formaba parte de la primera generación de los

[10] *Yo soy vuestro hermano, un escalador como vosotros, vuestro compañero y vengo a ofreceros mi amistad, porque sé que vuestro espíritu es sano, porque se ha forjado en la montaña.*

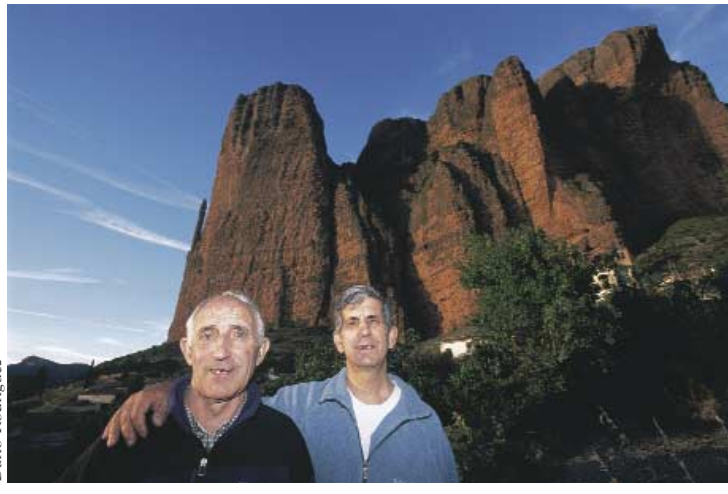
que fueron bautizados como «sextogradistas» españoles. Fue compañero de R. Montaner, otro de los grandes, así como de A. López *Cintero*, J. J. Díaz y de los hermanos Manuel y J. A. Bescós. Ernesto Navarro, más joven que Rabadá, también había participado en la apertura de las vías históricas de los grandiosos Mallos de Riglos, así como en numerosas escaladas en el Pirineo aragonés.

Los escaladores navarros Alberto Rabadá y Ernesto Navarro. Ascendieron por primera vez el Naranjo de Bulnes por su cara Oeste el 21 de agosto de 1962.

Ya en 1953 Alberto Rabadá, Manuel Bescós y Angel López *Cintero*, habían efectuado la difícil escalada del **Puro del Pisón**, una vía mítica que había supuesto la muerte, en anteriores tentativas, de los escaladores M. Cored, V. Carilla y J. M. Renovales. La vía curiosamente recibió el nombre de *Francisco Franco,* sin duda porque los escaladores se habían formado en las filas montañeras del Frente de Juventudes. En 1957 A. Rabadá, A. López, J. J. Díaz y R. Montaner habían logrado llegar a la cima del Pisón por la cara oeste, abriendo la vía que bautizaron con los nombres de sus camaradas Serón y Millán. En 1959 el mismo Rabadá, junto a Montaner, había coronado la pared sur del Firé. En 1960 escalaron la pared sur del Pisón Ernesto Navarro, J. J. Díaz, J. A. Bescós y R. Montaner, y en 1961 A. Rabadá y E. Navarro escalarían también el famoso **Espolón SO del Firé**, vía *F. Méndez*. E. Navarro y Ursi Abajo (otro de los más importantes escaladores aragoneses) abrieron la sur del Pisón —por mencionar solamente escaladas en Riglos—, además de tantas otras ascensiones y escaladas en diversos macizos pirenaicos.

Reunión de escaladores veteranos para celebrar el cincuentenario de la primera ascensión a El Puro. En la imagen Ursi Abajo (izquierda) y Jesús Ibarzo, en Riglos (Huesca).

La **pared oeste del Naranjo de Bulnes** era en aquellos años el grandioso reto de docenas de escaladores españoles ambiciosos y en posesión de un entrenamiento y una técnica a la altura de las dificultades del objetivo. Quizás A. Rabadá y E. Navarro eran los candidatos más preparados y expertos para afrontar la prueba. Ambos se avecindaron en la Vega de Urriello y, después de estudiar la pared, decidieron empezar a escalar por unas fisuras a la derecha de la «lastra» o «antosta» adosada. Navarro tuvo que emplearse muy a fondo para ir superando estas fisuras extraplomadas en las que se «pitonaba» mal. Después de cinco largos muy técnicos y de haber vivaqueado por primera vez, los aragoneses alcanzaron el comienzo de una fisura inclinada que se conocería con el nombre de «la Cicatriz». Luego realizaron otro vivac cerca del «Anfiteatro» de los Tiros de la Torca. Desde allí, tras descender la cornisa que llamaron «del Entreacto», afrontaron la «Gran tra-



Darío Rodríguez

vesía» hasta «la Guitarra», uno de los pasajes más impresionantes de toda la acrobática escalada, que demostró el coraje y la fuerza de ambos escaladores. Desde el rápel de «la Guitarra», inseguro y audaz, fueron atravesando por unas cornisas hasta llegar a la base del llamado «Gran diedro» —de 100 metros de altura—, por el que seguirían hasta culminarlo y alcanzar la plataforma que bautizarían con el nombre de «Plaza de Rocasolano». Luego, derivando al NO, alcanzaron la cima. En total cuatro noches pasadas en la pared, y más de 750 metros de desarrollo en escalada espectacular y difícil.

La vía abierta por Rabadá y Navarro en el Naranjo de Bulnes fue admirada por todos los escaladores españoles y su ascensión constituyó para muchos —entre ellos el cronista que relata este acontecimiento— un verdadero sueño; un sueño en el que había que imaginarse colgado de la inmensa pared para atravesar el fantástico precipicio y descolgarse hasta la «Gran Travesía»...

La cordada vasca compuesta por Ángel Rosen, Julio Villar (que años después sería uno de los navegantes solitarios más intrépidos de España) y José María Regil, escaló la grandiosa ruta un año y unos meses después.

Con la apertura de esta vía al Naranjo de Bulnes, Alberto Rabadá y Ernesto Navarro, independientemente de otras sobresalientes escaladas realizadas en las montañas españolas, ganarían un puesto de honor en la historia de nuestro alpinismo, alcanzando la categoría de mitos. Tristemente al año siguiente ambos morirían de agotamiento, colgados en el glaciar de la Araña, en la pared Norte del Eiger...

También en ese año de 1962 visitó España el famoso alpinista alemán Toni Hiebeler, invitado por diversas entidades montañeras —entre ellas el GAM de Peñalara—, para exponer, en una conferencia con proyección de diapositivas y de un documental, la primera escalada invernal de la pared Norte del Eiger. Se trataba de una escalada polémica; se estimaba que no era válida porque no se había efectuado de forma integral, sino en dos ocasiones distintas, el segundo tramo tiempo después del primero, partiendo de la galería de respiración del tren que recorre el Eiger por el interior de la montaña.

1963. Siula Grande. Muerte de Rabadá y Navarro en la pared norte del Eiger.

ESPAÑA «marchaba bien», que dirían los políticos del Régimen, pero la ejecución de Julián Grimau produjo un gran impacto internacional, no sólo contra el Estado franquista, sino contra la propia España. Fue un hecho lamentable y políticamente erróneo. Según hubiera dicho Maquiavelo: «El error es más grave que el crimen».

Nosotros, los alpinistas proseguíamos al margen de tantos acontecimientos, insertos y encantados en el curioso mundo de las montañas, sin darnos verdaderamente cuenta de todo cuanto estaba aconteciendo en una España que, a pesar de los cambios, seguía siendo «una, grande y libre».

En un inolvidable artículo publicado en *Peñalara*, Enrique Herreros recordaba sus anécdotas en distintas partes del mundo, en compañía de personajes

Crónica de sucesos

• Se produjo ese año un espectacular aumento del número de turistas en España: once millones. Con ello la economía española elevó su optimismo.
• Mientras esto ocurría era ejecutado Julián Grimau, miembro del Comité Central del Partido Comunista, juzgado por un consejo de guerra que le condenó a muerte. Desde la Reina de Inglaterra hasta el cardenal Montini (que se convertiría posteriormente en el papa Pablo VI) intercedieron para conseguir su perdón.
• Se inauguró el Túnel del Guadarrama.
• En septiembre surgió el Sindicato Comisiones Obreras.
• Los restos mortales del escritor Ramón Gómez de la Serna llegaron a España desde Argentina.

famosos, actores de Hollywood, en suntuosos hoteles cosmopolitas, pero terminaba diciendo que lo que de verdad había dejado profunda huella en su existencia era, muy por encima de todo aquello, lo vivido tan sencilla e intensamente en los caminos de la montaña.

Se inauguró la fuente Pedro Acuña a las puertas del refugio «José del Prado», en la Pedriza. Me acuerdo ahora, mientras escribo, de Soledad, la novia morena de Pedro, y también de su padre, el zapatero de la montaña de la calle Andrés Mellado 19, que quedó muy afectado por la pérdida de su hijo.

La muerte de Jesús Miranda

Ese verano me encontraba haciendo las Milicias Universitarias, es decir, el servicio militar a lo largo de los tres meses de verano, recluido en el campamento del Robledo, en la Granja, bajo el Guadarrama. Me contentaba con escalar los fines de semana, que era cuando mis compañeros de milicia descansaban del duro ejercicio que suponían los cursos de sargento y alférez. Allí, por una carta de Elena (mi novia, quien en 1965 se convertiría en mi primera mujer), me enteré de la muerte de Jesús Miranda, que llamaban *Pilotín*, un chico rubio y alegre, escalador del Cumbres. Murió desangrado; una piedra le cayó en el muslo y le abrió la femoral. Estaba escalando la vía ***Ravier* al Tozal del Mallo**. Demetrio, uno de los últimos montañeros del Frente de Juventudes, cargó con la responsabilidad y el tremendo esfuerzo de su rescate en aquella pared absolutamente vertical. Ese mismo verano moría también, en el pico **Almanzor** de Gredos, alcanzado por la caída de una piedra, M. Cezón, hermano de mi compañero juvenil del Frente de Juventudes.

La expedición de Barcelona a los Andes del Perú, una réplica de la primera expedición nacional de 1961, a cargo de F. Guillamón, J. M. Anglada, J. Pons, V. López de Cebayos y M. Muñoz, del GAM del Club Montañés de Barcelona, estuvo escalando en la cordillera del Huayhuash y alcanzó la cima del **Siula Grande** —un acontecimiento para aquellos tiempos—, además del **Cotoní** (5.817 m) y del Nevado Llongota (5.781 m). En esa expedición también par-

Colección César Pérez de Tudela

Ferrán Abella escalando en los años 60.

ticipó el valenciano Miguel Gómez, el *Polaco*, como porteador de la misma, en virtud de su fuerte constitución física y de sus entusiastas deseos de integrarse en el grupo.

Se abrió la **pared de Terradets**, una de las paredes más largas del Pirineo, situada en el desfiladero del mismo nombre del macizo montañoso del Montsech. Los exploradores fueron los componentes del CADE del CEC de Barcelona, E. Civis, E. Gil, F. Abella y el francés Claude Colin, agregado comercial en la Embajada francesa. La ruta fue calificada como una de las más interesantes de aquellas zonas prepirenaicas.

En aquel año se concedió la Gran Cruz de Isabel la Católica al marqués de Santa María del Villar, pionero del montañismo español, fotógrafo de montañas y colaborador en la obra de los primeros parques nacionales que iniciara el prócer Pedro Pidal, marqués de Villaviciosa de Asturias.

El GEDE del Club Excursionista de Gracia cumplió su XX aniversario y, con tal motivo, se realizaron repetidas escaladas abiertas a **la Momia**, se subió la efigie de la Virgen de Montserrat a la cima del Cavall Bernat y el mítico alpinista italiano Riccardo Cassin hizo su escalada al **Gorro Frigio.** En la cima del monolito montserratino, Cassin fue fotografíado junto a Enric Pérez *Mambo*.

En el ambiente de escalada en la Pedriza madrileña apareció un joven llamado Luis Rodrigo Geta, que poseía una admirable condición física para la escalada y que se inscribió en el curso de la ENAM. A este cronista —ya profesor en el Grupo Nacional de Alta Montaña— le fue asignado el nuevo «fenómeno» de la escalada, quien me dejó sorprendido por la facilidad con la que asimilaba las técnicas de la época. Geta escaló el Pájaro por la pared sur como primero de cuerda dominando en escalada libre el pasaje del «Escudo», pasaje que sólo de forma excepcional se escalaría en libre veinte años después.

Se inauguró el nuevo refugio de Goriz, bajo el Monte Perdido, que recibió el nombre de J. Delgado Úbeda, anterior Presidente de la Federación.

El drama de Alberto Rabadá y Ernesto Navarro en la pared norte del Eiger.

Este suceso es el gran acontecimiento del año, y posiblemente el más intenso de toda la historia del alpinismo español del siglo XX. El alpinista alemán Toni Hiebeler les dedicó un capítulo en su libro *Eigerwand, der tod kletter mit* —en la versión francesa *Combats pour l'Eiger* y en la italiana *La morte arrampica acanto*—. El libro de Hiebeler es un relato dedicado a los escaladores de la mítica pared norte, lleno de realismo y ansiedad, y de una lectura conmovedora.

Ernesto Navarro y Alberto Rabadá, vencedores de tantas murallas rocosas en España, entre ellas del muro oeste del Naranjo de Bulnes, decidieron ese año erguirse sobre la cima del Eiger después de haber escalado su pared norte, a la sazón la escalada más temida de las montañas de la Tierra.

Se instalaron en una precaria tienda en la base de la montaña y allí permanecieron una semana esperando el buen tiempo que les permitiera entrar en la tétrica pared, en donde se habían venido produciendo los famosos dramas de la historia contemporánea del alpinismo de alta dificultad. Les acompañaba su camarada Luis Alcalde, con funciones de enlace con Zaragoza y el club Montañeros de Aragón. El día 10 de agosto el tiempo mejoró sensiblemente, por lo que Alberto y Ernesto prepararon el equipo dispuestos a la trascendental aventura: quince clavijas variadas de roca, cuatro de hielo, una sola cuerda roja de 60 metros, infiernillo de gas y provisiones para dos o tres días. Una hora después de media noche, los escaladores aragoneses abandonaban su tienda al pie de la pared y emprendían su camino hacia arriba. En el punto de ataque encontraron a una cordada japonesa: Daihachi Okura y Mitsuhiko Yoskin, ambos de Okayama. Los japoneses eran expertos alpinistas, y ya en aquellos años habían realizado escaladas en el Himalaya, Hindu Kush y Karakórum, entre ellas la primera escalada del Manaslu.

A las tres de la mañana iniciaron los aragoneses la escalada, seguidos por los japoneses. Parece ser que su ritmo era lento ya que al mediodía todavía estaban bajo la «Fisura difícil». Mientras la cordada japonesa vivaqueaba en «Nido de las Golondrinas», pasaje famoso en el término de la «Travesía Hinsterstoisser», Rabadá y Navarro continuaron entre preocupantes caídas de piedras hasta el «Segundo Nevero» —una zona totalmente desprotegida tanto de avalanchas y piedras como del viento—, en donde se decidieron a vivaquear

Según Luis Alcalde esa noche cambió el tiempo y una tormenta se instaló sobre la pared. El lunes día 12 estuvo lloviendo y a partir de los 3.500 metros nevó. La cordada japonesa se retiró y regresó por la tarde a Grindelwald. Pero no así la cordada española, que siguió subiendo con dificultad, a través del «Segundo Nevero», empleando para superarlo prácticamente todo el día, y en cuya travesía Rabadá sufrió una caída de veinte metros. Parece ser que esa tarde alcanzaron a través de la «Plancha» el «Vivac de la Muerte». Esa noche también llovió y granizó. Toni Hiebeler, quien narró angustiosamente esta escalada, no entendió cómo Rabadá y Navarro no volvieron atrás cuando todavía era posible hacerlo y continuaron escalando entre la tormenta. De esa misma opinión era su compañero Luis Alcalde, quien se encontraba abajo. Se esperaba que, si el mal tiempo continuaba al amanecer, la cordada aragonesa trataría de volver, aun cuando desde el «Vivac de la Muerte» el descenso era muy difícil y comprometido y escasas cordadas lo habían logrado.

El martes 13 de agosto comenzó a despejar, aunque la pared se veía cubierta por las nubes. Hacia el mediodía, cuando los observadores desde la Kleine Scheidegg, trataban de descubrir huellas de descenso a través del «Segundo Nevero», vieron con sorpresa que la cordada española estaba iniciando la escalada hacia la «Rampa». Necesitaron toda la mañana para pasar el «Tercer Nevero» y a las cuatro de la tarde Rabadá y Navarro alcanzaban la «Rampa».

Rabadá llevaba siempre la delantera de la cordada; iba con un anorak rojo, mientras Navarro vestía uno azul. La gente se arremolinaba en la Kleine Scheidegg tratando de mirar por los telescopios y ver a la cordada española, que contra todo pronóstico seguía escalando la Eigernordwand. Las conversaciones y comentarios de los turistas eran, según los observadores, de tono macabro... La escalada prosiguió con extremada lentitud. Al llegar a una concavidad, antes de la «Chimenea de la cascada», que permitía un vivac relativamente bueno, ambos escaladores prosiguieron la ascensión. En ese pasaje clave por su dureza y dificultad, Rabadá sostuvo una verdadera batalla clavando tres clavijas y resbalando. Según la opinión de los observadores de la Kleine Scheidegg, los escaladores españoles —o por lo menos Rabadá— ya no se encontraban con plenas facultades físicas. Según Hiebeler, si todo hubiera ido bien y el tiempo se hubiera estabilizado, en tres días podrían haber llegado a la cima.

A las ocho de la tarde los aragoneses montaron su tercer vivac encima de la «Chimena de la cascada», un sitio pequeñísimo. Durante toda la noche llovió y nevó.

Un experto como Hiebeler no podía ignorar la comprometida situación de los españoles. Por ello le planteó a Luis Alcalde la posibilidad de que un grupo de alpinistas españoles preparara urgentemente un salvamento de emergencia. Sin duda Hiebeler conocía la alta dificultad y riesgo de una operación terrestre de rescate en aquel terreno. Alcalde le contestó que los alpinistas españoles con categoría suficiente para intervenir en aquella emergencia se encontraban dispersos por los distintos macizos alpinos y reunirlos llevaría mucho tiempo. Estando así la situación, Fritz von Almen, dueño de los hoteles de la Kleine Scheidegg y jefe de la seguridad alpina de la zona, informó de la difícil situación al jefe de los equipos de salvamento de Grindelwald, quien respondió que antes de pensar en intervenir, necesitaría la confirmación de que algún organismo o persona se haría responsable de los gastos de la operación de rescate. Luis Alcalde telefoneó a «Montañeros de Aragón» y la veterana entidad le autorizó a prometer cualquier pago por alto que resultara.

El día 14 el tiempo mejoró y la pared podía verse nevada a partir de la «Plancha». A través de los telescopios se observaba a Navarro escalando en cabeza de la cordada, superando el Nevero o campo de hielo sobre la «Rampa». Todavía tenían que escalar la llamada «Fisura descompuesta» y la «Travesía de los dioses». A las tres de la tarde, Rabadá, que volvía a llevar la delantera de la cordada, empezó la «Travesía de los dioses» entorpecido por unas maniobras de la cuerda que le retrasaron mucho. Hasta las ocho y media de la tarde ambos escaladores no alcanzaron el final de la «Travesía», y llegaron al comienzo del glaciar colgado de la «Araña». La oscuridad les envolvió y tuvieron que montar su cuarto vivac en un emplazamiento muy pequeño, sobre un abismo impresionante. Y nuevamente el mal tiempo hizo su aparición...

El jueves 15 de agosto no se pudo ver la pared, oculta continuamente por la niebla, las nubes y la nieve. Angel Landa y los hermanos J. M. y J. A. Regil, que se encontraban en Chamonix, se enteraron de las noticias y se trasladaron a Grindelwald para ayudar en las acciones que fueran necesarias.

Los tres españoles, junto al italiano Sorgato y Hiebeler, emprendieron la ascensión del Eiger por la arista oeste, ruta de descenso de la montaña, la arista contraria a la de Mittellegi. A pesar de las llamadas que se realizaron, no escucharon ninguna respuesta. La niebla impidió cualquier visibilidad a más de treinta metros y absorbió todas las llamadas y gritos mientras las temperaturas descendieron por debajo de los 0º C.

Al día siguiente se planteó una acción de rescate, suponiendo que la cordada española se encontraría en las «Fisuras de salida», previas a los corredores que desembocan en la arista somital. Con un torno con cable de 300 metros podría realizarse el rescate.

El viernes 16 de agosto, se unieron al equipo el americano John Harlin y el italiano I. Piussi, que fue ascendiendo por la nevada arista oeste. A comienzos de la mañana, Von Almen vio con los prismáticos desde la Kleine Scheidegg, cómo un cuerpo colgaba de una cuerda roja en el glaciar de la «Araña», mientras en el otro extremo parecía verse el otro cuerpo al amparo de un resalte rocoso. Luis Alcalde insistió en que debía de tratarse de un error de visibilidad, puesto que había bastante niebla. Von Almen solicitó la colaboración de un helicóptero, para que, si las condiciones lo permitían, sobrevolase lo más cerca posible la pared para cerciorarse de lo que estaba sucediendo. Harlin, oficial de las Fuerzas Aéreas Americanas, transmitió las características aerológicas: viento oeste, 15 nudos. El vuelo del helicóptero confirmó la visión confusa observada desde la Kleine Scheidegg: los cuerpos de Rabadá y Navarro se encontraban en la parte superior de la «Araña», sin ningún movimiento, por lo que se estimó que estaban muertos. Aun así un reactor Hunter realizó tres pasadas consecutivas, volando muy cerca de la pared, por si con el estruendo que producía se despertaban los escaladores, en caso de que estuviesen aletargados o dormidos. No hubo movimiento alguno. Horas después, desde otro helicóptero, H. Geiger y el jefe de salvamento de Grindelwald, vieron con claridad cómo uno de los españoles colgaba de una cuerda parcialmente cubierto de nieve, mientras su compañero estaba sentado a mitad de altura de la «Araña»; los dos estaban muertos.

Horas después, al atardecer, el sol iluminaba con sus últimos rayos el glaciar de la «Araña» y Luis Alcalde pudo comprobar por sí mismo, a través del telescopio de la Kleine Scheidegg, el terrible cuadro: «Ernesto Navarro yacía colgado de la cuerda en la mitad de la "Araña". Podía ver sus medias rojas, su anorak azul y una de sus manos, que asomaba por encima de la nieve. Y veía también la cuerda que le unía con Rabadá...»

Mis datos —recogidos hora a hora a través de la radio, bajo la tienda del campamento del Robledo, en la Granja— eran diferentes. El escalador que estaba arriba, colgado o asegurado de una clavija, era Navarro, mientras que, suspendido de la cuerda y con el saco de dormir medio fuera de la mochila, se encontraba Rabadá. Recuerdo incluso haber visto fotografías en fechas posteriores en la FEM. Sea cual fuere quien estuviera arriba, ambos habían muerto por agotamiento y congelación. Los gastos de rescate, o mejor dicho, de investigación previa, ascendieron a 10.000 francos suizos, que la Comunidad de Grindelwald quiso pagar a cargo de la municipalidad, pero Montañeros de Aragón —el club de Rabadá y Navarro— no lo permitió.

La prensa y radio en España había ido difundiendo la tragedia acto por acto, desde que Luis Alcalde comenzará sus comunicaciones con Montañeros de Aragón. El *Heraldo de Aragón* dio durante varios días páginas completas sobre los hechos. Los cadáveres estaban allí, colgados de la pared, al igual que años atrás lo había estado el cuerpo de Stefano Longhi, suspendido de una cuerda, balanceado por el viento en la «Travesía de los dioses», hasta que dos años después una revista se hizo cargo de los gastos del rescate de aquel cadáver, un «atractivo» más en la macabra y grandiosa pared...

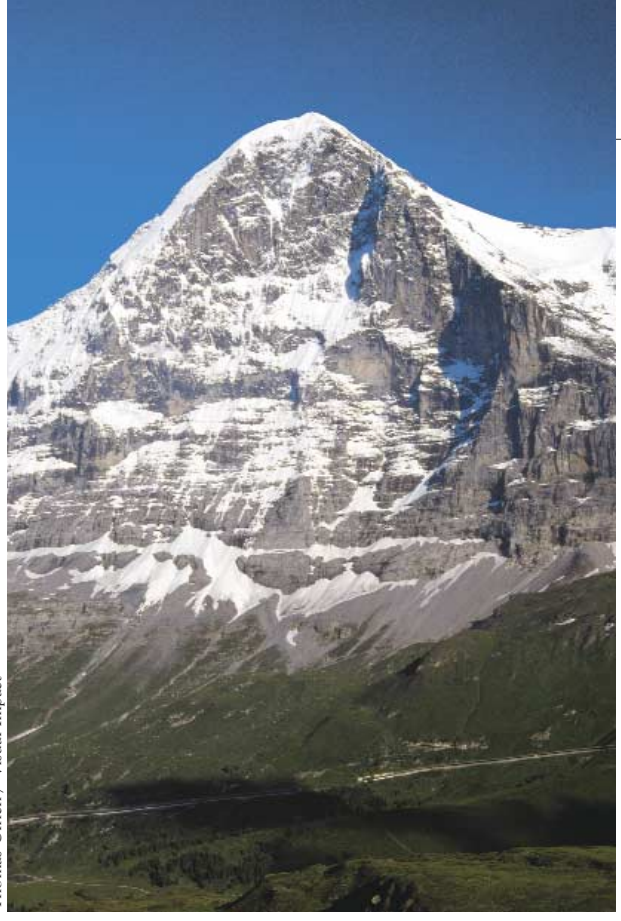
Viví hora a hora, con emoción, la suerte de mis compañeros Rabadá y Navarro, primero con envidia, cuando supuse que podrían imponerse a las adversas circunstancias y que llegarían a la cima del Eiger. Posteriormente la envidia se convirtió en dolor, a medida que las noticias, para los que sabíamos interpretarlas, auguraban la tragedia. Lamenté no haber podido estar en Grindelwald, formando parte de las cordadas de rescate, pero me encontraba sin libertad, realizando los cursos de oficial de la Milicia Universitaria, en el campamento de la Granja. Curiosamente toda la compañía de Infantería, la 22, con Pedro Soto, su capitán al frente, me dio el pésame por la muerte de mis compañeros. Fue un detalle caballeresco que agradecí, después de soportar la tensión de varios días de angustia escuchando las informaciones radiofónicas. Cuando pude pasar por la sede de la Federación, Félix Méndez me puso al corriente de lo sucedido y me dijo que la Federación haría lo posible por rescatar sus cuerpos, aunque tendría que ser el verano siguiente. Según Méndez, José Antonio Elola, el Delegado Nacional de Deportes, había garantizado un millón y medio de pesetas como presupuesto para los gastos del rescate. Lo llevarían a cabo los del Grupo Nacional. Yo me puse a disposición de Méndez y él aceptó mi ofrecimiento.

Pero los hechos no sucedieron como estaban previstos. Ese invierno de 1963-64, tres escaladores suizos aspirantes a guías de alta montaña, capitaneados por Paul Etter (que realizaría años después la primera invernal de la pared norte del Cervino) descendieron la pared norte del Eiger por primera vez. La noticia rápidamente se difundió en España: los alpinistas suizos habían cortado las cuerdas que sujetaban los cuerpos helados de Rabadá y Navarro a la pared. Los cuerpos debieron golpearse bárbaramente en la tremenda caída a lo largo del enorme despeñadero. Al no haber sido sus cuerpos previamente protegidos dentro de unas bolsas para cadáveres, diseñadas especialmente para los rescates y emergencias en montaña, algunos de sus miembros debieron romperse y quedar dispersos por los zócalos de la base. A mí no me gustó el hecho, que me pareció oportunista, aunque ahorró a la Federación gastos y una peligrosa actividad de rescate, que, eso sí, nosotros hubiéramos hecho con mejor técnica y sobre todo, con mayor delicadeza y humanidad. Meses después, en la primavera, la Agencia Pyresa censuraba, por interés de Méndez, una noticia fechada en Grindelwald que decía que unos alpinistas alemanes habían encontrado una mano perteneciente a algún escalador caído hasta la base de la pared.

La llegada de los cadáveres de Alberto Rabadá y Ernesto Navarro trajo nuevamente a primera plana el drama del Eiger. En Zaragoza los féretros fueron recibidos por diversas autoridades, entre ellas el alcalde de la ciudad, Gómez Laguna, antiguo compañero de los fallecidos en Riglos. La FEM les concedió

la Medalla de Oro, y la historia del alpinismo español los elevó a la categoría de mitos. Naturalmente los ataúdes nunca se abrieron para evitar a todos, y en especial a las familias, sorpresas muy desagradables.

Y en primavera también llegaron invitados por la FEM a Zaragoza los tres guías suizos, Paul Etter, Ueli Ganstenbein y Josef Henkel, que habían descolgado los cadáveres, y se les dio una cordial bienvenida. Los suizos realizaron junto a compañeros de Montañeros de Aragón algunas escaladas interesantes en Riglos. De Zaragoza vinieron a Madrid, para escalar también en la Pedriza y recibir en la Federación Española sus nombramientos de miembros de honor del Grupo Nacional de Alta Montaña (GNAM), en este caso oportuno. En esta misma categoría también se incluía a los miembros del Grupo que renunciaban a seguir en actividad.



Thomas Ulrich / Visual Impact

Vista de la cara norte del Eiger. Suiza.

Antonio Espias y yo fuimos los escaladores del GNAM (selección de alpinistas nacionales, que luego daría lugar al GAME) encargados de recibirlos y acompañarlos a la Pedriza. Escalamos la pared sur del Pájaro. Este cronista abría camino con la destreza que le otorgaba escalar en sus propias montañas una ruta repetida decenas de veces. Esperaba que los suizos, delgados y altos, se encontraran torpes a través de las «chimeneas» y otros empotramientos, pero tuve que admirar su facilidad al verles subir ágilmente, fumando cigarrillos, una costumbre quizás contradictoria con el mismo deporte, pero muy propia de escaladores y alpinistas en aquellas pasadas décadas.

1964. Primera española a la pared del Eiger. Joan Martí, solitaria al Bisbe. El ministro E. Aunós.

EL año tuvo una actividad trascendental para el alpinismo español. Los barceloneses J. M. Anglada y J. Pons *Piripi,* efectuaron la primera escalada española a la pared norte del Eiger, después de haberla intentado junto al alemán H. Pokorski, en 1962, tras el drama de la muerte de Rabadá y Navarro.

La Federación Gallega realizó una expedición a las **montañas del Atlas**, que posiblemente fue la primera española a esa cordillera del norte de África. Se realizó la ascensión del Biguinnoussene por el espolón NE, por una cordada compuesta por Constancio y Antonio Veiga González.

Crónica de sucesos

• En 1964 tuvo lugar la Feria Mundial en Nueva York, que algunos comentaristas llegaron a llamar «el Certamen de España» por el éxito de sus participantes.

• Con un gran despliegue propagandístico se celebró el 25 aniversario del final de la Guerra Civil. Franco presidió un solemne *Te Deum* de acción de gracias, con la presencia de embajadores de todos los países acreditados en España y las altas jerarquías del Gobierno y del Movimiento Nacional en la basílica del Valle de los Caídos.

• España solicitó su asociación en la entonces Comunidad Económica Europea.

• Surgieron los primeros nombres que protagonizaban la «canción protesta»: cantautores como Juan Manual Serrat, Luis Llach, Raimón ...

• Pablo VI, antes cardenal Montini, visitó Jerusalén en lo que fue la primera visita de un Pontífice a la Ciudad Santa.

Un avión francés que viajaba desde Mallorca a Mauritania se estrelló en Sierra Nevada: ochenta pasajeros resultaron muertos. Montañeros granadinos colaboraron en las dificultosas operaciones de rescate.

El Club Alpino Español organizó una **expedición a los Andes**. Bajo la dirección de C. Fernández, fueron seleccionados A. Riaño, M. Moreno, los valencianos Adolfo Jiménez y M. Gómez (sin que el CAE solicitara su empadronamiento en Madrid, junto al médico y alpinista barcelonés Mariano Anglada, dando ejemplo de que el CAE era una entidad de categoría nacional, por encima de los regionalismos). Ese año realizaron un entrenamiento previo en Chamonix, efectuando la travesía desde el Col du Midi, de Mont Blanc de Tacul, Mont Maudit, Mont Blanc y descenso por la Aiguille du Goûter.

El escalador del GEDE, Joan Martí, el *Chepa*, ascendió la **Arista del Bisbe de Montserrat**, una difícil escalada artificial en solitario.

Miguel Lusilla y J. Mas, también del GEDE del C.E. de Gracia abrieron la vía *GEDE* a la Portella Superior de Montserrat. Joan Martí y E. Ortiz repitieron ese año la vía de los hermanos Cerdá a la Bessona Inferior, llamada *arista dels Brucs.*

El alpinista hispano-italiano Carletto Ré, miembro del GAM de Peñalara, realizó la tercera ascensión española al **Kilimanjaro**; la segunda la había efectuado en 1961 Venancio López de Cebayos, del CEC de Barcelona.

En ese año de 1964, el ministro del Gobierno **Eduardo Aunós** escribió:

«El extraordinario poder de la montaña, el verdaderamente trascendente, está en su poder liberatorio. Es la montaña la morada de la espiritualidad. En ella es donde encontramos el espejo de nuestra realidad, nuestro yo y nuestra esencia misma.»

Qué sorpresa me produjo saber que hombres de la política, como Eduardo Aunós, Presidente también de la Real Academia Española de Doctores, pudieran haber comprendido con tanta claridad la enseñanza de la «metafísica alpina».

Reunión Internacional de Escaladores en Austria

Fui seleccionado por el Grupo de Alta Montaña español para asistir, en la región alpina de Stubai del Tirol, a la reunión anual de escaladores que ese año organizaba el Club Alpino Austriaco. Asistían también Mari Carmen Arribas con J. José Díaz, Julián Vicente, el vasco Elías Ojanguren y algunos otros escaladores aragoneses y catalanes.

Como ya he dicho, en los dos años precedentes yo había estado realizando los cursos de oficial de complemento de la Milicia Universitaria, lo que me había impedido acudir en los meses de verano a los Alpes, y me había forzado a escalar en el otoño, cuando las circunstancias climáticas impedían intentar ya los grandes cursos alpinos. Tuve que contentarme por ello con escaladas cortas en los macizos del Brevent o en otras regiones alpinas menores.

Ese año de 1964 terminaba mis estudios en la Facultad de Derecho y ante mí se abría un nuevo planteamiento de la vida, en principio nada halagador: realizar oposiciones para ganar algún puesto en los escalafones de la Administración. Por esta causa me encontraba lleno de incertidumbres que sólo sabía y quería superar escalando montañas y tratando de alcanzar en la acción y en la cima, la claridad y la luz que tanto necesitaba. Ese año había escalado varias veces el Torreón de los Galayos por distintas rutas: Sur directa, arista nordeste, una atrevida ruta abierta por Carlos Soria, y repitiendo también la famosa vía, entonces misteriosa, de los hermanos Malagón. También había escalado el Naranjo de Bulnes nada menos que con Teógenes Díaz y mi también entrañable amigo y compañero de Facultad, Alfonso G. Choren. Habiendo asistido al Campamento Internacional de la FEM, en los Picos de Europa, realicé con Salvador Rivas la vía ***Schulze* del Naranjo de Bulnes**, y efectué misiones de guía con los participantes en el campamento en diversas escaladas por los Picos de Europa. Me encontraba entrenado y entusiasmado ante un largo verano que se abría para mí, libre de cualquier otro compromiso social, y la perspectiva de volver a los Alpes me llenaba de fuerzas y esperanza.

Gracias a un artículo que publiqué en el número 363 de la revista *Peñalara*, he podido recordar las actividades realizadas en aquel, para mí, largo e inolvidable, verano de 1964:

«De los Picos de Europa a las montañas glaciares de Stubai. Semanas más tarde penetraba en el **Kaiser Gebirge** y en el **Karwendel**, verdaderos templos de la historia del mejor alpinismo. Conociendo refugios, escaladas, cimas y gentes, conversando sobre la filosofía de la escalada y sobre todo escuchando las canciones alpinas del Tirol:

En las altas cumbres del verde Tirol
blanca cual la nieve, encontré un amor.
Yo la quiero mucho, no la puedo olvidar
pero de casarme es otro cantar.
No te vayas al Tirol, olari lari laró...
tirolesas a buscar... olari lari laró...
que el invierno en el Tirol, olarilarilaró
te retiene en el hogar y es difícil de escapar...

Colección César Pérez de Tudela

Alpinismo en los Alpes de Stubai, Austria, 1964.

Recuerdo el Franz Senn Hütte, un refugio alpino de largos pasillos, con chimeneas encendidas y habitaciones con literas de madera, que estaba situado muy cerca de los glaciares en una de las regiones más famosas de los Alpes. Los españoles empezábamos a cantar y el silencio se imponía entre franceses, alemanes, suizos, ingleses, polacos, italianos y austriacos. J. José Díaz, el famoso Pepe Díaz, junto a Julián Vicente, eran alpinistas aragoneses formados en el viejo Frente de Juventudes y con ellos estaban aseguradas las canciones llenas de estilo, belleza y disciplina. El vasco Eli Ojanguren cantaba también. Cada representación cantó lo que supo con alegría serena y dignidad, entre los gritos tiroleses que ambientaban la reunión. A la mañana siguiente las diferentes cordadas alcanzaban la **Lisenser Fernel Kogel**, y firmaban en el libro de cumbre bajo un sol que repartía calor y comprensión para aquel grupo de privilegiados.

Dos chicas, una francesa y otra holandesa, eran las depositarias de las miradas de varias decenas de alpinistas jóvenes; algunos, famosos escaladores, altos, rubios, fornidos y propietarios de ejemplares anatomías... Varios trataban sin disimulo de ganarse la estima de las damas escaladoras. La holandesa Evelin von Nierop estaba rodeada de pretendientes...

Sorprendentemente, en el siguiente amanecer, cuando nos disponíamos a escalar la cumbre glaciar del **Östiche See Spitse**, el alpinista que escribe esta crónica vivió una de las situaciones menos frecuentes de su existencia, siempre lacónica, azarosa y esforzada: se encontró encordado con Evelin, la pretendida por todos. No sabría explicar cómo pudo ocurrir, pero aseguro que, como decía en un largo artículo publicado en *Peñalara:*

«... Desplegué toda la destreza y técnica alpina que pude, escalando con elegancia, asegurando bien a la preciada holandesa para tratar de impresionarla, dotando los pasos comprometidos con clavijas "stubai" (aquellos "sacacorchos" para el hielo que tan eficaces y seguros nos parecían). Cuando alcanzamos la cima, por una ruta más difícil que las realizadas por las otras cordadas, los componentes de la reunión ya la habían abandonado. Evelin y yo, muy retrasados, nos encontramos solos sobre la cumbre, el reino de la luz. Descendimos entre sonrisas, entendiéndonos en francés, un idioma intermedio para ambos. Cuando aquel atardecer entramos juntos en la gran sala del comedor, la apoteosis nos acompañó: las miradas de aquellas decenas de alpinistas me buscaron en mezcla confusa de envidia y estupor... ¿Cómo podía ser posible que aquella holandesa espectacular hubiera cambiado la compañía de tantos alpinistas atléticos, guías alpinos y escaladores famosos, por un alpinista español de tan discreta "indumentaria", como el poeta Machado me habría calificado? Yo había sido, sin pretenderlo, el vencedor de aquel torneo, eri-

giéndome en el "guía" de la "musa" de la Reunión Internacional de escaladores de 1964... Los cánticos duraron hasta la madrugada la víspera de la clausura. Cuando abandonamos la reunión, recibí el abrazo del polaco **Józef Nyka** —quien había realizado en las Dolomitas las más importantes escaladas—, de H. Wagner, H. Platers y del *führer* Lechner... Maravillosa mañana de finales de agosto cuando descendíamos valle abajo, Evelin y yo, dejando los glaciares, camino de Innsbruck, ante la mirada divertida de Pepe Díaz, Ojanguren y de los otros españoles que sonreían a nuestro paso, posiblemente orgullosos de su compatriota.

Colección César Pérez de Tudela

César Pérez de Tudela y Pedro Maestre en 1960, en los Alpes orientales.

Nos hospedamos a orillas del Inn y durante tres días descansamos de montañas visitando museos y paseando por las espléndidas avenidas de la capital del Tirol. Enseguida volvimos al Kaiser, las famosas montañas, refugiándonos en el Gaudeamus Hütte. Escalamos el **Karlspitze por la vía *Dülfer***, preciosa vertiente de rocas verticales y soleadas, entre placas y diedros espectaculares. Mayor bienestar no era posible sobre aquellas repisas de piedra en las que yo situaba la felicidad, sólo asfixiada por la angustia del descenso ¿Por dónde podríamos bajar? Estábamos rodeados de profundas y vertiginosas paredes. Mil metros más abajo se distinguían los pequeños refugios. Me sentía orgulloso de la compañía de Evelin y de mi profesionalidad en aquel mundo exigente que tanto obligaba a los hombres que a él se consagraban. Descendimos admirados de aquellos parajes por empinadas "chimeneas", sin colocar un solo rápel de cuerda. Mi experiencia como escalador empezaba a llenarme de orgullo, pero tenía mucho que aprender de otros temas, en los que Evelin fue mi paciente instructora. No podía creer lo que estaba pasando y me sentía quizás por ello dispuesto a emprender las mayores aventuras. Pensé en irme a escalar la pared NE del Badile, una de las paredes alpinas cuya historia más me había impresionado, pero Evelin había decidido no separarse de mí y había abandonando su proyecto de turismo familiar. Mi amigo Pedro Maestre, emigrado a Münich, compañero de aventuras juveniles en escaladas de la Pedriza, vino a visitarme con su amiga Joanna Holde, a quien tanto gustaban las canciones de los alpinos italianos que nosotros cantábamos con frecuencia. Su visita fue una alegría que me privó de seguir escalando en aquellas montañas, reino de la escalada vertical, en donde se respiraba el ambiente que escaladores como E. Solleder, H. Kobel, W. Stösser, M. Rebitsch, Hans Brehm, Ritter, Kröner y tantos otros habían creado. La mayoría de ellos tuvo trágico destino: Dülfer murió despeñado, Solleder halló la muerte en un rápel en la Travesía de la Meije, Kobel fue víctima de una caída de piedras en la pared del Bene-

dictino, Kröner se encontró con la muerte en la pared norte del Cervino... Rebisch fue el primer alpinista que salió con vida de la pared norte del Eiger, después de pasar cien horas en ella.

»Evelin y yo habíamos escalado el famoso Fleischbank por la vía *Dülfer* y el Totenkirch, además del Karlspitse, viviendo momentos estelares que nunca podría olvidar. Münich tenía un ambiente que entonces me pareció extraordinario y durante días escalamos las difíciles vías de entrenamiento del *klettergarten* a orillas del Isar. Allí los jóvenes alpinistas bávaros se preparaban para el gran alpinismo, superando delicados pasos de escalada libre. A finales del verano visité con Alfonso G. Choren, que había venido a buscarme, el macizo del Karwendel, y quedé estupefacto ante la inmensa pared norte del Laliderer. Como le ocurriera años atrás a Heckmair —el primero que escaló la pared del Eiger— pensé que el hombre capaz de semejante proeza debería sentirse por encima de todas las pequeñeces humanas. Hospedado en el Falkenhütte, estudié detenidamente la ruta a lo largo de sus mil metros de escalada, pero el mal tiempo apareció para mojar las rocas. La temporada de 1964 había terminado y mis ilusiones quedaban reducidas a preciosos proyectos. Lentamente fui descendiendo hacia la tierra... Evelin volvería a Amsterdam y yo me incorporaría al estudio, quizás empleando parte del empeño y la ilusión forjado con la incomparable voluntad alpina».

1965. Expedición Alaska-Tierra de Fuego. Riaño en la cima del Aconcagua. Muerte de el *Lili*. Arista NO al Lavaredo. Muerte de Colin y Fibla

Expediciones Alaska–Tierra de Fuego, Atlas y Kilimanjaro

El viajero y alpinista catalán, Venancio López de Cebayos, del CEC de Barcelona continuaba su largo periplo expedicionario a través de las montañas de America del Norte y del Sur, hasta Tierra de Fuego. En algunos de estos tramos le acompañaron su mujer Andrea, el ecuatoriano Marco Cruz (uno de los más famosos guías de los volcanes ecuatorianos) y el alpinista J. Pons. La relación de montañas ascendida fue importante; entre ellas estaban el Huayna Potosí, en la cordillera Real de Bolivia, el volcán Popocatepetl en México, y el famoso Cerro Tronador, entre Argentina y Chile.

El Grupo de Alta Montaña castellano realizó una expedición al Atlas marroquí y abrió una nueva ruta por el sur al Jebel Toubkal, entre otras ascensiones y escaladas. Formaban el grupo J. García Orts, L. R. Geta, J. Castañeda y P. Megías. El presupuesto de la expedición totalizó la cifra de 80.000 pesetas.

Los alpinistas catalanes del CADE del CEC de Barcelona, con Hermengildo Carreté como director, también realizaron una expedición al Atlas marroquí compuesta por 36 miembros con distintos objetivos: botánicos, geológicos, arqueológicos o simplemente artísticos o montañeros. Exploraron el **valle del M'Goun y la zona de Azurzi,** con los dos picos gemelos del Ayoui. Informaron de la existencia de una pared calcárea orientada al norte digna de ser escalada,

Crónica de sucesos

• Eleuterio Sánchez y R. Medrano fueron condenados a muerte por un consejo de guerra, tras ser juzgados por el homicidio de una niña cuando cometían el atraco de una joyería de Madrid. La muerte de la niña fue al parecer accidental. La pena capital fue finalmente conmutada por 30 años de reclusión. Había comenzado la leyenda de el *Lute*.
• Carlos Arias Navarro dejó la Dirección General de Seguridad y fue nombrado alcalde de Madrid.
• Un avión se estrelló en el aeropuerto de Los Rodeos, en Santa Cruz de Tenerife; murieron 31 pasajeros.
• Ullastres presentó sus credenciales como embajador de España ante el Mercado Común.
• Franco reorganizó el Gobierno nombrando como nuevos ministros a Federico Silva, Laureano L. Rodó, J. J. Espinosa, Antonio María de Oriol, A. Díaz Ambrona y F. García Moncó.
• Se rodaron en los estudios de Samuel Bronston en España *Doctor Zhivago, La caída del Imperio Romano* y *Cincuenta y cinco días en Pekín*.
• Los Beatles dieron dos conciertos en España, uno en la Plaza de Toros de las Ventas y otro en la Monumental de Barcelona, pero a pesar de la irrupción del conjunto musical inglés, la canción más escuchada fue *La chica yeyé* de Concha Velasco, entonces chica favorita del Régimen, quien con voz ronca entonaba como podía la ramplona canción. Llegaba la decadencia del franquismo.

con vías de diferentes dificultades, que recibió el nombre de **Dolomitas marroquíes**. La expedición catalana del CEC efectuó distintas ascensiones, como la primera española al Ighil M'Goun —la segunda altura del Atlas—, y el Uaugulzat. En el macizo del Ayoui diferentes cordadas realizaron interesantes primeras. La cordada formada por la veterana alpinista M. A. Simó (reiteradamente mencionada en esta *Crónica alpina* por su dilatada e importante actividad a través de decenios), J. Creixams y H. Carreté efectuó, con F. Abella y E. Franch, una ruta en la parte centro-oriental del Ayoui occidental catalogada de V grado.

La Federación Gallega de Montañismo organizó una expedición a las montañas del Africa Oriental, macizos del Kilimanjaro y Kenia, con Constancio y Antonio Veiga y A. Fernández. La citada expedición alcanzó la cima máxima del Kilimanjaro, el Uhuru Pic, que entonces tenía acreditados 6.100 metros. En el macizo del Kenia los expedicionarios alcanzaron la cima de la Punta Lenana, cima secundaria del macizo del Monte Kenia.

La expedición del Club Alpino Español de Madrid —compuesta por A. Riaño, Carlos Fernández, M. Moreno Fernández, el *Lili*, así como los valencianos Adolfo Jiménez y Miguel Gómez, y el médico barcelonés M. Anglada— realizó entrenamientos y aclimataciones en la región de Chorrillos, en los Andes chilenos, y llegó a la cima del Cerro Plomo de 6.050 metros. Desde esa región los expedicionarios se trasladaron al Aconcagua. A. Jiménez y A. Riaño inten-

taron la ascensión de la cima, consiguiéndolo el segundo de ellos, mientras A. Jiménez se quedaba expectante en las «Canaletas», muy cerca de la cumbre. El hecho más sobresaliente de esta expedición lo protagonizaron M. Gómez y M. M. Fernández, el *Lili*, quienes exploraron la vía *Marmillod-Grajales*, filo sur, abierta en 1953 por el teniente Ibáñez (muerto en la expedición argentina al Dhaulagiri) y que todavía no se ha repetido. Después de varios días de esfuerzos, la cordada volvió sobre sus pasos al campamento base. Fue una interesante tentativa y pasarían varios años más hasta que otra cordada consiguiera repetir esta ascensión al pico sur del famoso Aconcagua.

Los barceloneses J. Cerdá y J. M. Anglada efectuaron la primera española a la vía *Demuth-Lichtenegger-Peringuer* de la Cima Oeste del Lavaredo y también una sorprendente primera a la arista NO de la Cima Grande, cruzada ya por la vía *Stösser* y coincidente con ella en varias secciones. La escalada de 20 largos de cuerda, con dificultades de IV a V grado, fue en aquel año un aportación interesante al tratarse de una ascensión a la grandiosa cima del Lavaredo.

Los vascos J. Ayestarán y Kirch, muy activos en aquellos años, escalaron la norte del famoso Pitón Carré, la escalada más prestigiosa del Circo pirenaico del Vignemale.

Las gestiones del Comité franco-español permitieron que los montañeros españoles pudiesen franquear los Pirineos por una serie de pasos y puertos sin necesidad de hacerlo por los puntos de estricta vigilancia fronteriza, facilitando y legalizando así el uso tradicional de los montañeros de ambos países de situarse a uno y otro lado de la cordillera, transitando y ascendiendo cimas libremente.

Manuel Moreno Fernández, el *Lili*, esquiador de fondo y alpinista del CAE que había formado parte de la expedición a los Andes del CAE, mencionada anteriormente, desapareció en el Circo de Gredos. Después de búsquedas reiteradas fue hallado su cuerpo al fondo de las «canales oscuras», al final de una larga e impresionante caída que debió producirse cuando intentaba el Cuerno del Almanzor. En las operaciones de rescate participaron numerosos montañeros, entre los que podría recordar a Carlos Muñoz Repiso, montañero de la OJE, F. Caro, Ugalde, J. G. Orts, A. Riaño y especialmente a C. Soria, que junto a este cronista encontró el cadáver y lo remontó algunos centenares de metros hasta la Portilla del Crampón. En aquella operación se realizó también un «salvamento» improvisado de los guardias civiles, que por imperativo de sus funciones habían acudido al Circo de Gredos, y que, absolutamente faltos de equipo y preparación, tuvieron que ser asistidos por los montañeros de Madrid.

En el otoño murió en accidente de escalada, en las montañas alpinas del Vercors, el famoso guía francés Lionel Terray, arrastrado por su compañero, el joven guía M. Martinetti, probablemente por un exceso de confianza. Terray fue uno de los escaladores de mayor influencia en el desarrollo del alpinismo español de la segunda mitad del siglo XX.

Casi en las mismas fechas y de forma similar, murieron el catalán J. Fiblá y el escalador francés Claude Colin (diplomático agregado comercial a la Embajada francesa en Madrid), en una de las vías de la pared norte del Pedraforca. Ambos eran dos excelentes escaladores que prometían un futuro lleno de importantes actividades alpinas.

Colección César Pérez de Tudela

Miguel Oronoz, César Pérez de Tudela y Miguel Ángel Herrero en la Pedriza en 1965.

Peñalara, la histórica sociedad montañera, concedió su medalla de oro a Eduardo Díez de León, el *Berzas*, y a José Pirinolli, ambos veteranos de la centuria de montañeros del Frente de Juventudes, ya mencionados en esta crónica por sus trabajos al frente de la sección de esquí y su larga permanencia activa en la entidad.

Ese año de 1965 lo recordaré como el año en que estuve, seleccionado por la FEM, en los Alpes suizos haciendo el curso de *tourenleitter* (guía de esquí de alta montaña), y obteniendo el diploma del *Zentralkurs* para profesores de esquí suizos. Mi nivel como esquiador alpino no estaba ni mucho menos a esa altura, pero mi condición de alpinista les convenció. El curso fue para mí muy interesante, pues completé mi formación en técnicas y conocimientos de alta montaña: fijación de pasamanos en laderas, rápel con esquís, anclajes diversos en nieve, cuevas, iglús y técnicas de salvamento y supervivencia.

Inmediatamente después llegué a tiempo de escalar el Naranjo de Bulnes en invierno, con Miguel Ángel Herrero, apoyados por R. Amich, y A. G. Choren. Cruzamos el macizo central y libramos una curiosa batalla con el Picu de Urriello. Las tormentas invernales habían depositado tanta nieve en la sur del Naranjo que la primera tirada, la más expuesta, se daba escalando sobre la nieve. Lo difícil estaba arriba, pues el «Anfiteatro» se encontraba en condiciones casi insuperables. No obstante alcanzamos la cima, una de las primeras invernales, después de la de Udaondo y Landa por la norte, y de la escalada frustrada de Faus, Pellús, F. Fuentes y los demás componentes del GAM de Peñalara, de algunos años atrás.

Entonces, a punto ya de trasladarme a vivir a Barcelona, yo me sentía completamente entrenado y optimista. Antes todavía tuvimos tiempo de abrir la vía

oeste del Pájaro, la más larga de esta singular montaña. En la apertura estaban Miguel Ángel Herrero y A. G. Choren. La vía se consideró como la más completa e interesante de la Pedriza.

Todavía en aquel largo invierno, visitó Madrid el alpinista alemán H. Pokorski, vinculado estrechamente al alpinismo catalán, al haber realizado una intensa actividad con los componentes del GAM del Montañés (vía *Cerdá-Pokorski* a la norte del Pedraforca, y tantas otras escaladas en Montserrat, Cadí y macizos pirenaicos). Pokorski expuso una inolvidable conferencia de sus ascensiones y escaladas en diversas montañas europeas, y Rivas y yo le gratificamos escalando con él la famosa *Sur* del Pájaro (que antes yo había escalado con su compañero J. M. Anglada), en un precioso día invernal. Seguidamente nos trasladamos al Galayar, descubriendo entre las nieblas la silueta impresionante del Torreón de los Galayos. Nadie había contado a Pokorski que en el centro de la vieja España pudieran existir semejantes montañas, obeliscos de piedra que se perdían en lo alto. Allí escalamos diversas rutas de la extraordinaria cima.

V. López de Cebayos, incansable viajero alpino de aquella década, realizó una larga campaña de proyecciones y conferencias, narrando su larga expedición Alaska-Tierra de Fuego, prólogo de una serie de expediciones viajeras y montañeras por la naturaleza de la Tierra.

Los alpinistas Pedro Delojo y Gonzalo Martín, de Madrid, fueron seleccionados para asistir a la reunión internacional de montañeros en Grecia, organizada por la UIAA (Unión Internacional de Asociaciones de Alpinismo). Llegaron a la cima del monte Ghighilos, de 2.080 m, y recorrieron diversos parajes de la extraordinaria naturaleza de la península griega.

1966. Alpinismo en Cataluña. Revista *Vértex*. A. Iglesias en Montserrat. Pedraforca vía *Robbins*

MI vida estaba cambiando, igual que España. Ya no era aquel estudiante de Derecho con una extraordinaria vocación alpina que escalaba constantemente y cantaba con los camaradas de montaña en los alegres refugios... Había tenido que decidir sobre mi destino y realizar unas oposiciones a la Administración que habían exigido muchos meses de inactividad y requerido la memorización de centenar y medio de temas de derecho penal, civil, adminitrativo... Ahora tenía comprometidas obligaciones en una España que estaba cambiando día a día, tanto que hasta una duquesa, la de Medina Sidonia, se ponía al frente de una manifestación popular, protestando contra la radiactividad de las playas en Almería, tras la caída de cuatro bombas de hidrógeno de un B-52 norteamericano. El ministro Fraga se había bañado junto a otros políticos para demostrar que las aguas no estaban contaminadas, dando pie a la portada más divulgada de todos los diarios y revistas españoles...

Por otro lado, El INTA, en Arenosillo, lanzó al espacio el cohete «Skúa» enseñando al mundo que tanto criticaba el régimen franquista, que en España el nivel estaba alto..., como los 73 kilómetros que alcanzó el ingenio.

La Ley Orgánica del Estado fue aprobada en Referéndum con el 90 % de participación. En ella quedó establecido que España era una monarquía hereditaria.

Los estudiantes y algunos representantes de la clase política de oposición se encerraron con los monjes capuchinos de Sarría, en Barcelona; entre ellos había conocidos intelectuales y universitarios ilustres... El *ABC* publicó en la «tercera» el artículo de Luis María Ansón, «La Monarquía de Todos», que no gustó a los partidarios del Movimiento Nacional.

Salvador Rivas había ganado la cátedra de Botánica de la Facultad de Farmacia de la Universidad Central de Barcelona y ello era para mí un importante consuelo. Juntos podríamos escalar en Montserrat, Pedraforca y en tantas regiones pirenaicas que desde Barcelona se encontraban más próximas. Me admitieron por su mediación en el Colegio universitario San Raimundo Llull, frente a la Facultad de Derecho, que dirigía Felipe Calvo, catedrático de Metalurgia y montañés de Polentinos de Palencia.

La escalada del **Cavall Bernat per devant**, la vía *Puigmal,* fue para mí un acontecimiento. Rivas y yo lo escalamos bien y con facilidad, pero ambos quedamos impresionados de la escalada en Montserrat, elegante y expuesta. Durante varios días mi mente estaba colgada, espectacularmente, en los precarios remaches de plomo, en la rigurosa verticalidad de aquel monolito, viendo mil metros más abajo el discurrir de las aguas del Llobregat...

Vivir en Barcelona entrañaba para mi la apertura de una nueva etapa alpinística: montañas nuevas y compañeros jóvenes de la Unión Excursionista de Cataluña, el club con más socios de España, que estaba dividido en diversas delegaciones; Cataluña era un país aficionado tradicionalmente a las distintas actividades de montaña. El CEC, Centro Excursionista de Cataluña, era la asociación del excursionismo catalán por antonomasia, la más antigua y completa. Domiciliada en el barrio gótico de la ciudad condal, tenía una casa museo con columnas romanas y una de las mejores bibliotecas de Europa en temas de montaña. Para los socios de la célebre entidad cultural, el montañismo era no sólo un deporte; también, y quizás fundamentalmente, las montañas y el excursionismo guardaban las esencias de la vieja Cataluña histórica. Así lo atestiguaban sus diversas secciones: Club Alpí Catalán, con el CADE (Centro Académico de Escalada) club de esquí, sección de botánica, antropología, arqueología... Entre muchas otras asociaciones de barrios y ciudades catalanas, sobresalía el Club Montañés Barcelonés, con un GAM (Grupo de Alta Montaña) muy activo, seguido de cerca por el Club Excursionista de Gracia y su sección alpina, el GEDE (Grupo Especial de Escalada). La Federación catalana de montañismo estaba domiciliada en las Ramblas, en la casa del barón de Güell, al lado mis-

Colección César Pérez de Tudela

Vista del Cavall Bernat y pared dels Diables desde el pueblo de Monistrol.

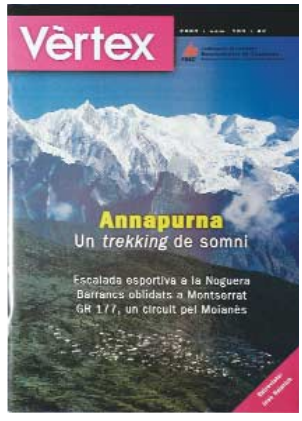
Colección César Pérez de Tudela

Prácticas de rescate en Montserrat, en 1965. El veterano escalador catalán Gallofra descendiendo a un compañero.

mo del Liceo, y en aquellos años estaba dirigida con habilidad por F. Martínez Masso, presidente elegido por sufragio. El deporte en Cataluña lo presidía y representaba un señorito, antiguo jugador de rugby: Juan A. Samaranch, inteligente y caballeroso, a quien no era ajena la importancia que el deporte iba a tener en una sociedad que evolucionaba hacia nuevas estructuras...

La llegada a Barcelona de Salvador Rivas, entonces uno de los catedráticos más brillantes de la Universidad española, y de este modesto cronista, ambos categoría nacional del Grupo de Alta Montaña Español y profesores de la Escuela Nacional de Alta Montaña, fue relativamente bien acogida por el ambiente de montañeros, no siempre abierto, de la tradicional cultura catalana, en donde el vigoroso alpinismo se cobijaba, no exento de cierta desconfianza por nuestra estrecha vinculación a Madrid y a la Federación Española, de la que éramos miembros de su Consejo Directivo. Los recelos, si llegaron a existir, se disiparon pronto. Ambos realizamos una intensa actividad que nos revalidó de pleno derecho en nuestra condición de alpinistas de vanguardia: invernales de diversas rutas de los Encantats, escaladas en el Vignemale, frecuentes escaladas de las rutas del Pedraforca y entre ellas la salida de los «castellanos» de la vía *Font* al Pollegó Superior.

Salvador Rivas volvió a reencontrarse con sus viejos compañeros de escalada: Jordi Pons, *el Piripi*, Francisco Guillamón, Muñoz, J. M. Anglada y un largo etcétera, muchos de ellos en intensa y vanguardista actividad escalatoria. Yo, por mi parte, ingresé de lleno en la exigente escalada montserratina: *Haus-Estremps* a la Momia, Pirenaica —que en aquellos años gozaba de un curioso prestigio—, el espolón del Bisbe, el Frara por el «Sostre», la *Más Brullet* de Sant Geroni, y decenas de escaladas en las zonas de Trinitats, Monasterio, Agulles... Ese mismo año comencé a escribir y a dibujar la primera ***Guía de Escaladas en Montserrat***, una selección de las mejores rutas de toda la montaña, y de las que más me habían interesado. Durante tres años estudie e investigué sobre Montserrat, y me hice un especialista en el saber sobre la gran montaña catalana. La biblioteca del CEC fue en



***Primer número de la revista* Vèrtex.**

aquellos años uno de mis lugares favoritos. Allí me encerraba a estudiar el alpinismo de Cataluña y del mundo al regreso de las montañas.

En una de aquellas escaladas conocí a **Albert Iglesias**, criticado por sus curiosas formas de plantear la escalada, pero escalador indiscutible en aquellos años y uno de los más activos y valiosos del Montserrat. En cordada con el *Iglesias*, como era conocido, escalé el día de San Juan la extraordinaria **pared de Sant Geroni**, escalada espectacular y muy difícil de encontrar en otras montañas de la Tierra por su severa grandiosidad y su angustiosa inseguridad.

En esos años de prácticas constantes en Montserrat y Pedraforca, tuve frecuentes y estrechas relaciones con muchos de los más sobresalientes escaladores catalanes de aquellos años, entre los que podría recordar a Genís Roca, Emilio Civis, Joan Creixant, César Comas, José Paytubí, Gil, X. Pérez Gil, Ferrán Abella, P. Xaus, J. Colomer, Frances Sabat, Galí, Miguel Lusilla, José M. Monfort, los *Maños* de Tarrasa, Xavier Vila, Carlos Olivella, Joan Martí del Castillo, Alberto Pamies, Tony Villena o Jordi Pons...

Colección César Pérez de Tudela

En la cima del Talat-n-Ifri. en el Macizo del Tazarhart (Alto Atlas). Primera Ascensión Nacional en 1960. De izquierda a derecha: José Paytubí, Enrique Font, José Manuel Cáncer y Jorge Colomer.

En 1966 murió A. Abadias, de la familia Sayó, vinculado estrechamente a la historia del valle de Benasque y al Aneto, cima de la que fue campeón.

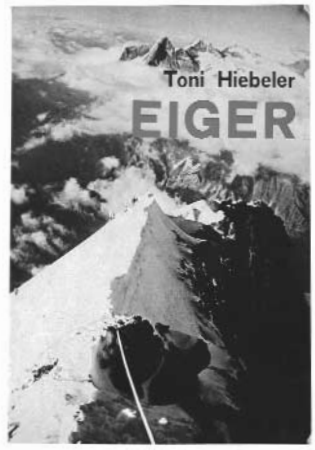
Venancio López de Cebayos llegó al final de su larga expedición por las dos Américas, hasta Patagonia y la Tierra de Fuego. Aunque no realizó en ella ninguna ascensión difícil o especialmente memorable, recorrió como un antiguo explorador las extraordinarias tierras australes.

C. Comas y J. Martí, del GEDE, escalaron la norte del **Pitón Carré**. Su ascensión fue la segunda española a la prestigiosa cima del Vignemale.

Los escaladores aragoneses Ursi Abajo y J. Ibarzo efectuaron la tercera escalada de la entonces tan temida y deseada vía *Rabada-Navarro* a la **pared oeste del Naranjo de Bulnes.**

Se comenzó a editar la Revista *Vertex* de la Federación Catalana de Montañismo, en la que se encontraban escritos de Isidro R. Muntané, A. Aymat, Albesa, J. E. Escartin...

La Federación catalana reorganizó su cuadro directivo nombrando a J. Colomer director de la ENAM y a J. Pons del GAME y a M. Anglada, el doctor, Jefe de los Grupos de Socorro en montaña.



El catalán J. M. Anglada, en cordada con el alpinista norteamericano R. Robbins, abrió una nueva vía en la pared norte del **Pedraforca**, que enseguida gozó de una gran reputación. Anglada había conocido a Robbins en 1962, cuando escalaron juntos el espolón este de El Capitán, en Yosemite. El mismo Anglada, junto a J. Cerdá, abrió una nueva vía a la Roca del Ordiguer, en el macizo prepirenaico del Cadí.

Los alpinistas F. Casanellas, Godia y Villena terminaron la primera alta ruta invernal de los Pirineos, desde el Cantábrico al Mediterráneo, con esquís.

La participación de equipos de esquí de travesía en el **Rally CAF–CAI** se puso de moda y la presencia de equipos españoles fue desde entonces una realidad. Los equipos de nuestro país disputaron con notable éxito los primeros puestos a los franceses, suizos e italianos, demostrando la categoría que España (fundamentalmente los equipos barceloneses y madrileños) estaba ya alcanzando en aquellos años.

Igualmente se impuso la Alta Ruta de Gredos, organizada por el CAE, y las travesías tradicionales, como las de Nuria-La Molina y otras del mismo género relacionadas con el esquí de montaña.

Reunión nacional de escaladores en El Yelmo

En 1966 se celebró la II Reunión Nacional de Escaladores, en la Pedriza del Guadarrama, con una importante asistencia de montañeros de distintas regiones españolas. Ese año se conmemoraban los cien años de la primera ascensión al Yelmo, una de las cimas más importantes de la Pedriza. La primera reunión de escaladores se había celebrado el año anterior en Montserrat. Se editó con este motivo un folleto con la efigie del castillo del marqués de Santillana, con los saludos de Pardo de Santayana, gobernador civil de Madrid, del alcalde de Manzanares el Real —antes fue Real de Manzanares su verdadera denominación—, y del Presidente de la Federación Castellana de Montañismo, Fernando Muñoz Guerra, un montañero que se dedicó íntegramente al ejercicio federativo. Con este motivo se invitó a todos aquellos ciudadanos que lo desearan a subir a El Yelmo; para ello se pusieron a su disposición los servicios de los instructores y profesores de la ENAM castellana. Fue una espléndida y bien organizada reunión de montañeros de la que se acuñó una insignia en bronce.

Durante el verano, el **GAME de Castilla** se trasladó al **Atlas marroquí**, donde efectuó una completa campaña de ascensiones, siguiendo los pasos de la expedición del CEC de Barcelona. Aunque la expedición castellana fuera menos completa en actividad que la catalana, realizó ascensiones en la región del Toubkal y también del Ayoui. El grupo estaba formado por J. García Orts, J. M. Alaiz, L.R. Geta, P. Megía, J. Castañeda y A. Lagos. El diario *Marca* publi-

có una larga crónica de José L. Gilabert, portavoz de la expedición, más que por sus méritos deportivos, por el exotismo que en esos años representaba el descubrimiento del Atlas marroquí, tan próximo a España y tan desconocido.

El libro de Toni Hiebeler editado por Arthaud en francés, *Combats pour L'Eiger* fue la gran revelación de la literatura de montaña de ese año. Su éxito fue comparable al de *Estrellas y borrascas* de G. Rébufatt, que había sido editado en español por la Editorial Juventud unos años antes. La Editorial Montblanc editó en Cataluña el libro *Lluis Estasen, maestro de alpinistas*, de J. Iglesias.

En el otoño Miguel Ángel Herrero y yo, al regreso de los Alpes italianos —en donde intentamos escalar la pared **NE del Badile**—, hicimos una rápida ascensión al Cervino soportando un peligroso vivac al ser sorprendidos por una tempestad en las cercanías de la cima. La falta de visibilidad nos desvió de la vía y nos encontramos perdidos en la pared occidental. Ese extravío en el Matterhorn impidió mi presencia en el bautizo de Bruno, mi primer hijo.

1967. GEDE África Tropical. NE del Piz Badile. Invernal del Pitón Carré. Barceloneses en el Hoggar. Norte de las Grandes Jorasses

ESTE año fue para el montañismo español un año importante. La cantidad y calidad de las escaladas realizadas por españoles presagiaban una incorporación normal de España a los países europeos. El montañismo seguía siendo esencialmente «alpino».

Franco cesó como Vicepresidente del Gobierno al Capitán General Muñoz Grandes y nombró al Almirante Carrero Blanco en su lugar. Las protestas estudiantiles se recrudecieron y la Universidad de Madrid, que empezaba a llamarse Complutense (quizá por sentirse heredera de la de Alcalá de Henares) fue cerrada durante varios días. También creció la protesta obrera, aunque la noticia más relevante fue que el Gobierno dejó de reconocer el ancestral «fuero universitario» mediante el cual la Policía no podía penetrar en el recinto de la universidad sin permiso del claustro o con ocasión de un delito flagrante.

España estaba cambiando y nosotros los alpinistas no nos dábamos cuenta, insertos de lleno en la «carcel cósmica» de la montaña, que era cuanto veíamos, y pendientes de las escaladas que soñábamos o recordando las que habíamos alcanzado. España estaba industrializándose y las clases proletarias se habían transformado en clases obreras propietarias de modestos apartamentos sindicales, y que veraneaban en la residencias de Educación y Descanso.

En 1967 Franco se entrevistó con el Canciller alemán Adenauer y en Vizcaya se decretó el estado de excepción durante tres días, en los que quedaron suprimidos los derechos que el Fuero de los Españoles otorgaba a los ciudadanos.

La Europa del Mercado Común aprobó la negociación de un acuerdo preferencial con España, y la Chrysler compró al industrial español Barreiros la fabrica de automóviles del mismo nombre.

Los obreros españoles viajaban en seiscientos y la duquesa de Medina Sidonia, «la roja», era condenada por el TOP (Tribunal de Orden Público) a un año

de prisión y 10.000 pesetas de multa por ponerse al frente de la ya citada manifestación popular de Palomares. El primer Plan de Desarrollo, diseñado a imagen del francés, había sido un éxito y se preparaba el segundo. El gobierno franquista había dejado de ser falangista y los «tecnócratas» se habían hecho fuertes en la política del Régimen. España iniciaba el camino del neoliberalismo, de las elites empresariales en plena dictadura y del ascenso del consumo como razón suprema del bienestar. ¿Había mejor bienestar que ser libre para practicar el alpinismo?

Expediciones españolas. Atlas invernal

Ese mismo año fue mi descubrimiento del Atlas marroquí. Mis amigos Alfonso G. Choren y Miguel Ángel Herrero habían sido los primeros en ascender al Toubkal, la montaña más alta de la zona, en el invierno anterior, y querían repetir la experiencia de una pequeña expedición a uno de los países más próximos y, entonces todavía, más desconocidos de la Tierra. Con la subvención del GAM de Peñalara y algunas ayudas más de Herrero y Choren, emprendimos la aventura. Fue una expedición inolvidable. Aquellos poblados de Asni o Imlil se encontraban llenos de tipismo y muy pocos extranjeros llegaban a ellos, con excepción de los residentes franceses. Con varios porteadores bereberes, que todavía caminaban descalzos sobre la nieve, llegamos bajo el Toubkal. Realizamos las primeras invernales de todas las cimas superiores a los 4.000 metros, incluyendo una difícil travesía de la arista de Clochetons que nosotros abrimos. La expedición fue un completo éxito y logró mucha resonancia en los medios de comunicación. La agencia EFE tituló: «Primeros montañeros españoles en el Atlas invernal», y periódicos como *ABC, YA* o *Arriba* publicaron amplios reportajes fotográficos de la expedición.

Expedición del GEDE al África Ecuatorial

El GEDE del Club Excursionista de Gracia celebró su XXV aniversario realizando una expedición a las montañas ecuatoriales de África. El equipo lo dirigía Enric Pérez, al que llamaban *Mambo*, y entre los componentes estaba J. Colomer, un estupendo comunicador que se encargó de publicar numerosos reportajes y artículos de los resultados expedicionarios en las revistas *Vertex, Peñalara, Senderos* y aun en la prensa generalista, que solía tratar el montañismo solamente cuando la tragedia se asomaba a las cimas. Llorens, Claramunt, Banzo y Comas, junto a los anteriormente citados, alcanzaron las cimas del Kilimanjaro, incluido el Mawenci, así como la del Nelión, en el macizo de Kenia, por el espolón sur, y varias cimas del misterioso Ruwenzori. Fue un éxito completo.

Expedición vasconavarra a los Andes. El problema de la *ikurriña*

La Federación vasconavarra organizó una expedición a los Andes en la que figuraron los alpinistas más característicos: J. I. Lorente, A. Landa, A. Vallejo Rosen, F. Lusarreta, S. de Olazagoitia, R. Kirch y M. Feliu. Independientemente de sus éxitos deportivos —**Alpamayo**, la montaña más bella de la Tierra, según el alpinista alemán Günter Hauser, **Atunrraju y Ayanturrajo,** de 5.987 y 5.670 metros, respectivamente—, la expedición vasconavarra planteó un curioso conflicto con las autoridades deportivas. La *ikurriña* se colocó

Darío Rodríguez

Paisaje en Hoggar, Argelia, Región de Asekrem. Tezolaig Sur y otras agujas.

ondeando en alguna de las cimas y este gesto se estimó motivo suficiente para la destitución de Pedro Otegui, presidente de la Federación Vasconavarra. Además, los componentes de la expedición fueron llamados a declarar ante el Tribunal de Orden Público. Este cronista intercedió ante las autoridades policiales por J. I. Lorente, jefe de la expedición, que residía en Barcelona, antes de que el Tribunal de Orden Público considerase no realizar incriminación alguna contra los componentes de la expedición.

Los aragoneses Ursicino Abajo y Jesús Ibarzo superaban por primera vez en invierno el tétrico **Pitón Carré**, encajonado entre los pasillos helados de la «Y» y el famoso Couloir de Gaube, en el marco salvaje y grandioso del Vignemale, una montaña de una importancia natural difícil de hallar en las más altas montañas de la Tierra... Porque ¿qué es más? ¿La norte del Vignemale o el Cho Oyu del Himalaya?... «Ursi», el gran escalador aragonés, prefirió en esas navidades, —como en tantas otras—, el silencio solemne de la alta montaña al bullicio festivo y muchas veces sin sentido de la ciudad.

Los catalanes J. Matas y F. Sabat realizaron la tercera ascensión invernal del **Couloir de Gaube**.

Expedición catalana al Hoggar

El Club Montañés Barcelonés y el CEC de Barcelona organizaron conjuntamente una expedición al Hoggar, en el sur de Argelia. En ella figuraban J. M. Anglada, E. Vergés, J. Pons, Alegre. F. Abella y F. Planas. La expedición consiguió abrir una nueva vía al **Garet el Djenoum**, escalar los Tezolais y la **arista SE del Illaman**, cuya roca tiene un sonido y tacto metálicos, y una escasa adhe-

rencia. Como todas las expediciones dirigidas por Anglada, tuvo buen «marketing» y explotó bien el éxito, con el envío de sus relatos a todas las publicaciones montañeras existentes, españolas y extranjeras.

Robert Ollivier, el conocido autor de las guías del Pirineo y alpinista del GPHM, visitó Barcelona (Centro Excursionista de Gracia). Ollivier desde muy joven había escalado en los Pirineos, y con su capacidad de sistematizar y su experiencia geográfica, fue confeccionando resúmenes de las ascensiones, travesías y escaladas que dieron origen a las famosas «guías»: *Del Anie al Balaitús, Pirineos Occidentales (Aspe y Ossau), Del Ossau al valle d'Azum*, así como de Bigorre, Arizou, Neouvielle, Cauterets, Vignemale, Gavarnie y de los cañones españoles.

En aquel año un joven estudiante que formaba parte de los aspirantes al GAM de Peñalara y que tenía grandes facultades para el alpinismo, Fernando Martínez Pérez, el *Brujo*, publicaba preciosas poesías de montaña. Ese año tuve la suerte de conocerlo, corría esquí de fondo y escaló con Herrero y conmigo la vía *Víctor* al Naranjo de Bulnes y la pared Sur de los Horcados Rojos. Durante esos años fue el «alma» del GAM de Peñalara.

La escalada de Teógenes Díaz en Montserrat

Los escaladores que vieron a Teógenes Díaz en la cima del Gorro Frigio, en un Montserrat invernal y muy frío, no lo podían creer. Recuerdo la cara redonda y aniñada de Xavier Pérez Gil, y de otros que ahora no puedo precisar, mirando a Teógenes, un señor ya «muy mayor», con casco de escalador y pantalones a lo bávaro, que llegaba entusiasmado a la cima después de haber escalado la vía *Mompart* y la vía *Sabadell*. Teógenes estaba exultante, había renacido y se encontraba mejor que en el pasado, según me confesó tras la escalada. Estaba feliz de haber actualizado su vida superando ese corto extraplomo de la pared situada sobre un hondo precipicio, agarrándose suavemente a las rocas redondas que sobresalían. Ahora, tantos años después, puedo saber lo que aquellas escaladas significaron para mi viejo y querido amigo Teógenes, el mítico montañero, el comunista pasional, el rebelde intransigente, el comisario político del Batallón Alpino, el trabajador forzado del Valle de los Caídos en su larga condena... Teógenes Díaz Gavín era feliz, igual que lo era yo al observar su felicidad. Que Dios guarde su memoria intacta como uno de los más atrevidos y gloriosos alpinistas españoles del siglo XX.

El año más «alpino»

En los mismos meses en los que Alfredo Di Stefano se despedía del fútbol activo, y mientras empezaba a triunfar Emiliano en el baloncesto español, Salvador Rivas y yo escalábamos la **pared norte del Lavaredo**. Para ambos fue una lección de vida extraordinaria. Habíamos hecho un largo viaje sin parar desde Barcelona para llegar en un amanecer lluvioso a Cortina D'Ampezzo. Los «Arañas» de Cortina habían despitonado la vía Comici en el otoño, para revalorizar la escalada, que seguía siendo cotejada como de sexto grado superior. Las Tres Cimas del Lavaredo se presentaban soberbias en el horizonte. Pocas montañas de la Tierra son más impresionantes que las Dolomitas. La hazaña de Comici y los her-

Colección César Pérez de Tudela

Escalada en los Alpes.

manos Dimai dejó estupefactos a todos los escaladores de la época. Eso decía la guía Berti de 1965. Mirar la pared norte del Lavaredo con la decisión firme de introducirte en ese mundo vertical es una experiencia impactante. Yo la miraba mientras escuchaba el estruendo de las piedras que, como grandes proyectiles, caían entre la lluvia, estrellándose con duros impactos contra la rocalla de los zócalos... «Una vez colgados de la pared no es fácil que nos den... La pared supera la verticalidad... y las piedras caen treinta y cuarenta metros más allá de donde nosotros estaremos», dije yo para animarnos... Rivas no estaba convencido, pero allí, en la Forcella del Lavaredo, estabamos nosotros presos de nuestro compromiso, aterrados, mirando las exasperantes y altísimas torres de la Piccolísima, la Frida, la Piccola y la Grande. Podíamos habernos distraído con el Spigolo Giallo o con el Espolón NE de la Grande, pero eso habría sido romper nuestro «pacto» y nuestro «sueño», tantas veces sostenido voluntariamente como una exaltación de nuestro ser. Estábamos allí, bajo la montaña, la que nos haría vivir y sobrevivir, en donde podríamos esforzarnos y arriesgarnos hasta la «purificación» ¿Es que no queríamos hacer lo que llevábamos meses y años pensando y deseando? Cuando escaláramos la pared norte del Lavaredo seríamos lo que siempre quisimos ser: unos verdaderos escaladores... No recuerdo cuántas ideas vendrían a nuestra mente, pero sé que ambos fuimos valientes. Éramos la primera cordada que se adentraba aquel lluvioso verano en la norte del Lavaredo. Trepamos por un espolón de rocas descompuestas esquivando las brutales acometidas de las piedras y cuando nos dimos cuenta estábamos de lleno en el fragor de la escalada, agarrándonos a los precarios y resbaladizos rebordes sobre un hondo precipicio que teníamos bajo nuestros pies y que acabábamos de empezar. Fue un largo camino que nos llevó todo el día. Nos colgábamos de cordinos que aparecían de vez en cuando, como única salvación para dominar espectaculares pasajes. Yo veía muchas veces, allá abajo, a Salvador, que contemplaba sin mirar las lentas vicisitudes y evoluciones de mi ascenso... Los «Arañas» habían dejado la famosa escalada sin clavijas y apenas sin seguros, y ello nos condenaba a escalar con una «limpieza» que nos introducía en el «encanto» del riesgo. Habíamos comenzado la escalada muy tarde, y al llegar al final de la zona extraplomada, tuvimos que conformarnos con la pequeña repisa colgada hacia al aterrador vacío, para allí tratar de acomodarnos como mejor pudiéramos. Eso era el "vivac". Quedarse allí a tiritar y a pensar en el día siguiente. Y eso hicimos. Era nuestro destino. Nos transformamos y perdimos la petulancia. No éramos nada más que dos espíritus llenos de deseos simples; no teníamos nada. Y comprendimos bien al que sólo tiene un trozo de suelo para vivir. Al día siguiente ejercitamos nuestro oficio de escaladores, y empleando técnicas y fuerzas, el destino nos

permitió superar las fisuras embarradas y las peligrosas piedras sueltas, y así nos fuimos acercando a la cumbre. Cuando alcanzamos la cima el entusiasmo nos engrandeció. Habíamos ganado la paz...

Alpinismo en Yugoslavia

Salvador Rivas y yo habíamos pedido al Presidente de la FEM que ampliase la invitación que nos había hecho a ambos la Federación Yugoslava (de Eslovenia) para que así pudieran venir con nosotros a la Reunión Internacional de Escaladores J. Pons y J. M. Anglada, amigos de Rivas. Los Alpes Julianos, una prolongación de las Dolomitas hacia el este, son extraordinarias montañas de grandes vertientes que forman vertiginosas paredes, como la del **Triglav**, la más larga de Europa, que es a su vez su cima más alta. La pared norte es excepcional. Y a ella nos enfrentábamos. Yo formé cordada con Jorge Pons, mientras Rivas se encordaba con Anglada. Ellos escalaron serios y preocupados en no perder la orientación en la vasta muralla, mientras Pons y yo seguíamos cómodamente sus pasos, comentando recuerdos, expresando alegrías y declarando abiertamente nuestros «miedos y zozobras»... Fue una extraordinaria escalada que nos llevó sin sobresaltos a la cima. De Kranjska Gora, y junto al resto de los escaladores que habían asistido a la Reunión Internacional, atravesamos los Alpes Julianos hasta Bohinj, para viajar desde allí al Lago Bled, residencia del Mariscal Tito, en donde una solemne recepción dio por finalizada la reunión.

Yo tenía cita con Miguel Ángel Herrero en Italia para intentar la exploración y escalada de la famosa vía *Cassin* a la pared Norte del Piz Badile, en aquellos años una de las grandes paredes nortes alpinas. Anglada y Pons mantenían en secreto su proyecto de escalar las Grandes Jorasses por el espléndido espolón a la Punta Walker —otra de las seis nortes—, que entonces se estimaba la «cima» de la dificultad. El «secreto» lo conocimos a través de Jorge Pons, persona sencilla y simpática, que lo contó animado por dos cervezas..., y que tuvo que soportar la mirada de fría censura de su compañero Anglada, quien nunca divulgaba sus próximos objetivos. Las precauciones de Anglada no eran infundadas. Si nosotros hubiéramos tenido suerte, después de escalar el Badile habríamos tratado de adelantarnos en la Walker. Así estaban los ánimos en el año 1967...

Rescate en el Pedraforca

Pedro Carrasco se proclamaba campeón de Europa de boxeo y el *Cordobés* se retiraba de la Fiesta, en la que había sido una figura discutida por los ortodoxos y aclamada por el pueblo.

En esos mismos meses el joven Miguel Sergatal Pellicer, hijo del farmacéutico de Ribas de Fresser, encontraba la muerte al caerse y golpearse en la vía *de la Graullera,* en el Pedraforca. El rescate de su cuerpo supuso una operación muy costosa y dura. Este cronista protagonizó la operación junto a unos escaladores del GEDE, antiguos miembros de la Escuela de Guías del Frente de Juventudes, que vertieron toda su formación humana y montañera, además de utilizar las propias cuerdas y equipamiento de escalada, en aquella tarea insoslayable. Tuvimos que evacuar el maltrecho cuerpo dentro de su propio

saco de dormir, e improvisar una camilla con una escalera de madera del refugio Estasen, para poder descolgarlo por los precipicios. La familia Sergatal nunca testimonió a ninguno de nosotros su agradecimiento. Y esta reacción familiar desconsiderada hacia quienes habían sufrido peligros e inseguridades, además del costosísimo esfuerzo, verdaderamente impagable, siempre fue conducta «normal», en las numerosas ocasiones que la vida montañera me ha exigido la humanísima colaboración de rescatar o socorrer a nuestros semejantes... Nadie nunca expresó su gratitud. Nunca nadie dio las gracias. ¿Quizás el dolor es incompatible con el agradecimiento?

En ese año también perdía la vida Pedro Feliu, hermano del conocido alpinista y escritor Marcos Feliu, en el couloir Pombie-Peyreget del Midi d'Ossau.

El barcelonés Busquet cayó sesenta metros en la Arista de la Prenyada en Montserrat; quedó con vida, pero con los brazos y las piernas rotos. La piedad de la montaña...

El alpinista de San Sebastián, Julio Villar, uno de los más entregados al gran quehacer del montañismo en aquellos años, sufrió una caída mientras escalaba la **arista de Peuterey** al Mont Blanc, que le retiró del alpinismo y le llevó a ser uno de los últimos románticos de la navegación. Sólo y durante tres años recorrió los mares de la Tierra en repetidas vueltas, escribiendo uno de los libros más bellos de la literatura del mar: *¡Eh, Petrel!,* traducido al francés como *Memorias de un principito del mar.*

Por otra parte, Juan. A. Samaranch, delegado para Cataluña de la Delegación Nacional de Educación Física y Deportes, fue nombrado Delegado Nacional por el Régimen, y Ángel Baranda —antiguo componente del célebre Batallón Alpino republicano en la Sierra del Guadarrama, y veterano esquiador de fondo—, fue nombrado Presidente de la Federación Española de Esquí.

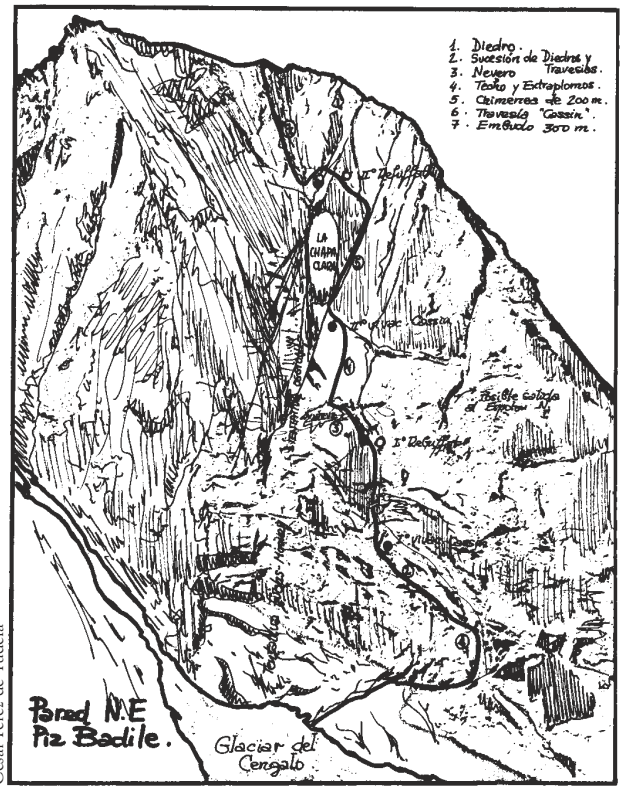
El cardenal Dopfner, a los 53 años, escaló el famoso monte Cervino.

Mari Carmen Arribas, del GAM de Peñalara, una de las pocas mujeres alpinistas de entonces, recibió un merecido homenaje de la prestigiosa sociedad montañera madrileña.

Jose María Galilea Solé, compañero de Enrique Herreros y de Baldomero Sol, publicó en *Peñalara* su artículo «La última clavija», una especie de despedida a la escalada, rendido ante la cuesta pronunciada de los años inexorables...

María del Carmen Arribas

Escaladora y montañera de las décadas de los años cincuenta, sesenta y setenta, realizó una constante actividad montañera, y se convirtió en una de las primeras mujeres que entró a formar parte del GAM de Peñalara. Considerada mejor alpinista femenina de Madrid en 1967, tiene en su haber la travesía del Cervino y escaladas en las Dolomitas, junto a otras muchas escaladas clásicas alpinas, así como ascensiones destacadas en los Pirineos (Balaitús, Diablo, Midi d'Ossau, Vignemale) y los Picos de Europa. Su nombre aparece varias veces relacionado con diversas escaladas y ascensiones en esta *Crónica*.



César Pérez de Tudela

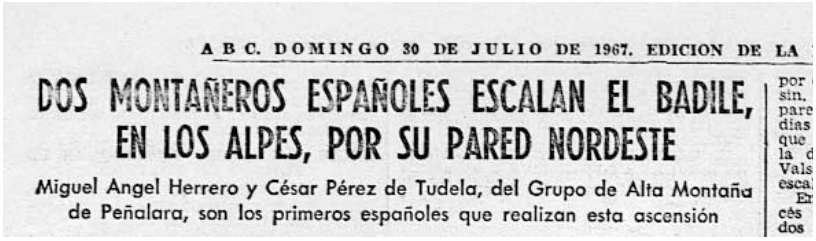
A Jordi Pons le concedieron sus compañeros del Club Barcelonés el trofeo «Peradejordi» por su incansable actividad alpina y escalatoria.

Este año se publicó el libro *Balada de las Montañas* de J. M. Villalba Ezcay, una recopilación de artículos llenos de sentimiento: «Cantos de cuerda y esperanza», «Del Montserrat eterno», «Montañas de aquí y de allá», «Momentos estelares»...

Primera española a la pared NE del Piz Badile

S. Rivas y yo regresabamos de los Alpes Julianos y nos reunimos con Miguel Ángel Herrero en Bondo, en la Val Bregaglia, un pueblecito del cantón italiano de los Grisones, en Suiza. Queríamos saber cuál era nuestra capacidad en las más reputadas escaladas alpinas. Como del Badile se sabía muy poco entonces, yo había escrito a Riccardo Cassin, pero Cassin, hombre sencillo, se limitó a enviarme un incompleto croquis de su célebre escalada. Conocía, por haberlo leído una y otra vez, el relato de su tremenda ascensión y la muerte de sus compañeros Molteni y Valsecchi en el transcurso de los sucesivos vivacs que las circunstancias impusieron. Nada más conocía de ella, salvo los comentarios del conde Aldo Bonacossa en la guía alpina de 1936: «La extraordinaria pared nordeste del Piz Badile permanece invencible... Es el más grande baluarte granítico de todos los Alpes»... Después de la primera ascensión, los escaladores se alejaron del Badile, hasta que once años después, G. Rébuffat realizó la segunda ascensión: «una escalada muy dura y difícil en una roca extraordinaria», diría Rébuffat. La tercera escalada de la pared la llevó a buen fin W. Bonatti, que la comentó en su libro *Mis montañas:* «Bastaría un poco más de verticalidad para que sus pasajes con sus minúsculas rugosidades fuesen imposibles...»

Fuimos, pues, como exploradores al Piz Badile, entonces una montaña remota para nosotros; una pared desconocida y colmada de incertidumbres... ¿Seríamos capaces? Por diversas circunstancias nuestro compañero S. Rivas desistió de formar parte de la ascensión. No estaba de acuerdo con una cordada de tres, y a su juicio, Herrero no estaba suficientemente «entrenado» para acometer aquella escalada. Quizá también estuviera influido por el accidente mortal de una cordada japonesa, cuyo piolet encontramos al pie de la pared, en el glaciar... Todo ello contó sin duda en la decisión de Rivas. «¡Me voy! Esto del alpinismo es un juego mortal; mi compañero Acuña murió como tantos otros y también sucum-



A B C. DOMINGO 30 DE JULIO DE 1967. EDICION DE LA

DOS MONTAÑEROS ESPAÑOLES ESCALAN EL BADILE, EN LOS ALPES, POR SU PARED NORDESTE

Miguel Angel Herrero y César Pérez de Tudela, del Grupo de Alta Montaña de Peñalara, son los primeros españoles que realizan esta ascensión

por sin. pare días que la d Vals escal Er cés dos

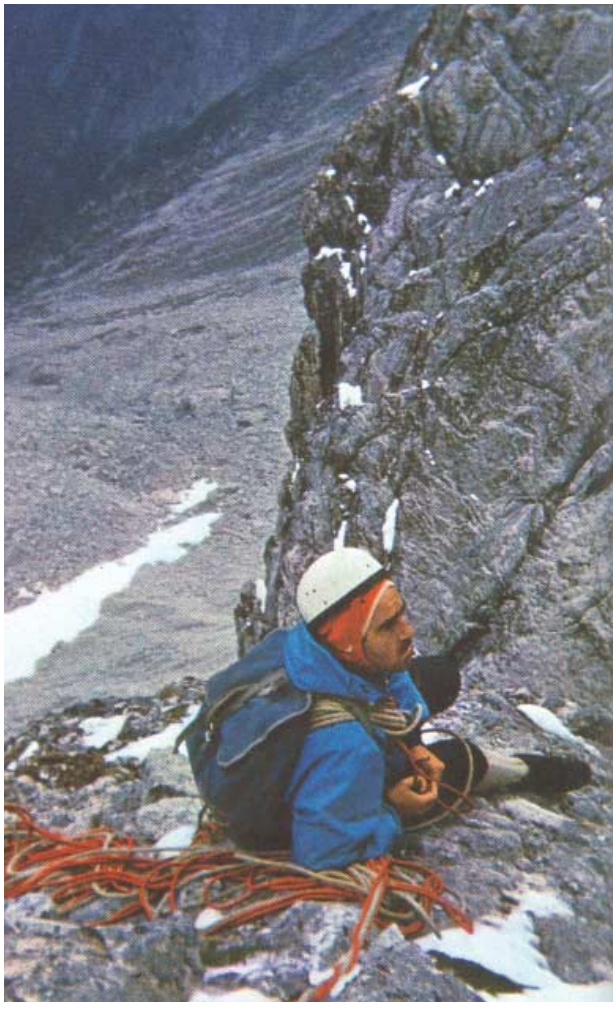
biremos nosotros si continuamos en estas luchas», nos dijo. Allí mismo, sobre el glaciar, contemplando la lisa placa de la montaña objetivo de mis sueños, Rivas contaba, con extraordinario realismo, hipotéticos accidentes en la escalada, desde luego siempre posibles. Salvador Rivas —que como he escrito en páginas anteriores debe ser considerado como uno de los más activos protagonistas del alpinismo español del siglo XX— se encontraba ese año cansado después de nuestras escaladas a la pared norte del Lavaredo y la pared del Triglav y de la preparación de sus oposiciones a la cátedra de Botánica en la Universidad de Barcelona; todo ello, con el ritmo frenético que él siempre imponía en aquellos años a su vida.... Herrero le escuchaba ensimismado recibiendo todo el impacto psicológico de sus extremados razonamientos. «Me vuelvo a España», dijo Rivas para terminar.

Allí, bajo el Badile, nos quedamos Herrero y yo. Viendo pasar las tormentas dentro del refugio Saas Furá, fuimos superando las consecuencias del trágico «monólogo» de nuestro compañero, que naturalmente había influido en nuestro ánimo. Los cánticos alpinos nos ayudaron a sobreponernos. La canción es un tonificante para el espíritu que atenúa la tensión arterial y tranquiliza las conciencias. Cantamos mucho Herrero y yo, a dos voces, acompañados de los escaladores italianos que se hospedaban en el Saas Furá, una pequeña cabaña en donde todos los días el guarda cocinaba pasta «al dente», que acompañábamos con vino tinto. *Era una notte che pioveva,* fue la canción preferida que cantábamos una y otra vez, sin descanso, imaginándonos al centinela alpino bajo la nevada, pensando en su novia, mientras las montañas lo rodeaban. Pero sin duda la que mejor cantábamos era *Gran Dio del cielo*, especialmente las estrofas que narraban los deseos del alpinista de volver junto a las cimas, lejos de los enemigos de la guerra.

Colección César Pérez de Tudela

César P. de Tudela y Miguel Á. Herrero al descenso de la primera escalada española a la pared norte del Piz Badile.

Igual que decían las canciones, llegó el momento de la verdad, y en un amanecer nos fuimos acercando a la entrada de la pared. Yo escalaba con cautela, midiendo mis fuerzas y subiendo bien, a pesar de mis gruesas botas recién compradas en la ciudad de Como. Escalando por una larga fisura casi horizontal, en la que era imprescindible ir colgado de las



César Pérez de Tudela

Miguel Á. Herrero preparando el vivac.

manos, me sorprendió la tarde. El día había transcurrido sin que nos diéramos cuenta, concentrados como estábamos en la extraordinaria pared. ¡Lo estábamos consiguiendo! ¡Estábamos a la altura de las dificultades! Esa noche pasamos frío, pero cantamos para recobrar el calor que el viento nos arrebataba. Fue una noche inolvidable que preludiaba la cima. Y la cima la alcanzamos efectivamente al día siguiente, tras buscar la salida de los primeros ascensionistas. Para mí llegar a la cima fue una alegría tan intensa que el paso de tantos años no la ha podido atenuar. Me alegraba de estar allí sobre la cumbre de la famosa montaña, y, sobre todo, también de que mi amigo y compañero de tantas vicisitudes, el que había sido mi «maestro», estuviera conmigo. Descendimos hacia Italia, para pernoctar en el refugio Giannetti, en donde los guardas quisieron acompañarnos para celebrar nuestra alegría. Aquella escalada fortaleció las líneas de mi horizonte. Después de aquella cima todo sería posible, y pensé inmediatamente en la escalada de la Walker —a la que se dirigían Pons y su compañero Anglada—, pero la retirada de Rivas nos había dejado sin ningún medio de transporte y nos vimos obligados a regresar a España. De todas formas estaba muy contento. Había escalado ese verano tres famosas paredes norte alpinas: Lavaredo, Badile y Triglav.

Al llegar a Madrid nos enteramos de la muerte de Antonio Lagos y de Eugenio Úbeda, dos jóvenes escaladores del CAE, que habían caído mientras descendían por el couloir Whymper de la Verte. En su entierro depositamos sobre sus tumbas unas coronas que Mari Carmen Arribas había confeccionado con flores «edelweis». Mi novia, Elena de Pablo, sintió la anticipada muerte de Eugenio Úbeda, compañero y amigo de los años infantiles.

Primera española a la Walker de las Grandes Jorasses

Fue la otra gran actividad alpina de ese año. Como yo ya sabía, Anglada y Pons, habían partido hacia Chamonix, y en cuanto las Grandes Jorasses estuvieron en buenas condiciones, ambos se enfrentaron a la pared más codicia-

da de la región del Mont Blanc. La escalada se desarrolló con completa normalidad, según dijeron los propios alpinistas en relatos que se publicaron en las tres o cuatro revistas de montañismo de España. La noticia no tuvo ningún eco informativo fuera del estricto ámbito deportivo-alpino, ya que en esos años el alpinismo nunca se publicaba en los "medios de comunicación de masas", y ello a pesar del trabajo de «marketing» que Anglada confirió siempre a todas sus escaladas y expediciones. Hay que decir, sin embargo, que sus narraciones nunca trasmitieron emoción alguna, ya que se limitaban a describir las dificultades y los nombres de los pasajes con la graduación técnica de los mismos. Pareciera como si la escalada para Anglada solamente fuera un «hecho deportivo» frío y técnico, sin impresión alguna de «epopeya» vivida.

A Miguel Ángel Herrero y a este cronista nos fue concedida por la FEM la Medalla de Oro por nuestra actividad en el montañismo. Y en el otoño fui elegido «el mejor alpinista» de Madrid, junto a M. C. Arribas. En el acto de entrega de placas en el hotel Meliá Princesa, se encontraban el boxeador Pedro Carrasco; el esquiador Aurelio García, compañero de Paco Fernández Ochoa; Emiliano, el campeón de baloncesto del Real Madrid; Ángel Nieto, campeón de motociclismo y otros famosos deportistas que habían sido campeones de sus respectivas especialidades.

A Enrique Herreros y a Teógenes Díaz les fueron concedidas también las Medallas de Oro por su historial en el montañismo español. Fue una concesión justa, aunque tardía.

En este periodo el Grupo Nacional de Alta Montaña siguió incrementándose con nuevos miembros, tanto activos como honorarios[11].

La revista del CEC de Barcelona seguía publicándose con normalidad, y en ella se alternaban trabajos de investigación cultural con escaladas y expediciones montañeras. En la revista se anunciaban habitualmente la tienda deportiva «Witty» de la calle Aragón, al igual que la Caixa de Pensions, «Bavillesset», del carrer Enric Granados, «Mañanes sports», de Canuda, la Banca Catalana, y el Camping «La ballena alegre» de Castelldefels.

[11] *La relación de miembros de GNAM a finales de 1967 era la siguiente, por orden alfabético: P. Acuña Carnicero, J.M. Anglada Nieto, M. Arrazola Silió, J. Aranda Llatas, J. A. Bescós Sanmartín, F. Brasas Madrigal, I. Capeta Brugues, J. Carbó Nover, F. Caro Serrano, J. Casal Soler, Ricardo Cassin, M. Castaño Gómez, J. Cerdá Mendiola, J. Cervera Batariu, R. Cots Trullas, R. Cuñat Cassonis, Julián Delgado Úbeda, René Desmaison, Lucien Devies, J. Díaz Duque, T. Díaz Gavín, J. J. Díaz Ibáñez, A. Durán Mayor, F. Durán Mayor, A. Espias Pérez, Paul Etter, A. Faus Costa, I. Lucas Fermín, A. Fernández Mariñas, S. Fernández Ruau, A. Flores Palacio, Jean Francó, M. Frechín Mustines, F. Fuentes Gomara, J. M. Galilea Solé, Ueli Gantenbei, R. Amorrortu, J. García Orts, Georgi Athanassov, Piero Ghiglione, J. González Folliot, M. Gómez Sánchez, Guido Tonella, F. Guillamón Nieto, Gunter Hauser, Josef Henkel, S. Heredero Sánchez, F. Hernández Pacheco, Miguel Ángel Herrero Álvarez, Enrique Herreros Codecido, A. Jiménez Fernández, A. Landa Vidarte, V. López de Cebayos, J. López Valls, JR Lueje Sánchez, F. Lusarreta Gurumea, A. Macedo Jiménez, A. R. Macedo Jiménez, Claude Maillard, R. Majó Lluch, A. Martí Mateo, F. Méndez Torres, J. M. Monfort Fábrega, A. Mompart Sans, R. Montaner Aznar, A. Moreno Salcedo, E. Navarro Castán, C. Olivella Viguer, R. Pellús de Basaldua, A. Pérez Ayuso, C. A. Pérez de Tudela y Pérez, Henry Pierre, J. Pons Sanginés, J. Ponte Blanes, Heinz Pokorski, A. Rabadá Sénder, Carletto Ré de Salapusterla, J. M. Regil Cantero, A. Riaño Tamames, J. Riera Mitats, S. Rivas Martínez, E. Rodríguez Matía, C. Romeu, Angel V. Rosen, C. Royo Alarcón, J. Santacana Malla, Gustavo Schulze, M. Serna Garilleti, María Antonia Simó, B. Sol Felip, R. Somoza, A. Sopeña y Orueta, C. Soria Fontán, E. Torres Ochoa, A. Tresaco, P. Udaondo Echevarría, Ugo de Vallepiana, A. Urones López, F. Ursicino Abajo, B. Valle Pérez, J. Vicente Villanueva, A. Victory y Rojas, J. Vila París, J. Villar, E. Wyss Dunant y J. Illa Raich.*

La Revista *Peñalara* de Madrid tenía muchas otras páginas publicitarias, más o menos relacionadas con el montañismo, entre ellas «Calzados Acuña», «Kamet» y «El Igloo», del sastre de la montaña Pedro Gómez.

El Grand Pilier D'Angle. La fantástica escalada de Francisco Caro Serrano

Fue otro de los grandes acontecimientos alpinos de 1967. Francisco Caro el *Mogoteras*, uno de los más conocidos alpinistas de Madrid, cumplió su deseo de escalar el Mont Blanc por una de sus más difíciles itinerarios, la vía *Bonatti-Gobbi* sobre el gran pilar d'Angle. En un interesante y largo artículo publicado por la revista *Peñalara* en el otoño de aquel año, se leían párrafos como éstos:

«Instintivamente salto de costado y paso rápidamente una "gaza" por un "mogote" (por la frecuencia de utilizar esta técnica venía su apodo). En décimas de segundo, un bloque del tamaño de una cama roza el último clavo y sigue su trayectoria con un ruido espantoso. Hemos escapado de la muerte mientras me sacudo el anorak de nieve sucia. La voz me sale entrecortada por el miedo y me tiemblan las manos...

»La tormenta nos sigue. El granizo machaca nuestros cascos y lo va cubriendo todo, haciendo muy peligrosas las reuniones. La roca se descompone a medida que ascendemos y de vez en cuando la luz nos ciega, seguida de un chasquido horroroso que nos deja mudos, mientras por la pared resbalan avalanchas de granizo y el viento nos levanta...

» "Paco, tengo mucho miedo ¡Pero mañana saldremos de aquí como sea!", me dice Helmut, "¡Tenemos que volver a ver a tu morena de ojos negros, y a Odina!"...»

La circunstancia de que Francisco Caro realizara esta escalada con un compañero alemán, que en España no era conocido, hizo que esta gran realización suscitara dudas en diversos estamentos alpinos españoles, que en años posteriores se disiparon. Su compañero, famoso médico y psicólogo alemán, visitó España años después por motivos profesionales y dejó clara la audaz escalada realizada.

F. Caro *Mogoteras* efectuó también, entre muchas otras importantes escaladas, la cuarta repetición de la famosa pared oeste del Naranjo de Bulnes, en compañía del conocido escalador de Peñalara Gervasio Lastra.

1968. Expedición castellana al Cáucaso. Exploración española del Vatnajökull

LA expedición castellana al Cáucaso fue la actividad alpinística del año, y el *La, la, la* de Massiel, la canción con mayor difusión de España tras el resonante triunfo del XI Festival de Eurovisión.

La expedición al Cáucaso suscitó un gran interés en todos los ambientes de la afición montañera y los que tuvimos la oportunidad «histórica» de formar parte de la misma fuimos envidiados por muchos miles de deportistas de la montaña que no se encontraban en nuestra privilegiada situación. Esta vez la expedición alcanzó un amplio eco informativo, antes, durante y después de realizarse. Estaba formada por muy diferentes alpinistas y era conducida por Félix Mén-

Francisco Caro Serrano
Escalador madrileño —conocido con el seudónimo de *Mogoteras*— en las décadas de los sesenta y los setenta. Alcanzó mucha popularidad al «naturalizarse» en la Pedriza madrileña, viviendo como los pioneros en permanente relación con la naturaleza, realizando numerosas escaladas y llegando a ser uno de sus mejores especialistas. *Mogoteras* realizó la primera escalada española al Pilar del Angle al Mont Blanc, vía *Bonatti-Gobbi*, en 1969. Fue medalla de Plata de la RSE Peñalara y formó parte en 1971 de la Misión Geográfica al Himalaya, macizo del Tirich Mir. Entre sus numerosas escaladas se pueden recordar la cuarta ascensión de pared oeste del Naranjo de Bulnes —en 1967—, el espolón del Jiso o el Valdecoro. Estuvo en la cima invernal del Naranjo en el histórico salvamento de Lastra y Arrabal de 1970.

dez, presidente de la FEM, ayudado por J. García Orts, que figuraba como jefe, en su condición de Presidente del GAME castellano.

El grupo expedicionario estuvo compuesto por veteranos, como A. Faus Costa, uno de los más activos alpinistas y protagonista de muchas páginas de la historia alpina española. A pesar de las desavenencias sostenidas con F. Méndez, con motivo de la expedición a los Andes de 1961 —que esta *Crónica alpina* recoge—, Faus, siempre persona de excelente trato, olvidó pronto tan «severas» circunstancias pasadas y convino con Méndez en formar parte de la expedición, no sólo como alpinista, sino también específicamente como cronista de la misma. Faus ejercía entonces su afición periodística en el *As* —que en aquellos años era el diario deportivo de mayor tirada e implantación en toda España— y la compaginaba con su profesión de representante y vendedor de material y equipamiento de montaña. También de forma extraordinaria, Méndez había decidido que el veterano Joaquín de la Cámara, antiguo componente del Batallón Alpino del Puerto de Navacerrada y miembro activo del GAM de Peñalara, sería otro de los expedicionarios, aunque tuviera que aportar una cantidad dineraria que cubriera los costos. Mariano Arrazola fue designado médico de la expedición. Carlos Soria había dirigido los entrenamientos para seleccionar el grupo de alpinistas que formarían la expedición, con excepción de Rivas y de este cronista, que se entrenaban en las montañas catalanas con regularidad y habían sido seleccionados previamente, como miembros activos, categoría nacional, del GAME, que en aquellos años de «disciplina y autoridad» era valorada convenientemente. Soria había hecho un buen trabajo y el grupo de montañeros se había entrenado en Pedriza, Gredos y Pirineos, abriendo rutas y realizando una notoria actividad. Sólo fueron seleccionados, entre un numeroso grupo de entusiastas aspirantes, Carlos M. Repiso, que provenía de la OJE; Luis Méndez, veterano del Cumbres y amigo de García Orts; Manuel Oronoz, escalador de Peñalara e hijo de Miguel Oronoz, componente del Batallón Alpino republicano; Moisés Castaño, escalador correcto y amigo de todos, L. B. Durand, entonces un joven lleno de ideas románticas; A. Márquez, también de la OJE y, por último, Fernando Domingo, el *Culebras*, que había irrumpido en el

montañismo castellano con gran fuerza. Otros estupendos alpinistas se quedaron sin plaza; entre ellos Celestino García Herraiz —quien moriría al año siguiente en un accidente de escalada en la Pedriza—, F. Usan y J. L. Hurtado, espléndido Presidente actual de la Real Sociedad de alpinismo Peñalara.

La expedición de Madrid al Cáucaso no fue sin embargo la primera visita de alpinistas españoles a aquellas lejanas montañas. En 1967 los montañeros catalanes Josep Barberá, A. Mesa y A. Arquer llegaron a la cima del Elbruz.

El grupo expedicionario vivió durante más de un mes una extraordinaria experiencia que fue también un ejercicio ejemplar de convivencia. Se intentó primeramente el objetivo central de la expedición, la escalada por la arista norte del Uschba, considerada como una de las diez montañas más sobresalientes y difíciles de la Tierra. La expedición fracasó en su primer intento, al igual que una expedición de académicos italianos. Con cierto desaliento nos trasladamos al Elbruz, que ascendimos fácilmente. S.Rivas, M. Castaño y yo realizamos la travesía completa de las cimas del Elbruz, y animados por este éxito inicial, volvimos al Uschba. Rivas y yo formábamos la primera cordada, por decisión de la jefatura de la expedición, apoyados por Soria y Muñoz Repiso, que formaban la segunda, mientras el resto escalaba el Schtschurowsky, un precioso cono de roca y el Tchatyn Tau. La escalada del Uschba se desarrolló, desde el plateau glaciar de la «Almohada», por unas cornisas de roca y de hielo con cierta dificultad, para encararse con el muro helado de 500 metros, en el que habían fracasado expediciones como la del coronel Hunt. Nosotros lo encontramos en perfectas condiciones y utilizamos para superarlo cuerdas de cien metros y por primera vez la técnica de dos piolets. Vivaqueamos en una repisa que tallamos en el hielo, colgados sobre una pared blanca. Mi posición me impidió descansar y dormir, y me dediqué toda la noche a derretir nieve con el hornillo para dar de beber a mis compañeros que dormían plácidamente. A la mañana siguiente proseguimos por el filo de la arista hasta la cima.

Al regresar a Moscú encontramos en el Centro Español a algunos antiguos montañeros que habían pertenecido al Batallón Alpino Republicano, entre ellos a Jacinto Barrios Capilla, responsable del periódico para países hispanos *Novedades de Moscú.* Me impresionó su profundo deseo de regresar a España y me traje el compromiso firme de plantear su difícil «rescate» ante la Dirección General de Seguridad. Tuve que enfrentarme a la mentalidad cerrada de los altos funcionarios policiales que, anclados en el pasado, me negaban la posibilidad de cualquier acción administrativa. Desobedecí y seguí cumpliendo el compromiso adquirido. Meses después J. Barrios Capilla recibió la alegría de que España le esperara otra vez, y fue readmitido en la Administración en su puesto de funcionario del INE.

Expedición aragonesa al Atlas

El club Montañeros de Aragón de Zaragoza, cuna de los montañeros aragoneses, organizó una bien planteada expedición a la cordillera marroquí del Atlas. En ella estaban Ursi Abajo, A. Martí, L. Oro, J. Ibarzo, R. Escor, R. Condor y J. R. Morandeira. Luis Hoyos, el veterano montañero de Peñalara residente en Casablanca, les sirvió de guía, aconsejándoles la zona del Ayui, entonces prác-

Eduardo Velasco

La noche llega a un campamento en el Lago Tambda. Atlas marroquí.

ticamente desconocida. Los escaladores aragoneses no sólo ascendieron al Toubkal y a las tradicionales cimas, sino que emprendieron una metódica exploración escalatoria del circo del Ayoui (Atlas Central) en las proximidades de Azilal. En la pared del Ayuí —«las Dolomitas del Atlas»—, abrieron varias vías a las cimas que bautizaron como Aguja Formigal, Aguja Montañeros de Aragón, Aguja Rafael Montaner, y a otras de una cierta dificultad. Fue una buena campaña de Montañeros de Aragón.

España estaba cambiando y nosotros los alpinistas casi sin darnos cuenta seguíamos en las nubes. La política neocapitalista y la elite empresarial, que ahora en los años 2002-2003 es normal, empezaba a instalarse en el régimen de Franco. Los viejos valores humanos y políticos que el régimen había defendido a ultranza iban quedando relegados al consumo como única razón de bienestar. España comenzó un aperturismo indiscutible, la necesidad del pan blanco y el estraperlo habían quedado muy atrás, y la ciudadanía se había transformado en una burguesía provinciana, tradicional y católica, que formaba una inmensa clase media.

Ese mismo año nació Don Felipe de Borbón y Grecia, que fue apadrinado por Don Juan de Borbón y la reina Victoria Eugenia

Murió Don Ramón Menéndez Pidal, ilustre filólogo, discípulo de Menéndez y Pelayo, y uno de los intelectuales más importantes del siglo.

En octubre se concedió la independencia a la Guinea Española, que pasó a llamarse Guinea Ecuatorial. La ex colonia estaba presidida por Macias Nguema, hasta entonces funcionario auxiliar de la Policía española. Mientras tanto, el guineano José Legrá se alzaba con el campeonato del mundo de boxeo de los pesos pluma, al derrotar al inglés H. Wistone.

ETA comenzó ese año su escalada terrorista con el asesinato de un guardia civil, J. Pardines, y tres meses después con la del comisario Melitón Manzanas.

España cerró el paso de la frontera con el Peñón de Gibraltar, impidiendo así la entrada de los gibraltareños a España, para forzar ingenuamente la política de su «recuperación».

La expedición al Glaciar Vatnajökull. Islandia

Es justo recordarla como una de las expediciones más adelantadas para la época. Su objetivo era atravesar en casi toda su extensión el glaciar más grande, o uno de los más grandes, de Europa. Un grupo de alpinistas de Madrid —Alaiz, Camarero, Durá, Sorli y la hispanoalemana Ute Müller, todos ellos acreditados montañeros—, decidió organizar esta aventura y realizar un reportaje para TVE, a cargo del cámara y escalador Alaiz, en el que se evidenciaran las imágenes de la aventura que consistía en atravesar los casi doscientos kilómetros del glaciar de Este a Oeste. Zonas volcánicas con extensos campos de lava en la primera parte complicaron la travesía, que estaba prevista con esquís y trineos cargados con el equipamiento y los víveres necesarios. Al final tuvieron que desistir de los trineos y soportaron la carga en mochilas de cuarenta kilos. Todas las circunstancias les fueron desfavorables: la radio se estropeó dejándolos incomunicados y una tormenta de naturaleza excepcional bloqueó día a día su camino. A pesar de ello, el equipo expedicionario salió por sus propias fuerzas del glaciar, confundido entre la espesa niebla, después de haber cruzado anchas y peligrosas grietas, para descubrir la verdadera naturaleza del llamado «Glaciar del Agua», en donde curiosamente se forman lagos de agua caliente. La experiencia del grupo español fue muy comentada en Islandia, en donde fueron recibidos clamorosamente cuando se esperaba un resultado negativo y hasta desastroso por las inclemencias climáticas con las que el equipo tuvo que enfrentarse. La expedición al Vatnajökull tuvo en España una merecida difusión a través de distintos medios escritos, entre los que destacó el diario *Ya*, que publicó una serie de reportajes firmados por la expedicionaria y escaladora Ute Müller y la periodista I. Montejano.

En octubre murieron en accidente de escalada el montañero de Valls J. Sánchez Adalid —en las montañas calizas de la región de la Riba— y también Antonio Guillaumet Roca, del Club Excursionista de Gracia, en la pared norte del Pedraforca.

El incansable viajero alpino V. López de Cebayos, junto a Jorge Pons y Andrea Puigdomenech, prosiguió la llamada «Expedición Trans-Himalaya». Ese año López de Cebayos y Pons lograron llegar a la cima del bíblico Ararat (5.165 m), una preciosa e interesante montaña que se levanta triangular e impresionante en las llanuras turcas fronterizas con Armenia, zona en permanente conflicto. También ambos expedicionarios alcanzaron la cima del Demavend, en la Meseta del Irán, (5.671 metros) por la vertiente sur.

1969: Tragedia en el Naranjo de Bulnes. Hindu Kush: Istor O Nal. Pared norte del Eiger

ESTE cronista se sentía feliz con sus constantes escaladas en Montserrat, dibujando sus principales agujas y confeccionando la primera guía para escaladores visitantes, que dos años después editaría la Abadía de Montserrat. Ante mí se abrían incontenibles las grandes aventuras y proyectos: Himalaya, cordilleras de África y escaladas en diversas y lejanas montañas de la Tierra. Había sido admitido en el selecto grupo franco-español de escaladores pirineístas denominado GPHM. El alpinismo y la escalada eran el centro motor de mi existencia.

La tragedia de Berrio y Ortiz en la pared oeste del Naranjo de Bulnes

«29 de enero de 1969. Hemos llegado hoy con buena nieve y nublado para pernoctar en el refugio. Hemos dejado atrás Poncebos y Bulnes, donde pasamos la noche.

»30 de enero de 1969. Nos dirigimos a la Oeste del Naranjo. Que Dios nos ayude. Hemos salido a las 8,30 de la mañana. Somos Ramón Ortiz y Pachi Berrio, de San Sebastián».

«¡Que Dios nos ayude!»... ¡Qué sincera e impresionante es esta frase antes de partir hacia la verdadera aventura! ¡El temor confundido con la ilusión!

El día 3 de febrero hacía cinco días que Berrio y Ortiz habían iniciado la escalada del Naranjo. Sus amigos y compañeros de montaña, conociendo sus planes, comenzaron a impacientarse, y ante la falta de noticias dieron la alerta. La Guardia Civil y los paisanos de la zona no llegaron a alcanzar la Vega de Urriello, y cuando dos días después los grupos de rescate llegaron al refugio, pudieron ver, entre las ráfagas de niebla y ventisca, a los escaladores colgados a más de 400 metros de altura, en la arista NO. No consiguieron establecer con ellos ningún tipo de comunicación, ni saber si estaban vivos o muertos. En Arenas de Cabrales se fueron reuniendo alpinistas de distintas regiones españolas para tratar de colaborar en aquella angustiosa situación.

Helicóptero que participó en el rescate de rescate de Francisco* Pachi *Berrio y Ramón Ortiz, en febrero de 1969, en Arenas de Cabrales.

Recuerdo cómo, en conversación telefónica con Félix Méndez, insistí sobre la necesidad de que se interviniera urgentemente. El único torno de rescate existente en España, un Pomagaski con cables de cien metros, propiedad de los Grupos de Socorro de la FEM, estaba en Barcelona. Méndez decidió que me incorporara al rescate en mi condición de directivo de los Grupos de Socorro y que me trajera el torno, que sin duda sería muy conveniente, si es que cier-

tamente había que decidir una operación de salvamento. Carlos Soria me fue a buscar al aeropuerto, cené en su casa y partimos de noche hacia Cabrales, conduciendo ambos medio dormidos su furgoneta. Llegamos en el amanecer del 7 de febrero y enseguida vimos que el pueblo estaba viviendo un acontecimiento especial: allí había desde un coronel de la Guardia Civil —en esos años su autoridad era indudable y el mando que ejercía motivaba un respeto reverencial aunque indudablemente exagerado— a pilotos de helicópteros del Ejército del Aire, fotógrafos, periodistas de toda España, además de multitud de alpinistas, algunos de la máxima actualidad, como A. Landa, P. Udaondo, J. M. Regil, F. Lusarreta, Kirch, E. Torres, L. B. Durand, Tellería o J. Álvarez. Éste último se había destacado junto a Carmen, su mujer, en ascensiones al Naranjo, y era en aquellos años un personaje de la escalada asturiana. También habían viajado hasta Cabrales J. G. Orts, Vidal Peiró y J. Casals, quienes en corrillos esperaban noticias sobre los escaladores del Naranjo. Estaban allí además J. M. Galilea y E. Herreros, dos personajes protagonistas de la historia de la montaña española a lo largo de casi medio siglo. Alfonso Martínez y su hermano Juan Tomás miraban apabullados tantos coches y tanto personaje de la ciudad, aunque lo que más les impresionaba era un helicóptero de gran tamaño —un Bell-Augusta del Servicio Aéreo de Rescate—, que Méndez había solicitado oficialmente. Todo eran conjeturas y nadie sabía con seguridad qué había ocurrido. Unos decían que Berrio y Ortiz estaban fuera de la vía y ello haría el salvamento todavía más difícil, pensando naturalmente que ambos escaladores estarían vivos. El coronel de la Guardia Civil Nieto Tejedor dispuso que el helicóptero estuviera bajo sus órdenes. Félix Méndez quiso hacer valer su condición, pero no fue escuchado como su rango federativo requería. La reunión terminó en un paseo por la carretera del coronel y de este cronista. El coronel supo que yo era un inspector comisionado por la DGS como rescatador alpino, y supo también que tendría que realizar el pertinente informe..., así que fue conmigo muy amable. Además lo que él deseaba era solucionar, lo antes y mejor posible, aquel asunto tan delicado. «Mi coronel, el helicóptero deberá subir hasta donde pueda a los alpinistas que el presidente de la FEM haya designado. Eso es todo...; eso y el aprovisionamiento», le dije al mando de la Guardia Civil. Montamos en el helicóptero varios de nosotros y los pilotos, con muchas precauciones, fueron ganando altura. Veíamos a lo lejos entre las nubes la silueta quebrada del Naranjo, rojiza en aquel «tajo» que separaba la oeste de la norte, donde estaban nuestros compañeros... El helicóptero no llegó a poder sobrevolar la montaña, ni siquiera a media altura. Con muchas precauciones estabilizó vuelo en lo alto de la Canal de la Celada y tuvimos que saltar a la nieve. Méndez se quedó en el refugio con un grupo cuya función era ocuparse de los suministros y de las transmisiones con los que formábamos el equipo de altura.

Nosotros fuimos escalando el Naranjo —que estaba en buenas condiciones—, por la vertiente sur y dejando cuerdas fijas para ganar tiempo en sucesivas subidas, pero la tarde nos sorprendió sin haber alcanzado la cima. Yo creo que habíamos ya llegado a la conclusión de que Berrio y Ortiz estaban muertos. Al día siguiente llegamos a la cima. Pero ¿y el torno que había traído de

Barcelona?... Nadie lo había subido y alguien tenía que descolgarse en el aterrador abismo al encuentro de la arista NO en donde habían sido vistos Berrio y Ortiz. Recuerdo que solamente disponíamos de dos cuerdas de cuarenta metros, que anudamos junto a mi viejo cordino de sesenta, y yo me até en su extremo. Bajaría mientras desde arriba me irían dejando caer despacio. No sé cómo pude ser tan valiente, pero esa conducta fue y es aún parte normal de mis reacciones. Alguien tenía que ser el primero... El precipicio era impresionante, pero me preocupaba más ver cómo el cordino rozaba en una roca cercana a la arista. Llevaba colgado de mi espalda un pequeño macuto con unas bolsas de plástico para envolver los cuerpos de los compañeros si fuera necesario, y un pequeño transmisor para decir algo a los de la cima. Cuando terminé el largo descenso, vi unas cuerdas atascadas y un poco más abajo dos cuerpos destrozados colgando de ellas. Pedro Udaondo bajó a mi encuentro para asegurarme, y me descolgué junto a los cuerpos muertos, que se balanceaban peligrosamente cuando los tocaba. Yo buscaba su identidad, pues no sabía quién era uno u otro. Uno de ellos estaba cabeza abajo y ambos tenían los «plumíferos» puestos, signo evidente del frío que habrían pasado. Udaondo y yo estábamos impresionados por el momento que vivíamos. En la difícil posición en la que se encontraban los cuerpos, colgados, cabeza abajo y moviéndose, a mí me resultaba imposible protegerlos con las bolsas de plástico. El cordino, que junto a las cuerdas nos había servido para el escalofriante descenso, lo até a las cuerdas que sujetaban los cuerpos de Berrio y Ortiz. Entonces Udaondo y yo ordenamos a los de la cima que trataran de subirlos, pero los tirones sólo balanceaban más los cuerpos; una escena que llegó a impresionarnos. El transmisor tenía interferencias y se oía muy mal, aun así dije que sólo podríamos recuperar los cuerpos cortando las cuerdas y dejándolos caer hasta la nieve. La solución era desde luego extrema... ¿pero qué otra alternativa teníamos? Yo sé que fui muy criticado por tomar esta decisión y por ser el autor material de los hechos, pero cuando hay que actuar no puedes pensar en «el qué dirán». A mí no se me ocurrió otra decisión válida. Desde la cima, Tellería me comunicó que los cadáveres caerían al comienzo de la Canal de la Celada, y allí, en una rampa de nieve muy inclinada esperarían con las «bolsas de muerto» para guardarlos.

En mi libro *SOS en el Naranjo de Bulnes,* de Editorial Juventud, que en los años finales de los 60 y principios de los 70 fue un libro famoso en Euskadi, conté el suceso en primera persona. Ahora, tantos años después, sólo mencionaré cómo tuve nuevamente

que descolgarme hacia el mismo vacío (alrededor de 400 metros hasta la Canal), asegurado por Udaondo, para cortar una a una tres cuerdas, y esperar a que se precipitasen los cuerpos. Transcurrieron largos instantes hasta que escuchamos dos golpes sobre la nieve, en la base de la montaña.

Aquel rescate de los cuerpos de Berrio y Ortiz tuvo una inusual consideración informativa, tanto antes, como durante y después de los acontecimientos. Decenas de reportajes aparecieron en las revistas españolas y hasta en el NO-DO. Cuando a los dos días regresé a Madrid para redactar el informe de la operación, me sorprendí al ver mi cara como portada del diario *ABC*. Fue un acontecimiento que llegó a interesar mucho a la gente.

Drama en Coma de Vaca, Pirineo catalán

Ese mismo invierno, unas semanas antes del triste suceso del Naranjo, la prensa catalana trató ampliamente la tragedia montañera de unos jóvenes de la organización diocesana de escultismo de Barcelona. El sobreviviente, J. L. Rey Dancós, había aparecido en Rivas de Freser, con claros síntomas de congelación e hipotermia, después de haber pasado la noche a la intemperie con un grupo de *scouts* que pretendía efectuar la travesía de Carals a Nuria. Los cadáveres de Juan Obrador, Javier Llorens y Joaquín Carcolé, componentes de aquel grupo juvenil, fueron encontrados algunos días después por alpinistas de los Grupos de Rescate de la Federación Catalana. Los cuerpos estaban dispersos en el fondo del torrente próximo al refugio de Coma de Vaca. La nieve, el frío y quizás el desconocimiento del terreno, fueron la causa de tan honda tragedia juvenil que produjo la natural consternación en la opinión pública y que fue aprovechada para que periodistas desconocedores del montañismo escribieran artículos en los que pedían a las autoridades una pronta «reglamentación del alpinismo». L. Marsillach publicó en enero de 1969 en el *Diario de Barcelona* un artículo en el que se decía esto:

«Algunas hazañas deportivas no son para mí más que riesgos inútiles. ¿Qué beneficio sacamos de que un grupo de alpinistas consiga llegar a la cumbre de una montaña? Ninguno... Las proezas del alpinismo siempre las consideré puras bobadas... El alpinismo está pidiendo una reglamentación rigurosa. No es admisible que un grupo de niños se lancen a la peligrosa aventura de trepar por cumbres nevadas en época de tormentas...»

Un mes después de la tragedia del Naranjo, el doctor Monner Albareda, un montañero barcelonés de toda la vida, desapareció cuando realizaba la misma travesía que habían intentado los jóvenes aspirantes a montañeros de Barcelona. Este cronista también estuvo allí, buscando entre la nieve, junto a Genís Roca, M. Lusilla y otros montañeros socorristas, durante varios días hasta hallar el cuerpo inánime de Monner Albareda, que había muerto de frío tras sufrir un accidente. Una vez más los alpinistas y montañeros constataron que solamente el alpinismo y la escalada de montañas tenían para la sociedad interés si sobrevenía la tragedia...

Habían de pasar algunos meses para que el alpinismo sorprendiera por sí mismo a España.

La FEM redactó una circular a todas las sociedades y clubes de montaña de España en la que se mostraba muy preocupada por el número de acciden-

tados en invierno en las montañas españolas. Recordaba a todas las secciones de montaña, y especialmente a sus directivos, la necesidad de extremar la prudencia, divulgando los peligros de la montaña invernal, especialmente entre los menores de edad, para fomentar una afición consciente y responsable.

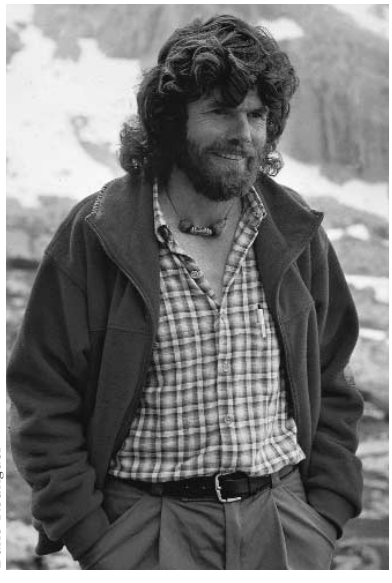
A punto de cumplir los 29 años

En uno de esos meses había vivido un suceso que se quedó grabado en mi memoria. Escalé con el madrileño F. G. Usán la vía de la **Aguja del Frare**, trazado audaz —de fuerte técnica artificial y de más de 300 metros— sobre los bosques montserratinos. Mi compañero, menos entrenado que yo, se quedó bloqueado en el largo «techo», sin fuerza en las manos y en los brazos. Yo estaba colgado de un remache en una precaria reunión, en la que toda la seguridad se basaba en ese pequeño remache de plomo introducido escasamente en la roca, y de otro semejante. Estos remaches eran muy inseguros, en contraste con los anclajes actuales. Cuando Usán consiguió llegar a la reunión, con las piernas en los estribos, nos encaramos a la noche que ya se había instalado en la montaña. Incapaces de ver nada, tuvimos que resignarnos y quedarnos allí, balanceándonos, colgados cada uno de uno de aquellos «increíbles» clavos..., como dos cuadros en una pared extraplomada. Yo traté de asegurar la reunión con algún punto de seguro más, pero no fue posible. Tiritamos casi constantemente, y esa noche me conjuré con la naturaleza y con la vida. Cualquier cosa tenía un valor extraordinario: un vaso de agua, una prenda de abrigo, cualquier alimento... El deseo sencillo de «estar en la tierra» cobraba importancia, y el simple suelo para poder tumbarse equivalía a un tesoro extraordinario.

En esas mismas fechas un alpinista italoaustriaco empezaba a darse a conocer en los ambientes alpinos; se trataba de Reinhold Messner, que había escalado en solitario el Diedro Philipp-Flamm, en la pared norte de Civetta, una de las paredes más bellas e impresionantes de la Tierra.

Entre tanta pasión por la montaña, no me quedaba tiempo para realizar ninguna valoración de las noticias que día a día en España se sucedían. Algunas de ellas eran éstas:

Mientras cientos de miles de españoles seguían a través de la televisión la llegada de Armstrong y Aldrin a la Luna, este cronista, cargado de ánimo, se trasladaba a los Alpes suizos junto a C.Romero Baró, para afrontar una de las mayores experiencias alpinas que en aquellos años se podía concebir: la escalada de la pared norte del Eiger.



Darío Rodríguez

Reinhold Messner.

Crónica de sucesos

• El Príncipe Juan Carlos de Borbón había sido proclamado por las Cortes sucesor en la Jefatura del Estado, y General de todos sus Ejércitos, lo que aclaraba el futuro político de la nación española. La Reina Victoria Eugenia, esposa de Alfonso XII, murió ese año, treinta y ocho años después de su salida de España a causa de la proclamación de la II República.

• Se descubrió el Escándalo Matesa, irregularidades en el empleo de crédito industrial, con amplia repercusión en los medios de información.

• La cantante Marisol, la niña prodigio del cine español, se casó con el bailarín Antonio Gades, mientras Massiel, la flamante ganadora del Festival de Eurovisión del pasado año, se casaba con el médico L. Recatero.

• Se cerró totalmente la frontera con Gibraltar por decisión del Consejo de Ministros.

• La cantante Salomé ganó otra vez el Festival de Eurovisión, pero compartiendo galardón con los representantes de Holanda, Francia y Reino Unido.

• Jesús Gil, entonces personaje desconocido, fue procesado, en su condición de promotor, por el hundimiento de un edificio en la urbanización «Los Angeles de San Rafael», que ocasionó 57 muertos y más de un centenar de heridos.

La expedición catalana al Istor O Nal

A bordo de una moto Derbi de 50 cc, el español Ángel Nieto ganaba en el circuito yugoslavo de Opatija el campeonato del mundo, el primero de sus trece títulos mundiales. En esas mismas fechas regresaban del macizo himalayo del Hindu Kush los componentes de la expedición catalana J. Cerdá, G. Roca, E. Civis, J. Pons y J. M. Anglada, después de haber subido a la cima del Ghul Lasht Zom III, de 6.361 metros, el Aspe Safed S. y dos cumbres del **Istor O Nal**, la más alta de 7.398 metros. Eran los primeros españoles que sobrepasaron el límite de los 7.000 metros, lo que daba inicia a una «callada competición». La citada expedición tuvo en los ambientes españoles del montañismo la lógica repercusión, y varios de sus componentes participaron en sesiones culturales en las que narraban sus experiencias.

Los componentes del SAME (Sección de Alta Montaña y Escalada) de Gracia (Barcelona) Jordi Matas y Eduard Lluis, realizaron la primera ascensión española al Pilar del Gran Dru por la vía *Contamine*, en Chamonix. Por su parte, Miguel Lusilla y E. Civis, del CADE del CEC de Barcelona, escalaron la pared Norte de las Grandes Jorasses por el famoso Espolón Walker.

Tragedia en la Pedriza

Unos meses antes había tenido lugar en la Pedriza del Manzanares, en el llamado Cancho Amarillo, un fatal suceso que llenó de consternación el ambiente mon-

tañero de Madrid. Celestino García Herraiz *Tino*, era un espléndido alpinista que en aquellos años ya había escalado la *Carlesso-Menti* de la Torre Valgrande, en las Dolomitas. En el Cancho Amarillo *Tino* sufrió una caída que le dejó lesionado y le impidió seguir escalando. Francisco Caro *Mogoteras*, su compañero de cordada, tras tratar inútilmente de ayudarlo, decidió bajarse para solicitar socorro y dejó colgado a *Tino*. Al no encontrar a nadie tuvo que descender hasta el Tranco y trasladarse luego al pueblo de Manzanares el Real para dar la alarma. Entretanto el tiempo había cambiado y durante los días siguientes la lluvia cayó incesantemente sobre la Pedriza. Los componentes de los Grupos de Socorro en Montaña trataron en vano de alcanzar el sitio en donde *Tino* se encontraba, pero la lluvia transformaba la roca de la Pedriza en una superficie muy resbaladiza. Las precipitaciones, el viento, y el frío terminaron con las últimas resistencias de *Tino*, quien falleció antes de que los rescatadores pudieran salvarlo. El fatal suceso suscitó una intensa polémica, y se culpó a *Mogoteras* por el retraso de la petición de socorro. ¿Por qué no intentó él mismo rescatar a su compañero? Cuesta comprender además por qué los rescatadores no pudieron alcanzar la cima de Cancho Amarillo. ¿Y por qué un hombre fuerte estaba muriéndose de hipotermia ante decenas de escaladores-rescatadores, incapaces de alcanzar a la cima para descolgar su cuerpo hasta el camino, a escasos cincuenta metros de altura sobre ellos? ¿Cuáles fueron las circunstancias por las que *Mogoteras* no fue más rápido en trasmitir la alerta?... Años atrás, repasando la memoria de accidentes en montaña, recordamos que *Mogoteras* vivió un suceso semejante con un joven compañero escalando en los contrafuertes de la Maliciosa invernal. En esa ocasión *Mogoteras* bajó también hasta el pueblo de Manzanares el Real para pedir auxilio..., y cuando los rescatadores llegaron a la Maliciosa, el accidentado había fallecido. Sin duda la fatalidad tejió las circunstancias dramáticas de ambos luctuosos sucesos, pero recuerdo cómo Francisco Caro *Mogoteras* se vio envuelto en la polémica y su figura de escalador destacado sufrió un duro quebranto, posiblemente injusto. En un correo recibido de EEUU, Fernando Domingo, *Culebras*, íntimo amigo de *Tino* García, el fallecido, me dijo treinta y tres años después: «El destino y la tormenta fueron las causas del fatal accidente, el 30 de mayo de 1969. Lo demás son comentarios sin fundamento...»

Otras escaladas importantes

El Espolón Sur de Ansabere fue escalado por los navarros Tapia y Santaquitería.

Gregorio Ariz, espléndido escalador de Pamplona, escribía tras haber escalado el Pilar Sur del Midi D'Osseau: «El Pilar que pretendemos subir agobia nuestra vista. La pared pierde en algunos puntos su verticalidad para salirse hacia fuera en elegantes extraplomos. Casi parece imposible que esta ruta haya sido abierta. Miramos con recelo estos techos negros y rojos que tenemos que subir. (...) Voy aferrándome a los clavos y tacos del techo mientras mis pies patalean en el vacío... Este largo es quizás el más escalofriante de toda mi vida, pues nunca había sentido vacío más grande bajo mi cuerpo. (...) Mis ojos dan gracias a Dios mirando al cielo por haberme dirigido hacia estos montes y estas verticalidades»

Colección César Pérez de Tudela

Enrique Torres escalando en el Pedraforca en 1968.

En las extraordinarias agujas de granito de **los Galayos de Gredos**, y en su pared de la Amezúa, en donde Miguel Ángel Herrero, T. G. De Paz y este cronista habíamos abierto la primera ruta por la pared oeste, los también madrileños Jerónimo López y Gerardo Blázquez enderezaron la citada vía, saliendo valientemente a la misma cima y abriendo así uno de los recorridos más audaces de las montañas castellanas. También ese año el alpinista-escalador J. López realizó la meritoria escalada solitaria de este itinerario, dejando constancia de su valor y preparación.

La célebre escalada del **Espolón Walker de las Grandes Jorasses** fue efectuada nada menos que por cuatro cordadas españolas: los «Maños de Tarrasa» —que antes habían escalado la pared Oeste del Dru—, M. Lusilla y Gil II, además de P. Udaondo, E. Rubio y E. Torres, y una cordada de Vitoria capitaneada por A. Rosen.

El Pilar Bonatti al Dru también fue escalado por la cordada de P. Xaus y J. Piera.

Tebar y E. Torres realizaron la primera escalada española al **Couloir Couturier a la Verte**.

La expedición del CEC de Manresa a los Andes de Bolivia ascendió al **Illimani por la arista N**, así como a otras cimas de la Cordillera Real.

Miguel Ángel Herrero y E. Conde escalaron la **norte del Pitón Carré**, en el Vignemale.

Las primeras del Jiso y del Valdecoro en los Picos de Europa

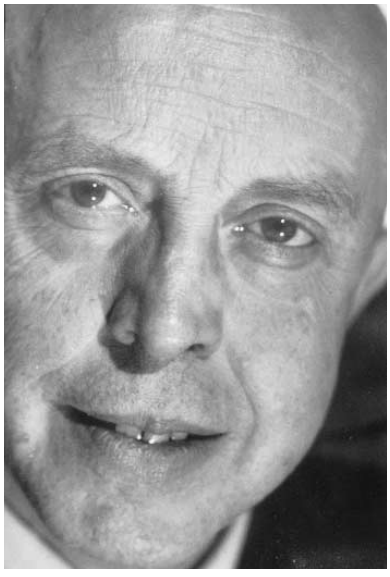
El entusiasmo y la sorprendente «juventud» de Enrique Herreros — entonces Presidente de la RSEA Peñalara— habían aglutinado a su alrededor a un activo grupo de escaladores dentro de su histórico GAM. Entre ellos se encontraban Gervasio Lastra, Ezequiel Conde, M. Ángel Herrero, E. Muñiz, J. L. Arrabal, F. Caro, F. Domingo... Todos ellos se hospedaban frecuentemente en Potes, en el Hostal Picos de Europa, que regentaba Paco Wences, quien aprovechaba las visitas para transmitirles también sus inquietudes montañeras...

Fue en los meses previos al verano de ese año cuando se abrió la Arista del Jiso, en el macizo oriental —o cántabro— de los Picos de Europa, que, contemplado desde el valle de Liébana, es un espolón rocoso de más de 600 metros de elegante silueta. Su dificultad superaba en aquellas fechas a la totalidad de las

escaladas efectuadas hasta entonces en los Picos de Europa, con excepción naturalmente de la pared Oeste del Naranjo de Bulnes.

Las primeras ascensiones invernales en el poco recorrido macizo oriental se efectuaron en 1958, debido al entusiasmo de Julio Casal, Alfonso Alonso y R. Amorrortu, del Tajahierro de Santander.

Después de diversas tentativas y exploraciones previas, fue la cordada de Gervasio Lastra y Ezequiel Conde la que efectuó la valorada escalada, que contó con 27 reuniones, concentrándose sus principales obstáculos una vez iniciada la «travesía de las fajas herbosas» y donde comienza propiamente el espolón. El espolón es vertical y los pasajes difíciles son de V grado y V superior. Esta tónica se mantiene hasta que, superado el primer tercio, la dificultad desciende a IV y IV superior. La ruta abierta por Conde y Lastra tiene una posibilidad de escape antes de alcanzar la cima, atravesando por terreno delicado hacia el collado.



Enrique Herreros, muy frecuentemente citado en esta* Crónica alpina de España. Siglo xx, *como uno de los personajes más entusiastas en su dedicación al Alpinismo: deporte, relación humana y arte, en los que Herreros fue un irrepetible maestro.

Unos meses después llegó también el turno a la pared del Valdecoro, la preciosa cima triangular que tantas veces veíamos a la salida de Espinama, camino de los prados de Aliva. Lastra, Herrero y Conde —quien solía dirigir la cordada—, abrieron esta interesante escalada de poco más de 300 metros, pero que cuenta con una dificultad central con pasos de V grado y algún pequeño tramo artificial.

Lo sorprendente de estas dos rutas de rigurosa escalada es que fueron repetidas por Enrique Herreros cuando éste sobrepasaba los sesenta años...

César Pérez de Tudela y Carlos

Mi escalada a la pared Norte del Eiger

Mientras me trasladaba junto a Elena —mi esposa— hacia Interlaken, para afrontar la aventura de escalar el Eiger, en las pantallas de Televisión Española podía verse a Jesús Hermida comentando sin decir nada la excepcional aventura de la llegada de los primeros hombres a la Luna. Me encontraba tan envuelto en mi inmediata «aventura» que, curiosamente, aquella otra efemérides extraordina-

Colección César Pérez de Tudela

Fotografías: Colección César Pérez de Tudela

César Pérez de Tudela en 1969.

ria no llegó a interesarme en absoluto ni a distraer mi mente, preocupada por los peligros y las vicisitudes que me esperaban...

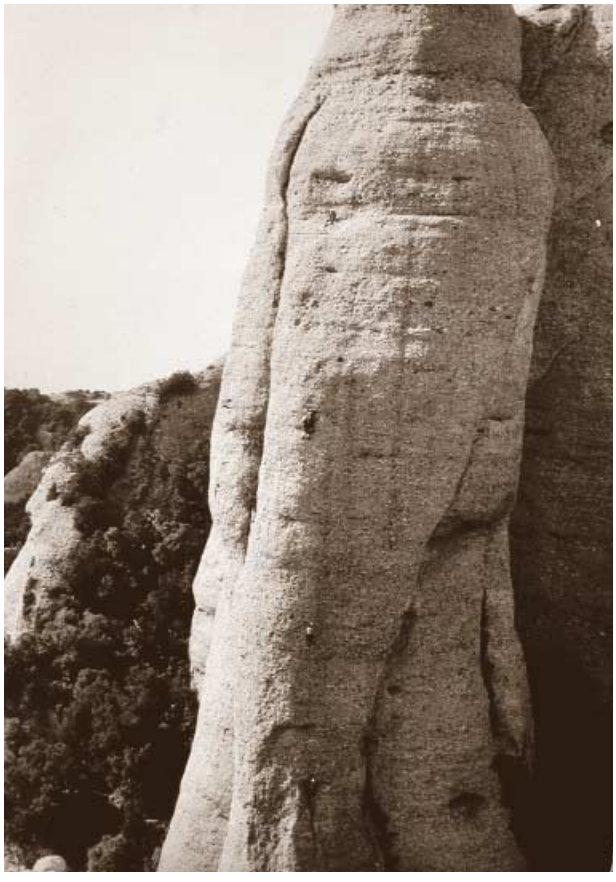
Efectivamente, nunca me parecieron de interés los comentarios de Jesús Hermida; si me lo hubieran parecido, quizá hubieran podido evadirme de mi «destino»...

Recuerdo haberme planteado la escalada de la pared Norte del Eiger con absoluta firmeza, con el ánimo bien dispuesto, aunque lleno de dudas y congojas... ¿Estaría yo a la altura de las dificultades de aquella misteriosa escalada en la que tantos nombres importantes de las montañas del mundo habían perecido por caída y agotamiento? ¿Era C. Romero el compañero más adecuado? Yo había participado mi decisión a Rivas, a Soria y a otros importantes compañeros de montaña de aquellos años, pero todos, por una u otra causa, me dijeron que no estaban dispuestos a sobrellevar los riesgos de semejante aventura. Lo único que era realmente cierto es que yo estaba psicológicamente decidido a escalar el Eiger. Llevaba varios años leyendo relatos sobre esa pared, sus triunfos y sus tragedias, y deseando verdaderamente saber si era o no capaz de llegar a la cima aceptando libremente todas las consecuencias de mi decisión. Ciertamente ese año estaba decidido a intentar la escalada del Eiger en solitario, pero aun así pensé que si sobreviniera un desgraciado accidente, tenía la certeza, de que mi «memoria» sería insultada con las sensatas y fáciles opiniones de federativos y de mis propios compañeros: «¡Mira que irse al Eiger solo!» «¡Qué imprudencia!»..., comentarios tantas veces injustamente formulados respecto a los frecuentes accidentes de alpinismo. Por ello y no por otra causa fui al Eiger con Carlos Romero, un entusiasta escalador catalán que se mentalizó para acompañarme en tan singular aventura.

Escalando en Vía Nueva. Pared norte del Pedraforca. 1969.

Subí el Eiger en condiciones difíciles, con Elena esperando abajo el resultado de mi fría decisión. Ahora sé —y cuánto siento darme cuenta— lo que debió de sufrir por mi propia intransigencia. En mis relatos (*Mi lucha por la montaña.* Editorial Católica, 1971) y en otros libros, narré detalles de mi grandiosa experiencia

—que, de alguna manera, también lo fue para el alpinismo español— y que, además, supuso para mí un hito de sinceridad y una firme declaración de principios: «El alpinismo difícil es la aceptación de una sucesión de constantes riesgos». Mi ascensión tuvo en sí misma todos los factores constituyentes de la «lucha alpina»: preparación, aventura incierta, lucha desaforada y cruel, momentos estelares, situaciones «límite»..., todos ellos envueltos en la tormenta y el extraordinario paraje.



Escalada en la Trompa del elefante. Montserrat.

Entonces escribí lo siguiente: «No puedo componer el luchar salvaje de ese día... Mis recuerdos, a pesar de que fueron intensamente vividos, sólo son momentáneos. Recuerdo la angustia y la dificultad que para mí representaba atravesar los «tubos de hielo», cramponeando con sólo las puntas delanteras y el piolet de madera, que apenas penetraba en el hielo, junto a la tensión de sentir tan cerca las avalanchas de piedras pensando que llegaba el fin. (...) El «Vivac de la muerte» es un lugar siniestro con ropas y restos de equipos; testimonios de momentos desesperados y dramáticos. (...) Empezando a escalar la «Rampa», en un pasillo helado entre las rocas, tengo un pequeño descuido y caigo vertiginosamente, mientras veo deslizarse todo ante mis ojos, posiblemente desorbitados, en un total y final desamparo. Creo que nada detendrá mi caída y espero sentir el tirón arrancando a mi compañero de la pared. Sorprendentemente, he quedado colgado de la cuerda y tanto mi compañero como yo estamos colgados de una corta clavija de sacacorchos introducida en un sector de hielo podrido. La salida de la «Rampa» se convierte en un muro extraplomado invadido por el hielo, un paso fuerte y técnicamente difícil que hay que dar con los crampones puestos...»

Alcanzamos la cima y sufrimos la soledad de saber que seguíamos teniendo que sobrevivir exclusivamente por nosotros mismos. Bajé enloquecido de la cima por la peligrosa arista oeste, rapelando en algún tramo y con la sensación de que «alguien» nos faltaba en la cordada. En Alpiglen viví momentos de confusión mental, sólo explicables por el inmenso cansancio y las pastillas de «Centramina» ingeridas. Cuando conversaba sobre mi ascensión con el coronel von Allmen, jefe del rescate alpino de la región, me parecía entender que me decía

que los guías de Grindelwald estaban movilizándose para mi rescate; no podía comprender; pero luego vi mis pies helados...

El relato de mi escalada —aparecido en revistas y diarios como *Vertex, Peñalara, La Actualidad Española, Diario de Barcelona,* y sobre todo en mis libros *Al encuentro con la Tierra, Mi lucha por la Montaña* y, años después, en *Horizontes Verticales*– tuvo como especial valor el de vertebrar las ilusiones de varias generaciones montañeras posteriores.

Tras escalar el Eiger creí ingenuamente que nada ya se opondría a mis incontenibles afanes de escalada y de cimas. Tenía ante mí un claro horizonte de aventuras extraordinarias. Así lo pensaba en la clínica Platón de Barcelona, en donde estuve internado cuarenta días para que me trataran mis pies..., que estuvieron a punto de ser amputados a la altura del empeine, para impedir —dijeron los especialistas— la progresión de una posible «gangrena gaseosa».

La Federación Española de Montañismo nos concedió a Carlos Romero y a mí la Medalla de Oro por nuestra escalada.

Antes de finalizar el año volví a escalar en Montserrat. Recuerdo mis esfuerzos para apoyar la puntera de los pies en la «Trompa del Elefant» y en otras rutas sencillas de la montaña. En otoño abrí con Albert Iglesias una directa en la pared Norte del Pedraforca, a la misma cima del Calderer, entre la *Pany-Ferrera* y la *Estasen,* desde el «Collet del Pedró». Me encontraba casi recuperado de mis graves lesiones. Regresando al pueblo de Saldes en las fiestas del pueblo la música llenaba la plaza con las canciones de moda:

La playa estaba desierta,
el mar bañaba tu piel,
cantando con mi guitarra
para ti, María Isabel.
En la arena escribi tu nombre
y luego yo lo borré,
para que nadie pisara tu nombre,
María Isabel...